SIGNOS DE CIVILIZACIÓN

*

Cómo la puntuación cambió la historia

~

BÅRD BORCH MICHALSEN

,

TRADUCCIÓN DE CHRISTIAN KUPCHIK

Sea of Letters

Table of Contents

Cover Page

Cómo la puntuación cambió la historia

Parte I. 1494: Está hecho

El mundo antes de la escritura

6000 años de historia de la escritura

Un motor para nuestra civilización

Los griegos ya lo sabían

Aristófanes: el innovador olvidado

Mil años de oscuridad: el libro del olvido

El mini-Renacimiento: por amor a Dios y la conveniencia del lector. Alcuino y Carlomagno: los hombres que construyeron la cultura escrita en Europa

El profesor de la universidad más antigua de Europa: lo más simple es lo mejor

El Renacimiento italiano: nuestro héroe de Venecia

Epílogo

Parte II. Signos de civilización

Cuando se haya escrito la última palabra

¡Seguí! ¡¡Seguí!! ¡¡¡Seguí!!!

¿Cómo estamos hoy?

Este signo de puntuación separa y une; apunta a lo que ha sido y a lo que está por venir

La coma: una ayuda y un obstáculo

La guerra de las comas danesas

La situación en Alemania

Los indiferentes

Disputa de la coma noruega en la web profunda: ¿adentro o afuera?

La enfermedad del inglés: la coma de Oxford

Las reglas de la coma

Algunos otros signos de puntuación

Parte III. Una filosofía para un mundo en movimiento

La tecnología del pensamiento

La puntuación en nuestro tiempo

Un sistema de puntuación para nuestro tiempo

Los diez mandamientos de la puntuación europea

Bibliografía

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

SIGNOS DE CIVILIZACIÓN

*

Cómo la puntuación cambió la historia

~

BÅRD BORCH MICHALSEN

,

TRADUCCIÓN DE CHRISTIAN KUPCHIK

Sea of Letters

Sea of Letters

12 223 members, 432 online

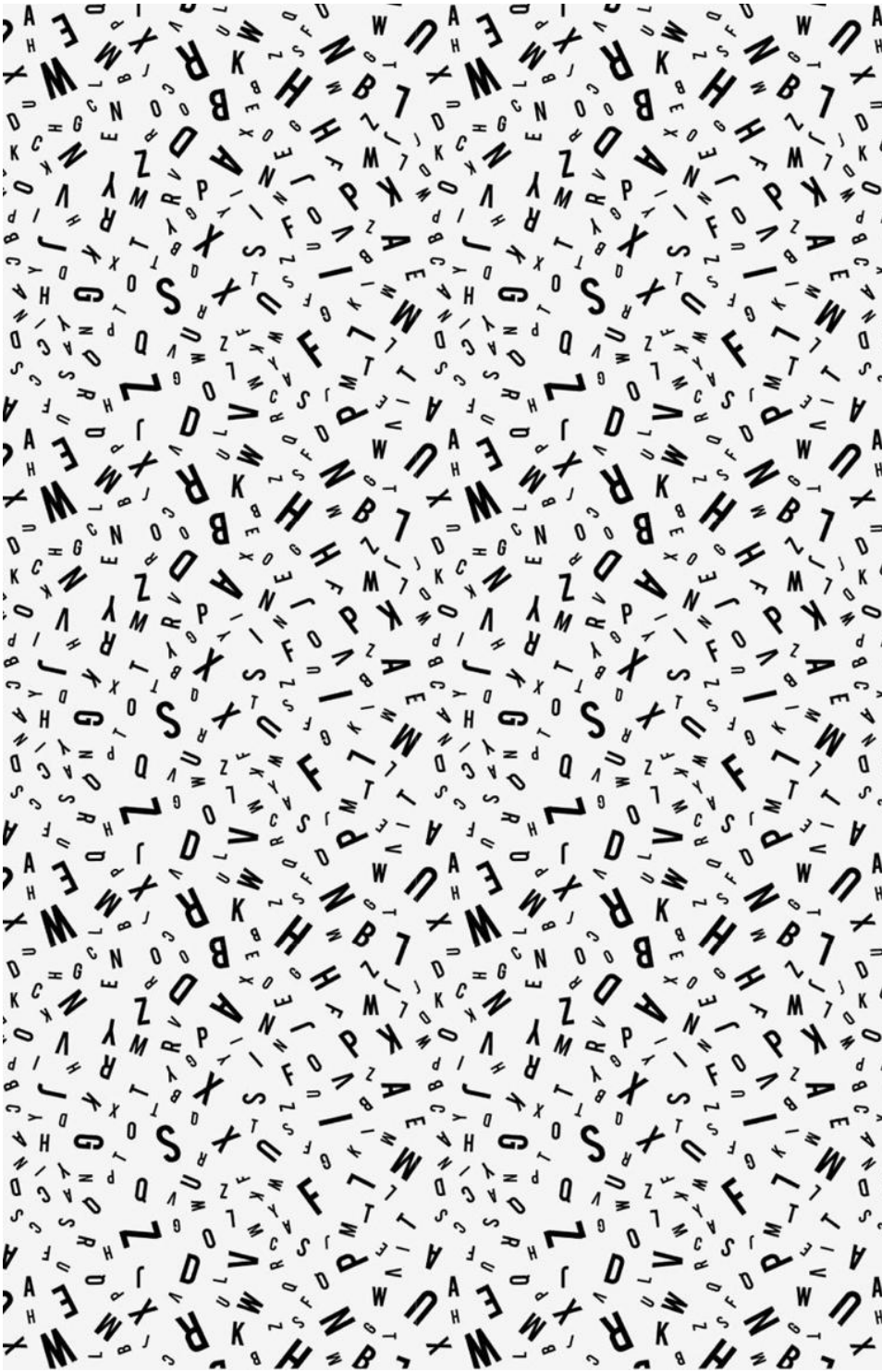
Compartamos el mundo de la Literatura

Aquí encontrarás libros especialmente en el formato profesional ePub, frases y sobre todo personas que comparten la misma pasión por lectura....

JOIN GROUP

You are invited to the group Sea of Letters.
Click above to join.

Bård Borch Michalsen es un autor y académico noruego. Trabajo como professor asociado y vicerrector en la Universidad de Tromsø (UiT The Arctic University of Norway). Escribió varios libros sobre lenguaje y cultura. Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia es su primer libro traducido al castellano.



Michalsen, Bård Borch /

Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia

/ Bård Borch Michalsen

1ª edición

2022. Traducción de: . Libro digital, EPUB.

Traducción de: Christian Kupchik.

1. Literatura Contemporánea 2. Gramática

I. Kupchik, Christian, trad. II. Título

Título original Tegn til sivilisasjon

© Bård Borch Michalsen, 2019. First published in Norwegian by Spartacus in 2019. Published in agreement with Casanovas & Lynch Literary Agency.

This translation has been published with the financial support of NORLA.

Traducción Christian Kupchik

Corrección

Mariana Gaitán

y

Violeta Kerzberg

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumián

Ilustración de Bård B. Michalsen

Max Amici

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Información de Accesibilidad:

Amigable con lectores de pantalla: Si

Resumen de accesibilidad: Esta publicación incluye valor añadido para permitir la accesibilidad y compatibilidad con tecnologías asistivas. Las imágenes en esta publicación están apropiadamente descriptas en conformidad con

WCAG 2.0 AA

&

InclusivePublishing.org

.

EPUB Accesible en conformidad con:

WCAG-AA

Peligros: ninguno

Certificado por: DigitalBe

Signos de civilización

Cómo la puntuación cambió la historia

Bård Borch Michalsen

Traducción

Christian Kupchik

PARTE I

1494: Está hecho

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

El mundo antes de la escritura

Nos la arreglamos bastante bien sin poder escribir ni hablar, pero, como sabemos, una vez que nos acostumbramos a algo, que lo percibimos como un alivio que nos facilita la vida, como un verdadero paso adelante, no permitimos que nos lo quiten de nuevo. ¿Alguien puede imaginar cómo sería la vida sin celulares, inodoros o electricidad? Bueno, algo así ocurre también con el lenguaje. En el principio no fue el Verbo, pero cuando empezamos a utilizar la boca para algo más que comer y morder, entonces descubrimos las grandes ventajas que traía su desarrollo. Podíamos informar sobre los grandes peligros que nos acechaban, contar historias picantes sobre las aventuras de nuestros vecinos en una tribu extraña. También podíamos discutir acerca de cómo organizar la caza al día siguiente.

¿Quién fue la primera persona en hablar hace unos cincuenta mil años? Nadie lo sabe. Es una pregunta que no resiste ninguna lógica, debido a que no tiene ningún sentido ser la única persona del mundo dotada con el don de la palabra. De modo tal que continuamos con nuestro diálogo interior sin ninguna necesidad de utilizar la voz. En verdad, solo necesitamos del lenguaje para actuar socialmente. Y, como sabemos, el ser humano es un ser social.

Aprender a hablar fue un proceso útil, práctico y hasta agradable. Aprovechamos muy bien las nuevas oportunidades que el lenguaje nos brindaba. Ya estábamos erguidos y podíamos caminar y correr, lo que nos otorgaba una ventaja invaluable ante las otras especies animales. A medida que empezamos a correr, también utilizamos la boca para expresar nuestros pensamientos, y muy pronto nos volvimos superiores a todos los demás. Nadie podía alcanzar una meta lejana más rápido que nosotros y el hecho de poder hablar mientras corríamos nos permitió intercambiar experiencias, hablar sobre los peligros del camino, informar sobre atajos útiles y acordar puntos de encuentro, además de chismosear sobre a quiénes habíamos visto abrazados detrás de unos árboles cuando pensaban que nadie los descubriría. Desde el mismo momento en que los humanos comenzamos a hablar, es casi

seguro que también utilizamos la oralidad para un objetivo hasta entonces desconocido: inventar cualquier cosa sobre todo y sobre todos.

Otras especies antes que nosotros construyeron algo que, con un poco de imaginación y buena voluntad, podría llamarse “lenguaje”, pero en realidad no iba más allá de algunos pocos sonidos inarticulados. El habla humana muy pronto se convirtió en algo mucho más avanzado. En su libro Sapiens, Yuval Noah Harari enfatiza el hecho de que la capacidad de hablar sobre lo que no existe para nuestros sentidos físicos fue lo que hizo de nuestro lenguaje una característica única: “Hasta donde sabemos, los sapiens pueden hablar de todo tipo de conceptos que nunca han visto, tocado ni olido”. Muestra de esta forma cómo se originaron leyendas, mitos, dioses y religiones a través de la revolución cognitiva, dentro de la cual el lenguaje resultó un elemento tan importante como innovador.

6000 años de historia de la escritura

Sin embargo, el hombre no puede vivir únicamente de la religión. También necesita del pan. ¿Cuál sería la forma más efectiva de organizar un sistema avanzado de cooperación, compra y venta? Con el aumento del comercio, surgió la necesidad de concretar acuerdos, obligaciones y deudas por medio de algo más duradero que los simples convenios verbales. Como resultado, hace unos tres mil quinientos años antes de nuestra era, en Mesopotamia, ya aparecieron algunas marcas que representan palabras y objetos: ¡la primera manifestación de lenguaje escrito! ¿O no fue la primera? Los historiadores no están del todo seguros, pero hay buenos motivos para suponer que el lenguaje escrito nació, casi simultáneamente, también en China y Egipto.

El salto cuántico de los pueblos semíticos que habitaban cerca de las costas orientales del Mediterráneo implicó la transición a un sistema en el que una persona ya no representaba objetos, sino sonidos. El alfabeto llegaría más tarde. Esto significó otro gran paso, tanto para quienes propusieron la idea como para la humanidad. De acuerdo con el sociólogo especializado en medios Manuel Castells, el alfabeto constituye la infraestructura indispensable para la comunicación acumulativa basada en el conocimiento, al tiempo que es la base de la filosofía y la ciencia occidentales.

El alfabeto permitió gestionar con menos caracteres (ahora conocidos como “letras”). El semítico fue el primero en aparecer, pero solo contenía consonantes. Los griegos dieron el siguiente y más que significativo paso al sumar vocales. Esto permitió que podamos leer y escribir palabras que ignorábamos, incluidas las palabras en idiomas extranjeros. El profesor estadounidense Walter J. Ong dedicó su vida a investigar la conexión entre el lenguaje y nuestra capacidad de pensar. En su libro Oralidad y escritura, da cuenta que fue este alfabeto el que le brindó a la cultura griega una ventaja significativa en la Antigüedad. Al añadir las vocales, se democratizó la lengua escrita; cada vez más personas pudieron aprender a leer y escribir. Los estudios neurolingüísticos sugieren que un alfabeto fonético con vocales

favorece el pensamiento analítico y abstracto. El alfabeto latino se cuenta como un pasaje evolutivo del griego a través del alfabeto de los etruscos, quienes dominaban amplias partes de Italia antes del ascenso de Roma, y es hoy el más utilizado del mundo.

El hombre encontró conveniente comenzar a escribir, lo que fue una decisión inteligente. Posteriormente, se incorporaron mejoras al sistema del lenguaje, lo cual nos permitió transmitir más, con mayor precisión y velocidad. El libro que estás leyendo ahora considera la puntuación como la coronación final de los lenguajes escritos en Europa: es la frutilla del postre, el acento sobre la i. La puntuación es un sistema de convenciones que otorga mayor precisión y profundidad a las letras y palabras, dotándolas de color y emoción, tono y ritmo. De hecho, tiene consecuencias aún más drásticas: los signos de puntuación no son únicamente una parte importante de nuestro código idiomático, sino que se transformaron nada menos que en una de las fuerzas impulsoras en el desarrollo de toda nuestra civilización occidental.

Los primeros signos de puntuación remiten a dos mil doscientos años atrás, cuando fueron utilizados en Alejandría, la capital intelectual de la Antigüedad. Aquellos primeros signos eran insignificantes y muy pronto fueron abandonados por las civilizaciones del Mediterráneo. Cuanto más difícil resultaba leer, mayor era el poder de quienes dominaban ese arte. Pero los signos se reinventaron, y durante la Edad Media mucha gente advirtió que si los lenguajes escritos alcanzaban su máximo potencial, necesitarían ser modernizados. Tanto en España como en Alemania e Irlanda, se reinventó y refinó un sistema de puntuación que se encargó de preparar el terreno idóneo para la llegada de los humanistas italianos.

Un motor para nuestra civilización

Cuando Yuval Noah Harari busca comprender en Sapiens los motivos de la evolución humana, se encuentra con dos respuestas: la primera es nuestra capacidad para crear órdenes imaginarios, como la religión o las corporaciones. La segunda es el lenguaje escrito. En su opinión, estos dos inventos llenaron los vacíos de nuestra herencia biológica. Lars Tvede llegó a la misma conclusión en su obra Det kreative samfund [La sociedad creativa]: los códigos del lenguaje operan como un requisito previo para el éxito de las civilizaciones. En su considerable trabajo sobre la historia y el poder de la escritura, Henri-Jean Martin destaca el hecho de que la fundación del lenguaje escrito coincidió con el comienzo de las grandes civilizaciones, el crecimiento sostenido, la prosperidad y el aumento de la comunicación.

El lenguaje escrito significó, sin lugar a dudas, una condición esencial para el desarrollo y avance de las diversas culturas, y esto no podría haber sucedido sin la participación de las comas, los signos de interrogación y otros tantos signos. La evolución de la puntuación, que culminó hace aproximadamente quinientos años, resultó fundamental para el progreso de la civilización europea. Andrew Reamer, de la Universidad George Washington, intentó recopilar los hallazgos de todas las investigaciones en torno al impacto de la tecnología sobre el crecimiento económico. Las innovaciones sobre las que llama especialmente la atención son las matemáticas, el pensamiento crítico, la investigación y la escritura. Reamer se refiere, en primer lugar, a las oportunidades de crecimiento que aportaron el comercio y las comunicaciones, áreas responsables de proporcionar, cinco mil años atrás, los primeros lenguajes escritos, aunque considera que la gran revolución se produjo a través de las modificaciones en la forma en que se organizó el texto, por ejemplo, con la introducción, disposición y organización de las palabras en el espacio a través de la puntuación. Todas estas innovaciones ayudaron a sentar las bases que allanaron el camino a la lectura silenciosa, lo que permitió que los lectores pudiesen absorber el significado de los textos de modo mucho más rápido y eficaz. La puntuación estandarizada, así como otros cambios menores

en las convenciones de la escritura, jugaron un rol central en lo que sería la aparición de un invento revolucionario: el arte de la impresión.

La cultura del manuscrito estaba en camino de ingresar en la historia. Los libros impresos significaron un verdadero regalo para la lectura en silencio. Cada uno de nosotros podía establecer una relación personal y privada con Dios, sin la interferencia de sus representantes en la Tierra. Inspirado en los lagares de la Antigüedad, Johannes Gutenberg desarrolló la primera imprenta y muy pronto surgieron otras por toda Europa Central. El arte de imprimir fue alabado, con toda razón, como una innovación espectacular que marcaba un hito en el progreso de la humanidad. Pero, al mismo tiempo, los libros impresos hubieran resultado completamente ilegibles si los textos se hubiesen presentado como hasta finales de la Edad Media, es decir, de esta manera:

LOSTEXTOSSEHUBIESENPRESENTADO

COMOHASTAFINALESDELAEDADMEDIA.

Los libros debían disponerse visualmente de manera accesible, en conformidad con las convenciones relacionadas con la puntuación, lo que permitía a cualquiera desentrañar el significado oculto detrás de las palabras. Un sistema de lenguaje en el que cada individuo se manejara con sus propias reglas ortográficas, gramaticales y de puntuación habría obstaculizado ese desarrollo tal como lo conocemos en la actualidad. La modernización de la tipografía y la puntuación resultó una creación menos obvia que la invención de la máquina física, pero, sin embargo, constituyó un requisito crucial para que los productos de esa máquina fueran significativos. La gramática, la puntuación y la presentación visual del texto es lo que hoy llamamos software. Sin él, el hardware no es más que metal muerto.

La innovación cobró impulso en la Europa del siglo XVI. El descubrimiento y la creatividad presuponen un pensamiento individual, independientemente de lo que las autoridades consideren verdadero o valioso. La lectura silenciosa establecida a partir de entonces hizo posible el desarrollo de este pensamiento individual. El texto ya no tenía que pasar por los oídos sino por los ojos. Sin embargo, una

condición previa y fundamental para la lectura silenciosa era que el texto apareciera de forma diferente a la conocida hasta entonces, con espacios entre las palabras y un sistema de puntuación fijo. Por lo tanto, la puntuación no es solo el resultado de este desarrollo, sino una de las razones por las que fue posible el surgimiento de una lectura eficaz. Un estándar de lenguaje común, junto con otros factores, como los viajes de descubrimiento, las migraciones y la descentralización, fueron elementos clave de un poderoso movimiento evolutivo que, quinientos años atrás, dio inicio a una reacción en cadena de procesos vertiginosos. La puntuación estandarizada es un hilo esencial en el tejido de la Europa del siglo XVI, que experimentó un sensacional desarrollo tecnológico, económico y cultural. Lars Tvede resume este proceso de la siguiente manera:

El Renacimiento, que promovió la actividad artística, el humanismo, el individualismo, la experimentación empírica y la creatividad.

La Ilustración, que trajo consigo ideales como la libertad, la democracia, la tolerancia religiosa, un Estado constitucional, el racionalismo y la buena razón.

La Era de los Descubrimientos.

La Reforma.

La Revolución Científica.

La Revolución Industrial, cuando la introducción de las máquinas y la producción en masa llevaron a una explosión de prosperidad, urbanización y convulsiones culturales.

¿Podría el filósofo francés René Descartes (1596-1650) haber añadido algo a todo esto? Hoy en día, la gente rara vez habla de él durante la cena, excepto, posiblemente, en los escondrijos donde los filósofos se reúnen a comer. No obstante, es preciso reconocer que una de las preguntas más frecuentes en los concursos televisivos suele ser: "¿Qué famoso filósofo dijo: 'Pienso, luego existo'?". Ese fue Descartes y su hombre pensante, ¡que también era escritor! Él piensa, y mientras está pensando, escribe, y de este modo confirma que piensa.

En Oralidad y escritura, Walter J. Ong destaca el hecho de que el lenguaje escrito es absolutamente esencial para el pensamiento avanzado. La cultura oral no se adapta bien a fenómenos tales como figuras geométricas, pensamiento abstracto, lógica argumental y definiciones. Estas cosas no son únicamente producidas por el mero pensamiento, sino a través de pensamientos razonados y desplegados en el texto. Descartes también podría haber dicho: "Escribo, luego existo". Y sí, tiene que haber una coma en esa oración. La puntuación correcta en el lugar correcto vale su peso en oro.

Los griegos ya lo sabían

LOSPRIMEROSTEXTOSDELMILENIOFUERON

ESCRITOSSINESPACIOSYSINPUNTUACIÓN

LOSTEXTOSSEDESARROLLARONDEIZQUIER

DAADERECHAODEDERECHAAIZQUIERDA

YFUERONESCRITOSUTILIZANDOÚNICA

MENTELETRASMAYÚSCULAS.

Lo único que recordaba a la puntuación eran los párrafos largos (paragraphos), donde se insertaba una línea horizontal para marcar el comienzo o el final de una oración o bien indicar que otro personaje estaba hablando en el drama.

Los textos se concebían como scriptio continua, es decir, sin espacios entre las palabras, y de esta forma resultaban de difícil acceso incluso a los pocos capacitados para la lectura. No existía la división en párrafos,

NIPUNTUACIÓNYTODO

ESTABAENMAYÚSCULAS.

Un lector solo podía comprender lo que estaba escrito cuando el texto era leído en voz alta varias veces. Nadie consideraba la idea de que un texto era susceptible de ser leído en silencio; estaba escrito para ser leído en voz alta, como una representación de la palabra hablada. En ese momento, escribir no era una actividad independiente y rentable,

con identidad propia, sino apenas un registro de lo oral utilizado en poesía, debates o diálogos.

Hubo que esperar algunas centurias para introducir modificaciones positivas, al menos hasta unos siglos antes del nacimiento de Cristo.

Aristófanes: el innovador olvidado

Fuera de la Biblioteca de Alejandría, hoy se levanta una modesta columna junto al café donde se encuentran, entre conferencias, estudiantes de todas partes del mundo. Se afirma que esa columna debió pertenecer a la antigua biblioteca de la ciudad mediterránea, que se hallaba a un par de metros de donde fue construida la nueva, en 2003. Esta última fue diseñada por el estudio de arquitectura noruego Snøhetta, siguiendo una idea original por la cual la biblioteca sería una ventana de Egipto al mundo y del mundo a Egipto. Pero la ambición no se detenía allí. Al ser inaugurada, Ismail Serageldin, el bibliotecario responsable del nuevo edificio, se refirió al legado de la antigua biblioteca, el que esperaba que fuera redescubierto en la actualidad. La biblioteca de Alejandría es majestuosa, monumental, y el edificio no solo está planteado para cobijar libros, sino que también cuenta con espacios para investigación, docencia y seminarios.

El macedonio Alejandro Magno solo contaba con veinticinco años de edad cuando, en 332 a. C., conquistó la ciudad que a partir de entonces lleva su nombre. Alejandro murió unos años más tarde y, no mucho después, una casa real griega se hizo del poder en la ciudad. La dinastía ptolomeica, como se la conocía entonces, marcó el comienzo de una edad de oro en la cultura helénica que se extendió por varios cientos de años, en un momento en que la Grecia original ya había perdido mucho de su esplendor. Durante ese período, el foco político, económico y cultural se trasladó a Alejandría. Los grandes ingresos de la dinastía ptolomeica llegados a partir de recursos naturales, como el papiro, se utilizaron fundamentalmente para construir el centro de aprendizaje Museion, que incluía su famosa biblioteca, con el propósito de recopilar todo lo escrito en griego hasta entonces. Se adquirieron así libros de todo el mundo helenístico, e incluso la biblioteca envió emisarios a diferentes destinos con el fin de rastrear ejemplares perdidos. Todo resultaba de interés para los bibliotecarios, aunque los textos de lengua y literatura merecieron máxima prioridad.

Los historiadores sugieren que, en su época de mayor apogeo, la

biblioteca pudo haber llegado a albergar casi 500.000 pergaminos. Alejandría fue el centro cultural e intelectual del mundo antiguo y el sitio donde las ideas de Europa y Asia podían llegar a confluir. Aparecieron las estrellas académicas y se fomentó la literatura, la medicina, la astronomía, la geometría y las matemáticas. El más famoso entre ellos posiblemente haya sido Arquímedes de Siracusa, a partir de su descubrimiento del principio de flotación de un cuerpo en el agua.

La biblioteca también se hizo conocida por muchos de sus talentosos bibliotecarios. Uno de ellos fue Eratóstenes, quien además de ocuparse de los libros, estaba interesado en geografía, matemáticas y astronomía, al punto que fue el primero en determinar la circunferencia de la Tierra. Eratóstenes calculó que era de 39.250 kilómetros, lo cual no está lejos de la cifra que hoy tenemos por correcta: 40.075 kilómetros. De modo tal que existen argumentos válidos para considerarlo uno de los auténticos genios que tuvo la biblioteca. Los bibliotecarios que siguieron a Eratóstenes suelen ser apenas mencionados cuando se describe la historia de la institución.

¡Pero no aquí! Honraremos a uno de ellos: Aristófanes de Bizancio (257-180 a. C.) y le obsequiaremos el memorial que la nueva Biblioteca de Alejandría le ha negado. Allí es prácticamente un desconocido, apenas un actor secundario. Incluso en las oficinas más recónditas del Centro de Estudios Helenísticos de Alejandría no hay rastros de Aristófanes y sus esfuerzos por contribuir a nuestro sistema de puntuación. No es posible encontrar ningún investigador absorto frente a fragmentos de rollos de papiros gastados, preguntándose por la ubicación de los dos puntos (colon), y ni hablar de alguna mención elogiosa por su aporte al descubrimiento del punto. No existe ni siquiera un descolorido dibujo en la pared que haga honor a su introducción de la coma.

Si le suena de algún lado alguien llamado Aristófanes, lo más probable es que su referencia nada tenga que ver con el bibliotecario y gramático, sino con el escritor de comedias con el mismo nombre. Aún en aquellos días, producir cultura popular traía aparejado un estatus que conllevaba mayor celebridad que dedicarse a introducir en el lenguaje unos pequeños pero imprescindibles signos para asegurar su desarrollo. De ningún modo pretendo decir con esto algo desagradable o que hiera la memoria del genial dramaturgo que produjo obras tan

inmortales como Lisístrata.

Sin embargo, aquí el héroe es un Aristófanes diferente. Tenía sesenta años cuando se convirtió en director de la biblioteca. Se dice que su habilidad para atraer expertos capacitados era limitada; no obstante, lo que nadie puede quitarle es haber sido el responsable de desarrollar el primer sistema de puntuación del mundo. Además, introdujo el uso de los acentos en griego, para que aquellos que no tuvieran el idioma como lengua materna pudieran pronunciar las palabras correctamente y con mayor facilidad. Tanto la puntuación como el acento eran elementos necesarios para el buen funcionamiento del lenguaje escrito. El griego es un idioma particularmente musical, como señala la autora italiana Andrea Marcolongo en La lengua de los dioses (2016). Por eso, los grecoparlantes son particularmente buenos en el uso de los acentos y la puntuación. De esta manera, el ritmo y los matices de la entonación se trasladaron de la lengua oral a su representación escrita.

En su estudio de Alejandría, el gramático y bibliotecario Aristófanes reflexionó entonces sobre aquello que podría facilitar la lectura de la literatura del pasado y del presente. Y sugirió adoptar tres principios con el fin de hacer comprensible una enorme cantidad de textos griegos, incluso los más antiguos, textos que los bibliotecarios se habían encargado de editar y poner a disposición de la posteridad. El sistema desarrollado por Aristófanes se dio en llamar “retórico”. Se trataba de allanar la lectura del tiempo, esto es, leer como en el pasado: en voz alta. Le importaba poco la gramática; puso el acento en la forma en que las pausas podrían llegar a facilitar la presentación de un texto oral de modo más comprensible. ¿Dónde resultaba necesario hacer una pausa entre los distintos fragmentos de un texto?

La idea básica de Aristófanes fue dotar al texto de distinctiones, puntos circulares que debían colocarse a diferentes alturas según la importancia y duración de la pausa a marcar. La comma (coma), el colon (dos puntos) y el periode (punto) constituían signos retóricos para pasajes que podían ser cortos, medianos o largos. Los signos que seguimos utilizando, como la coma y los dos puntos (y en algunos idiomas, punto por punto), originalmente no eran signos de puntuación sino indicadores de separación.

Aristófanes trabajó entonces con tres tipos de signos diferentes:

Más alto. Distinctio: una pausa final después de un período donde el significado está completo.

En el centro. Media distinctio: una pausa breve después de una coma, o donde el significado es incompleto.

Bajo. Subdistinctio: una pausa un poco más larga después de dos puntos, o donde la oración está completa pero el significado no.

Diez años después de la muerte de Aristófanes, nació Dionisio Thrax (170-90 a. C.), probablemente en Alejandría. Thrax escribió lo que puede ser la primera gramática sistemática en el mundo occidental, y se utilizó como libro de texto en las escuelas del Imperio Romano durante siglos. En 1816, este libro de texto se imprimió por primera vez. Los dos puntos referentes a la puntuación remiten en sus rasgos principales al sistema de Aristófanes, y las reglas coinciden con lo que Thrax definió como el propósito del conocimiento gramatical que deseaba transmitir: ayudar a que los textos se lean en voz alta según lo requiriese la situación, el género y los contenidos. La retórica planteó la pregunta sobre qué distingue lo que ahora llamamos una coma de un punto, al tiempo que proporcionó la respuesta por sí misma: la coma indica una pausa corta y el punto una pausa larga.

El sistema de puntuación de Aristófanes era simple pero efectivo. Dos de los tres signos que introdujo siguen siendo de los más importantes en la actualidad: la coma y el punto. Aristófanes llegó primero. Requirió coraje, ingenio y audacia para intentar modificar un sistema que, a su manera, funcionaba desde hacía siglos. Era atrevido, capaz y dispuesto, y muchas de las ideas básicas detrás de su sistema de puntuación aún son aplicadas. De modo tal que merece llevarse todo el crédito y las felicitaciones del caso por haber llegado a tan buen puerto haciendo malabares con tantas bolas en el aire. Además de proponer los principios para un nuevo sistema de puntuación más funcional, llevó adelante nuevas y más legibles ediciones de las obras de Homero,

La Ilíada y La Odisea, escritas quinientos años antes.vEl propio Aristófanes también fue escritor y mostró una inclinación por el uso de palabras inusuales y anacrónicas que él mismo recolectaba de otros escritos. Desafortunadamente, poco ha sobrevivido de su obra, con excepción de algunos fragmentos citados por otros autores posteriores. Los años que siguieron a Aristófanes no fueron particularmente felices para Alejandría. La magnífica biblioteca fue destruida unos años después de que el viejo director hubiese puesto su último punto. Qué y cuándo ocurrió no está del todo claro, pero lo que resulta casi seguro es que la biblioteca fue arrasada como resultado de un incendio al llegar Julio César desde el oeste y conquistar la ciudad, en el año 47 a. C.

No le fue mucho mejor a la dinastía ptolomeica, que convirtió Alejandría en una metrópoli cultural de las más importantes de su tiempo. Cleopatra, su última representante, ciertamente hizo lo mejor que pudo e incluso un poco más para poder retener tanto el poder como su honor, pero el peligroso juego en el que se embarcó con Julio César, Marco Antonio y otros, tuvo como consecuencia la decadencia y desolación. Se murmura entre los historiadores si la desesperación ante la caída no la condujo al suicidio. El derrumbe de Alejandría a manos de Roma significó la pérdida de su papel de liderazgo como el principal centro cultural del mundo greco-egipcio para quedar degradada a una ciudad de provincias. Sin embargo, permaneció como una de las más grandes referentes del Imperio Romano. La tradición del aprendizaje sobrevivió y, poco después, se convirtió en uno de los mayores centros de la teología cristiana de la Antigüedad.

Mil años de oscuridad: el libro del olvido

El antiguo centro de poder se trasladó hacia el oeste, del Imperio Griego a Roma. Sin embargo, el ánimo reinante aquí no se mostraba favorable a sostener el sistema de puntuación de Aristófanes. El gran orador Cicerón consideró que los signos de puntuación eran por completo innecesarios. De todos modos, los romanos heredaron de los etruscos la idea de insertar puntos entre las palabras para separarlas. Estos interpuncts se utilizaban fundamentalmente cuando un texto debía escribirse de forma que perdurara, por ejemplo, tallado en un muro de piedra: dona*nobis*pacem [danos la paz]. Hoy en día, los turistas que pasean por Roma pueden admirar aquellas inscripciones con puntos en las calles y muros de la ciudad.

Pero incluso esta costumbre se extinguió. Los romanos eran tan entusiastas de la cultura griega clásica que volvieron a introducir la scriptio continua, es decir, el texto sin espacios entre las palabras ni signos visibles que pudieran indicar pausas breves o más largas. La preparación minuciosa de las presentaciones orales requirió una lectura e interpretación meticulosas. En este sentido, los grammatici (profesores) jugaron un papel clave; a través de praelectio (conferencias) enseñaron técnicas a los alumnos para que pudieran leer el texto con facilidad y precisión. Esta enseñanza se basaba en que ya los profesores, ya los alumnos, insertaran marcas en el texto para dividir o unir palabras, señalando las sílabas largas o las pausas.

La tarea de puntuación se fue profesionalizando gradualmente, lo que significó que a una serie de personas particularmente elegidas se les confió el ejercicio de introducir determinadas marcas en los manuscritos para asegurarse de que fueran entendidos de la manera deseada por el autor. Los escritos que fueron tratados de esta manera durante los siglos V y VI trascendieron con el nombre de codices distincti. El propósito de las marcas, como en la antigua Grecia, era facilitar la perfecta oralidad de la lectura. Los casos de lecturas silenciosas eran tan extraños que obligaban a levantar las cejas como señal de incredulidad. Al fin, los maestros cristianos se fueron haciendo

cargo del papel de puntuadores, aunque esto no sucedió por casualidad. Dada la manera en que la Biblia fue escrita y tratada, se necesitaba el máximo esfuerzo para su comprensión. No obstante, la puntuación volvió a desaparecer en muchos de los monasterios donde los monjes trabajaban con los textos bíblicos y otras asignaciones literarias. Los monjes del sur de Europa se consideraban lectores tan hábiles que preferían prescindir de los signos de puntuación.

Más al norte, sin embargo, aún había esperanza. Cuando Irlanda se convirtió al cristianismo, sus habitantes se vieron obligados a aprender latín, lengua por completo ajena a ellos, por lo que tuvieron que recurrir a toda la ayuda imaginable. Y la ayuda llegó en barco. En el año 405 d. C., San Jerónimo (347-420 d. C.) presentó su traducción completa de la Biblia del griego y hebreo al latín. Inspirado por célebres oradores de la Antigüedad, como Cicerón y Demóstenes, Jerónimo escribió per cola et commata, lo que significa que cuando el texto se adapta a la lectura, se continúa leyendo en una nueva línea. Esto hizo que la lectura fuera más sencilla.

Los monjes irlandeses adoptaron con entusiasmo el método que aplicó San Jerónimo a la Biblia —comúnmente conocida como Vulgata—, llegada a la isla Esmeralda desde el mar al cabo de apenas treinta años. Los monjes también hicieron un intento sincero para acabar con la scriptio continua. Por lo general, llama la atención que durante varios cientos de años los mayores signos de progreso en el lenguaje escrito se hayan manifestado en los monasterios de Irlanda, lejos de los centros de poder de la Europa continental.

Incluso nosotros, los escandinavos, que vivimos muy lejos de los caminos usualmente trillados por los europeos, debemos asumir la culpa por los graves contratiempos que sufrió la puntuación. En el año 586 d. C., los lombardos (o langobardi) conquistaron el Imperio Romano. Los Barbas Largas —ese era el significado del nombre de ese grupo étnico— llegaron desde el norte de Alemania, pero en realidad eran de origen escandinavo. Por aquel entonces, los nórdicos no estábamos demasiado interesados en todo este asunto de las comas y cosas por el estilo; lo que realmente nos preocupaba era satisfacer las necesidades primarias de la gente: la tierra cultivable, los territorios de caza, la guerra, la paz y otras cuestiones de ese rango.

La invasión precipitó el colapso del Imperio Romano y, por lo tanto,

también la desaparición de la cultura clásica. El papa Gregorio el Grande advirtió la necesidad de hacer algo rápidamente para evitar una catástrofe total. En el año 590 d. C., hizo redactar la Regula Pastoralis. El texto fue escrito en hermosa caligrafía dotada de algunos signos —altos para las pausas cortas, bajos para las pausas finales (que adoptaban la forma de una coma)— y de forma tal que al lector le dejaría la menor capacidad de interpretación posible,

Pero la hora de la Antigüedad había llegado a su fin. El Imperio Romano declinó llevándose consigo todo lo que tenía que ver con los signos de puntuación.

Hubo algunos desarrollos espasmódicos que se dieron a través de esfuerzos y arrebatos a lo largo de toda la Edad Media. Aunque, sin dudas, uno de los impulsos más importantes fue el cambio de actitud de la gente ante la palabra escrita. Hasta aquel momento, el lenguaje escrito fue considerado como una forma de retener la palabra hablada para su posterior transmisión oral. A partir de entonces, la escritura pasó a ser un medio para llevar información directamente del ojo a la mente. Isidoro de Sevilla (560-636 d. C.) se convirtió en el primer defensor de la lectura silenciosa. Pensó que era una forma más eficaz para la comprensión y la memoria, menos fatigosa. Podemos convenir en que se anotó un punto por eso. Isidoro había tenido una educación y una orientación clásicas. Estuvo en estrecho contacto con los monjes que huyeron a España desde el norte de África, donde el islam estaba en plena expansión. Isidoro vio entonces la necesidad de enseñar los escritos de la Antigüedad clásica y esto lo movió a mejorar y desarrollar tanto la puntuación como otros aspectos de la presentación visual de un texto. El meticuloso trabajo de Isidoro resultó vital para todo lo que tiene que ver con el oficio de escribir durante siglos, y no solo en el sur de Europa sino también en las naciones anglosajonas. Fue el primero en pensar que la puntuación se podía utilizar sintácticamente, es decir, para delimitar unidades gramaticales. Hasta entonces, había estado motivada por la necesidad de quienes debían leer en voz alta.

De todas formas, la lectura en voz alta siguió predominando a lo largo de todo el período medieval. Se levantaba un manto de sospechas sobre la lectura silenciosa… ¿Quién podría adivinar las obscenidades que se cruzaban por la mente del lector que no compartía en voz alta los secretos de un texto? Algunos doctores recomendaron la lectura a viva

voz como una actividad física, equiparándola a correr, en tanto otros advirtieron que la lectura silenciosa podía provocar algunos trastornos a la garganta u otros órganos del cuerpo.

Muy excepcionalmente, algunas personas de la Antigüedad pueden haber practicado la lectura en silencio si tenían buenas razones para ello. Se sabe, por ejemplo, que Alejandro el Grande leyó una carta de su madre, Olimpia, sin utilizar la voz, y también se afirma que en algunas ocasiones se observó a Julio César leyendo una carta para sí mismo. ¿Habrá sido una misiva de la bella Cleopatra?

En el siglo IV, el famoso teólogo Agustín, uno de los padres de la Iglesia, llegó a Milán. Allí visitó al obispo Ambrosio, una visita que lo emocionó en profundidad. Cuando Ambrosio tuvo delante un texto de él, dejó que sus ojos escanearan la página mientras el corazón le atribuía un significado, pero todo sucedió sin un solo sonido, con la lengua inmóvil. A Agustín lo conmovió aquello que vio pero no escuchó, y comenzó a practicar esta forma de lectura para sí mismo.

No obstante, leer en voz alta siguió siendo la forma cultural predominante de absorber el contenido de un texto a lo largo de la Antigüedad, la Edad Media y hasta el nuevo milenio. Todo lo escrito era pronunciado en voz alta. Nadie pensó en la escritura como una disciplina intelectual independiente, lo cual se adaptaba perfectamente a los intereses de la Iglesia y el clero, porque concentraban así el control sobre lo que debía ser escrito y cómo debía leerse e interpretarse esa palabra. Luego, cuando la lectura silenciosa se estableció plenamente, se abrió un frente de potencial rebeldía en contra de las ideas de las clases dominantes, mientras que la lectura en voz alta siguió siendo practicada en iglesias y centros de reunión, plazas, mercados y salones de entretenimiento, en tanto una forma de ejercer el poder como una práctica que propiciaba la unión de la gente. Por otra parte, debieron transcurrir cientos de años antes de que la lectura fuera masiva.

La lectura silenciosa fue practicada por primera vez por los escribas de las salas dedicadas precisamente a la escritura (scriptoria) de los monasterios, y más tarde en universidades y entre la nobleza. Sin embargo, este tipo de lectura no se convirtió en norma hasta el siglo XV, aunque, una vez convertida en hábito, implicó un cambio dramático en todo lo que atañe al trabajo intelectual,

independientemente de si el lector se enfrentaba a manuscritos o páginas impresas. Leer en silencio podía resultar un ejercicio difícil, a no ser que el texto hubiera sido adaptado de manera particular para uso individual. De allí que un sistema de puntuación práctico y la lectura silenciosa se ven hermanados en la lenta revolución común que creó nuestra civilización.

Aristófanes creó el primer sistema de puntuación doscientos años antes de Cristo. El desarrollo posterior significó una verdadera travesía por una montaña rusa. Debieron pasar más de mil años hasta arribar de un modo definitivo al momento de madurez adecuado para encarar una reforma que asumiera el peso de la experiencia precedente. El hombre que por fin asumió la tarea había tenido buen contacto durante mucho tiempo con otros creyentes de Irlanda. Compartían la fe tanto en Nuestro Señor como en la puntuación, única capaz de facilitar la lectura de lo que tenía en mente.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

El mini-Renacimiento: por amor a Dios

y la conveniencia del lector. Alcuino y

Carlomagno: los hombres que construyeron

la cultura escrita en Europa

Vestido con una espléndida túnica franca, el rey (y más tarde emperador) Carlomagno (742-814 d. C.) está sentado a su mesa con lo que parece una pizarra y un lápiz. Detrás de él se encuentra un hombre con hábitos de monje. El hombre se llama Alcuino de York (735-804 d. C.) y con su mano derecha guía la mano del rey para que dibuje unas letras en la pizarra.

La poderosa pintura de Otto Rethel de 1847 cuelga en el maravilloso museo interactivo dedicado a Carlomagno, llamado Centre Charlemagne, en francés, aunque en realidad está ubicado en la ciudad alemana de Aquisgrán. Fue desde aquí que Carlomagno (Carolus Magnus o Carlos el Grande) conquistó y gobernó la mayor parte de Europa Occidental cerca del año 800 d. C., durante el período conocido como Renacimiento Carolingio, una etapa que ofreció además buenas noticias y progresos para el sistema de puntuación, en gran medida gracias al emperador y nuestro amigo Alcuino.

Cuando escuchamos hablar del Renacimiento, por lo general pensamos en el período histórico que comenzó en el siglo XV y que renovó el interés por el arte y la literatura de las antiguas Grecia y Roma, y favoreció, de manera particular, el florecimiento cultural y económico en el corazón de la tierra que hoy conocemos como Italia. Si aceptamos como buena la definición de "renacimiento" en el sentido de "volver a la luz", es posible advertir que esto ya sucedía durante el reinado de Carlomagno, cuando las obras literarias de la Antigüedad fueron halladas y rescatadas de su olvido. Europa recibió un anticipo de lo que estaba por llegar. Carlos el Grande era el rey de los francos y lombardos, y finalmente acabó por ser emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, gobernando un área que incluía grandes

extensiones del continente europeo y su principal metrópoli, Aquisgrán (Aix-la-Chapelle o bien Aachen, en alemán). Hasta aquel momento, el centro de gravedad cultural europeo siempre había estado ubicado al sur de los Alpes. Carlomagno lo trasladó al norte. Pero ¿por qué exactamente a Aquisgrán? Más que ninguna otra razón, tuvo que ver con las fuentes de aguas termales que dominaban la zona: Carlomagno adoraba bañarse en ellas y nadar.

Hoy, Aquisgrán es una acogedora ciudad de provincias de Alemania, de tamaño regular. El aeropuerto más cercano es Maastrich, en los Países Bajos, y el museo, principal atracción de la ciudad, sigue ostentando su nombre en francés. Carlomagno es llamado el "padre de Europa", y estamos en el centro de Europa por lo que a ello se refiere. Por cierto, además fue padre de varios hijos. Entre los hallazgos históricos logrados por el genetista británico Adam Rutherford, se cuenta el hecho de que cualquier europeo que desee rastrear su ascendencia lo suficientemente atrás en el tiempo, acabará chocando con la figura de Carlomagno. Como fuera, en este libro la atención está puesta en sus esfuerzos en el campo del lenguaje escrito.

Carlomagno sabía leer tanto griego como latín, pero aprender a escribir le resultó una batalla mucho más difícil que las muchas que le tocó disputar. No es que no deseara hacerlo, sino que simplemente no podía lograrlo. Una de las posibles causas para esta dificultad habría que buscarla en el hecho de que ya era todo un adulto cuando intentó aprender a escribir. Además, tenía las manos muy maltratadas después de participar en innumerables campos de guerra. Dormía con los materiales de escritura, posiblemente una pizarra y un lápiz, debajo de su almohada, con el fin de utilizar las últimas horas de la noche para practicar. También recibió una gran ayuda de Alcuino, pero fue inútil: el emperador nunca pudo aprender a escribir correctamente. Sin embargo, alcanzó un enorme logro en lo que tuvo que ver con la enseñanza de la escritura a gran escala en todo el Imperio Carolingio, y el hombre que hizo su sueño realidad fue, precisamente, Alcuino de York, proveniente del norte de Inglaterra.

Alcuino nació en el seno de una familia noble en el año 735 d. C., y en su juventud fue educado por Egbert, quien más tarde fue arzobispo de York. En función de eso, fue designado para dirigir la escuela catedralicia de la ciudad. En el año 781 d. C., dotado de la confianza del arzobispo, se le concedió la honorable tarea de viajar hasta Roma

para obtener la aceptación del papa para que York siguiera siendo parte del episcopado. De casualidad, en el camino de regreso, Alcuino se detuvo en la ciudad de Parma, al pie de los Alpes, y durante su estancia allí conoció a Carlomagno. Se habían encontrado una vez antes, y Alcuino tenía en alta estima a Carlos. En Parma, los dos se llevaron tan bien que Alcuino fue inmediatamente invitado a Aquisgrán para educar a los hijos del emperador como a otros niños dotados. Más tarde, le asignaron otras tareas de mayor importancia y responsabilidad. Se convirtió en director de la biblioteca del castillo y director supremo de la escuela en el palacio del emperador en Aquisgrán. Hasta allí llegaron profesores asistentes tanto de Irlanda como de los asentamientos anglosajones en Inglaterra. La enseñanza en Aquisgrán se inspiró en las siete artes liberales de la antigua Roma. Las septem artes liberales se estructuraban en dos cuerpos:

Trivium:

Gramática, que refiere a la lectura y la escritura.

Retórica, concerniente al arte de hablar en público.

Dialéctica, que es el arte de debatir lógicamente.

Quadrivium:

Aritmética, que refiere a la tradición de los números.

Geometría.

Música.

Astronomía.

Con el fin de agudizar el cerebro de los jóvenes, Alcuino escribió libros de texto de matemáticas. Sin embargo, se concentró fundamentalmente en las disciplinas del lenguaje comprendidas en las tres primeras disciplinas de las artes liberales. Asimismo, se aseguró de proporcionar a la biblioteca de Aquisgrán copias de libros de las antiguas Grecia y Roma, así como de otros manuscritos llegados de todas partes de Europa que acabaron por formar la base de la enseñanza. Además, estableció salas de escritura (scriptoria) donde diligentes escribas se encargaron de copiar estas colecciones de textos antiguos. El propio Alcuino escribió libros sobre gramática y lenguaje, y fue uno de los primeros en comprender el valor de la puntuación. Desafortunadamente, mucha gente continuó practicando la scriptio continua, es decir, textos sin espacios entre las palabras y con la menor puntuación posible. Alcuino mismo adhirió al sistema simple de dos signos sobre el que nuestro amigo Aristófanes había reflexionado mil años atrás:

Distinctio: colocado en la parte superior de la última palabra para marcar el final de una oración.

Subdistinctio: ubicado más abajo para marcar una pausa en la frase.

En una carta a Carlomagno, Alcuino expresó su entusiasmo por este sistema, en parte porque los signos de puntuación también podrían aparecer como una atractiva decoración de los textos. Sugería, al mismo tiempo, que el conocimiento de la puntuación debía ser perfeccionado. Temía que la falta de educación entre las élites del imperio hubiese debilitado la eficacia del método. Era necesario hacer algo para poner fin a ese desafortunado desarrollo. Y Alcuino sabía qué hacer. Como ministro de Educación de facto del Imperio Carolingio, su palabra era ley. En consecuencia, utilizó toda su influencia para tomar una serie de medidas importantes en relación con el texto escrito, hasta convertirlo en una forma independiente del uso del lenguaje, al concebirlo como algo por completo diferente y más importante que un simple registro de contenido literario para ser leído

en voz alta. Esto significó que quienes se ocuparon de introducir los signos le asignaron un peso mayor a la forma en que se ensamblaban gramaticalmente los textos para hacer llegar el mensaje.

Mientras los escribas continuaran con la escritura sin espacios entre las palabras, en la práctica sería difícil insertar los signos de puntuación. Entonces, Alcuino y sus colaboradores crearon un nuevo tipo de escritura para resolver el problema. Las minúsculas son las letras pequeñas, más sencillas de leer que las MAYÚSCULAS. Las minúsculas carolingias estaban bien proporcionadas, eran fáciles de leer y escribir, y daban espacio a los signos de puntuación. Las minúsculas pronto se hicieron muy populares, e incluso los monjes irlandeses se mostraron encantados con ellas. Un siglo después, se introdujeron en España, Inglaterra, Hungría e Islandia.

El lenguaje escrito se hizo tan fuerte en Aquisgrán que en el año 805 d. C. el propio Carlomagno dio la orden de que aquellos que estaban preparados para desempeñarse como escribas no podían cometer errores, y los que no aplicaran los signos de puntuación correctamente serían castigados. Y todo por amor a Dios y a la conveniencia del lector. En un artículo sobre la producción de libros en el Imperio Carolingio, David Ganz escribe más específicamente sobre cómo se expresa esta conveniencia: el texto debe exhibir calidad, una redacción y un diseño claros, y cierta idea acerca de cómo el lenguaje escrito puede guiar al lector.

Alcuino se retiró en 796 d. C., a la edad de 61 años. Pasó sus últimos ocho años en el convento de Saint Martin, ubicado en la ciudad francesa de Tours. Pero incluso allí se mostró incansablemente activo. Mantuvo a los monjes ocupados y envió a alguno de ellos a buscar ejemplares raros de los que él mismo se había ocupado de guardar siendo joven, en el extremo norte de Inglaterra. York no lo había olvidado. De hecho, aún se lo recuerda. Junto a la universidad de la ciudad, se levanta una institución cuyo nombre hace honor al héroe de la escritura: Alcuin College.

El profesor de la universidad más antigua

de Europa: lo más simple es lo mejor

Boncompagno da Signa (ca. 1170-1240) odiaba la gramática. ¿Pudo haber sido esa la razón por la cual lanzó un sistema de puntuación súper simple? El caos reinaba entre los escribas de la Alta Edad Media, pese a los heroicos esfuerzos de Alcuino. Constantemente, se presentaban nuevas formas de utilización de los signos antiguos. Quien tendría a su cargo crear el sistema más simple ocupaba una silla en lo que entonces era el principal centro intelectual de Europa.

Alma mater studiorum. "Madre adoptiva de los estudios". Nada menos. Aunque este lema representa algo más que una vana ornamentación en el momento en que la Universidad de Bolonia lo asume. Hasta la Alta Edad Media, la Iglesia estuvo a cargo de toda la educación superior, con el poder y la responsabilidad que su posición exigía. En 1088, mentes brillantes rompieron con el monopolio del conocimiento al establecer en Bolonia la primera universidad de Europa. Aún hoy es posible sentir y percibir los nueve siglos de historia de la universidad a lo largo de las veredas de las estrechas calles de Bolonia, en sus plazas y en las paredes de los edificios universitarios que se reparten por todo el centro de la ciudad. Una ciudad que se muestra orgullosa de su historia.

—¿Boncompagno da Signa?

Los anfitriones encargados de recibir a los invitados no reconocen el nombre. Tampoco encuentran nada en sus computadoras. No, no existe información alguna, ni un busto, ni una pintura.

—¡Prueben con los archivos!

Podemos confiar en los archivos. Como en otras partes, también en Bolonia se encuentran en pequeñas oficinas del tercer piso, al final del pasillo más angosto. Ellos conocen el camino en torno al laberinto y por fin encuentran a Boncompagno en antiguos documentos históricos. Se encuentra oculto entre cláusulas subordinadas insertas en papeles

sobre los que nadie ha puesto los ojos en el último milenio. ¿Acaso no merecía una mejor suerte? Es preciso decir que estas cláusulas subordinadas que fueron insertadas deben ser promovidas a un estado mayor, como cláusulas principales independientes.

Boncompagno creció en el pueblo de Signa, justo al oeste de Florencia, donde luego continuó sus estudios. A una edad muy temprana para la época, volvió a desplazarse, esta vez a Bolonia, y en este centro de estudios se convirtió en profesor de retórica y gramática. Odiaba profundamente esta última disciplina. Lo que en realidad le importaba a Boncompagno era la retórica. Y en este campo sí tenía algo que ofrecer, ya que en The Rhetoric Canon [El canon de la retórica], de Brenda Deen Schildgen, nuestro amigo aparece mencionado en compañía de figuras tan prestigiosas como Homero, Platón, Aristóteles, Sócrates, Cicerón, Dante, Kant y Adorno. En esta obra, se destaca fundamentalmente su innovadora simplificación de los bloques más pequeños en la construcción del lenguaje escrito, lo que justifica su presencia.

El sistema de puntuación de Boncompagno abarcaba dos tipos diferentes:

Virgula planus: –

Este signo marcaba el final de una idea completa, es decir, jugaba el mismo papel que hoy tienen el punto, el signo de exclamación y el de interrogación.

Virgula suspensiva: /

Este signo marcaba una pausa más corta, donde el significado aún no estaba completo.

Boncompagno pensó que ya no nos hacían falta más signos de puntuación. Nadie sabe cuánta gente utilizó su sistema, pero lo concreto es que su virgula suspensiva resultó un importante punto de partida para la coma tal como la conocemos hoy, que tuvo su nacimiento oficial en Venecia trescientos años más tarde. Con toda seguridad, de haberse enterado de eso, el viejo profesor de Bolonia se habría mostrado muy complacido, aunque, como se dijo, su preocupación fundamental estaba puesta al servicio de la retórica y menos de la gramática y otras formalidades de ese tipo. La opinión de Boncompagno fue una reacción contra el creciente número de académicos que percibían la gramática casi como una ciencia natural. En vez de eso, se basó en las tradiciones orales enfocadas en producir un discurso elegante. Boncompagno escribió un total de diecisiete libros, la mayoría de los cuales trataban acerca de cómo los juristas podían ganar sus causas a partir de una buena argumentación oral, o bien sobre el arte de escribir cartas: ars dictaminis. Sus obras más conocidas son Rhetorica Antiqua (1215) y Rhetorica Novissima (1235). En ellas, Boncompagno destinó el más absoluto desdén por Cicerón, el héroe de la retórica en la antigua Roma, quien, en su opinión, volvía difíciles las cosas simples. Tampoco mostró misericordia alguna hacia los eruditos escribas de la universidad rival, la francesa de Orleans, a quienes criticó por entender que dedicaban un énfasis desmedido a la gramática formal. Boncompagno creía que mientras él promovía una versión moderna del latín, en Francia solo complejizaban la lengua. Es posible trazar una analogía en relación con las respectivas gastronomías: mientras la cocina italiana es sencilla y utiliza unos pocos ingredientes, la francesa es astutamente ornamental.

La gramática y la retórica fueron dos de las tres disciplinas que integraron el trivium, primer apartado de la idea medieval de las siete artes liberales. Boncompagno consideró que la retórica era lo más importante, aunque se vio obligado a admitir que la gramática constituía un elemento esencial en la educación de los principiantes. Él mismo se vio sometido a tomar dieciséis meses de aprendizaje de gramática en Florencia.

Boncompagno ha sido descripto como alguien con un ego importante, a quien hoy le cabría sin problemas el calificativo de arrogante o "cabezota". Se consideraba una celebridad en Bolonia, pero cuando intentó conseguir un cargo en Roma, no recibió más que rechazos. Escribió su última oración —o, más precisamente, su última virgula

planus— en un hospital de Florencia, pobre y olvidado. Bueno, quizá no olvidado del todo. Al menos es posible imaginar al profesor Boncompagno dictando una conferencia desde los relieves y otras obras de arte del espléndido Museo Medieval de Bolonia.

Fuera del museo, jóvenes estudiantes de todo el mundo discuten sobre arte medieval. Todo huele a conocimiento en Bolonia, y no necesariamente ligado a la Antigüedad. Tal vez, lo que hacen los estudiantes en el jardín del museo no sea otra cosa que buscar aquello que Boncompagno consideró la mejor inspiración para las presentaciones orales: aire puro y hierbas dulces.

El Renacimiento italiano:

nuestro héroe de Venecia

Insertó la primera coma moderna, el primer punto y coma, y, por si fuera poco, dio al mundo el libro de bolsillo. Hay muchas razones para homenajear al tipógrafo, humanista, editor y traductor italiano Aldo Manuzio (o Aldus Manutius en su versión latina). Él fue a la cultura escrita lo que el fundador de Apple, Steve Jobs, resultó para el desarrollo de nuestra cotidiana vida digital. Ambos fueron visionarios e innovadores que lograron atraer a gente muy capaz cuando se propusieron realizar innovaciones que reemplazaran soluciones para unos pocos por algo que funcionara eficientemente para la mayoría. Así como Jobs se convirtió en el símbolo de las transformaciones que nos hicieron a todos digitales, Manuzio fue el hombre que hizo accesible la cultura escrita a un público más amplio de la población. En realidad, existe otra conexión entre Manuzio y Jobs: en 1985, Aldus lanzó el programa Page Maker destinado al diseño, que se adaptó para las computadoras Macintosh, de Apple. ¿Por qué Aldus? Sí, en efecto, como homenaje a nuestro héroe, Aldo Manuzio.

Si bien trabajó y desarrolló todo su arte en Venecia, Manuzio nació en Bassiano, una pintoresca ciudad medieval ubicada en una colina del Lazio, aproximadamente a una hora en auto al sur de Roma. A la entrada de la ciudad, es posible ver a un hombre de pie en posición rígida a un lado de la carretera. Está hecho de bronce, pero cuando soplan los vientos de julio que llegan desde África y elevan la temperatura a más de cuarenta grados, podría decirse que suda. Aldo Manuzio monitorea el tráfico que circula por su ciudad, donde nació alrededor de 1449. Manuzio no es un personaje histórico demasiado conocido, pero sin embargo resulta una celebridad en los círculos editoriales y literarios de todo el mundo, y Bassiano sabe apreciarlo. La ciudad tiene su propio museo dedicado a Manuzio e invita a sus habitantes a participar en las fiestas anuales dedicadas a homenajear su memoria.

A una edad muy temprana, Aldo viajó a Roma para aprender latín.

Continuó sus estudios en Ferrara, concentrándose especialmente en el griego clásico. Luego, se dirigió a Capri, donde el príncipe Lionello Pio lo contrató como tutor de sus hijos, Lionello II y Alberto. Aquí comenzó a escribir libros de texto que involucraron la gran pasión de su vida: la gramática.

Cuando Aldo llegó a Venecia, en 1489, ya superaba los cuarenta años. Había dedicado su vida a la gramática, la enseñanza y la filosofía de la Antigüedad, tanto en griego como en latín. Llegó a Venecia cuando la ciudad estaba en su apogeo tanto político, como económico y cultural. Más tarde, Aldo la describiría como el mundo entero concentrado en una sola ciudad. En 1492, el humanista Marsilio Ficino (1433-1499) escribió que el siglo XV se reveló como la Edad de Oro para lo que llamó las artes liberales, que incluía a la poesía, la pintura, la escultura, la arquitectura y el canto, además de la retórica y la gramática. Nos encontramos en las décadas en las que Leonardo da Vinci dio vida a su famoso fresco La última cena, en que Miguel Ángel talló su estatua del David y Nicolás Maquiavelo comenzó el borrador de El príncipe, en tanto Colón se alejaba con su pequeña flota del Puerto de Palos en busca de nuevos continentes. En Roma, las primeras piedras eran trasladadas hasta lo que hoy conocemos como la Plaza de San Pedro.

Venecia era la capital europea de la edición y los talleres de impresión, y Manuzio quedó fascinado con el libro como fuente de poder e influencia en el mundo. Vivía en una sociedad que respiraba un constante progreso económico y cultural, pero ni siquiera Venecia estaba a salvo de la guerra y la crisis. En el prólogo a un libro sobre los escritos de Aristóteles, Manuzio sostenía que el destino de la época era vivir en tiempos trágicos y confusos, en los que el hombre se volvía más fácilmente hacia las armas que hacia los libros. Por lo tanto, enfatizó que él mismo no descansaría hasta poder darle al mundo un suministro sólido de libros. Y cumplió con su palabra: más de 130 títulos fueron publicados por su sello editorial, Aldine, en el período que va de 1495 a 1515.

En 1493, Manuzio ya tenía lista una gramática para imprimir y así entró en contacto directo con los más importantes actores de la industria gráfica. Su editorial e imprenta se instaló poco más de un año después cerca de Campo San Paolo. Allí se colocó, en consecuencia, la piedra fundacional de lo que poco después se convertiría en la referencia más importante ligada a la palabra escrita en Europa, un

hecho histórico al que el imán turístico de Venecia, quinientos años más tarde, hace todos sus esfuerzos por ignorar. No obstante, tras las puertas de un modesto establecimiento que produce y vende productos de papel, el rostro del propietario se enciende cuando escucha mencionar el nombre de Manuzio:

—Siga por la calle Bernardo y cruce el canal hasta la calle del Scaleter. Y luego continúe hasta el final de Rio Terà Secondo.

¡Tiene razón! Allí está. Una sencilla placa anuncia humildemente las primeras palabras de la historia de Aldo Manuzio.

Aldine, editorial modelo, en pocos años se hizo reconocida por su capacidad para combinar las exigencias de una alta calidad estética y de contenidos con un agudo sentido comercial y olfato para los intereses y necesidades de una clase media lectora. El orfebre y metalúrgico Johannes Gutenberg ya había inventado el arte de la impresión, pero fue la poderosa comunidad de Venecia la que utilizó la innovación tecnológica al servicio de la producción de libros para un público masivo.

Aldo Manuzio fue el primero en su campo, pero también se inspiró en los maestros de otras áreas y disciplinas. Después de no pocas consideraciones, el fraile franciscano Luca Pacioli (1447-1517) elaboró los principios de la contabilidad de doble entrada, que se convirtió en un elemento esencial para la moderna economía empresarial. Erasmo de Rotterdam (1466-1536) es hoy conocido como el hombre que dio su nombre al sistema de financiación del programa de becas que posibilita el intercambio de estudiantes de toda Europa. En su tiempo, Erasmo fue el principal humanista del continente. También pasó largos períodos al sur de los Alpes, pero la persona a quien más admiraba en Italia no era el papa, sino… ¡Aldo Manuzio! Erasmo lo visitó en Venecia, trabajó allí e hizo imprimir su colección de proverbios literarios por Aldine. Su círculo de conocidos también incluía a prósperos nobles y artistas. Incluso el joven pintor de Núremberg, Albert Durero (1471-1528), en una ocasión tuvo la oportunidad de

visitarlo durante una gira de estudios por el sur.

Manuzio admiraba Alemania. A fin de cuentas, fue allí donde se inventó la imprenta. Por otra parte, el país representaba una serie de reformas políticas con las que se mostraba muy de acuerdo. Muchos impresores alemanes habían emigrado a Italia por entender que la vida cultural era mucho más estimulante que en su país de origen. En consecuencia, Manuzio permaneció en Venecia. La ciudad lo inspiraba de muchas maneras. Como editor, el gramático Aldo desarrolló rápidamente una visión holística de la producción de textos que también incluía el diseño, las ilustraciones y las cualidades físicas del libro: tamaño y calidad del papel —siempre teniendo en cuenta las necesidades visuales del público—.

Tenía mucho por ofrecer, y no debería sorprendernos que con una jarra de vino tinto del Trentino confesara una noche:

Ma ho una piccola idea anch'io. Da tempo provo e riprovo minuscoli segni da mettere tra le parole: il punto, la virgola, l'apostrofo…

[Pero también tengo una pequeña idea. Durante mucho tiempo, he intentado poner pequeños signos entre las palabras: el punto, la coma, el apóstrofo...].

La idea, en verdad, no tenía nada de pequeña… ¡era una genialidad! En realidad, ni siquiera se trataba de una idea, sino de muchas con las que Manuzio estuvo lidiando durante bastante tiempo:

En 1495, estableció cómo la coma y el punto debían imprimirse, y también resolvió una serie de reglas gramaticales para la puntuación moderna. ¡Mejor comunicación!

Desarrolló el estilo en cursiva y una novedosa fuente que aún hoy es la de uso más corriente: Times New Roman. Ambas innovaciones estaban inspiradas en inscripciones de la época romana y decoraciones propias de la antigua arquitectura: la estética era fundamental para muchos de los intereses de Manuzio. Para dotar las letras de proporciones perfectas, contó con la ayuda del monje, economista y matemático Luca Pacioli.

Mandó a hacer una tinta que fuera capaz de soportar la luz del sol, y la utilizó en el mejor papel disponible en aquel momento.

Reeditó las obras de la Antigüedad de una manera más simple, que las hizo accesibles a un público más amplio, tanto en los originales latín o griego, como traducidas al italiano. También se encargó de presentar obras más recientes que representaban la literatura de sus contemporáneos.

En 1501, publicó las obras del poeta romano Virgilio (70-19 a. C.) en formato miniatura, y al año siguiente repitió la misma fórmula con la obra cumbre de la literatura italiana, La Divina Comedia de Dante Alighieri (1265-1321). Sin saberlo, Manuzio había inventado el libro de bolsillo. Este formato ganó rápida popularidad entre los viajeros de negocios, diplomáticos, oficiales militares y otros que requerían de libros con un formato práctico para su tiempo libre. Ahora podían dedicarse a la lectura en el tiempo de espera entre dos reuniones o bien durante los largos trasiegos entre asignaciones aquí y allá.

Los libros de Manuzio también resultaron innovadores a partir de la utilización de texto a dos columnas, tablas de contenidos y paginación, todos elementos inéditos hasta ese momento. Estas novedades se tradujeron en resultados altamente rentables: su edición del Cancionero de Francesco Petrarca alcanzó una tirada de 100.000 ejemplares.

No se sabe con exactitud cuál fue el año de nacimiento de Aldo, pero sí que murió en 1515. Ocurrió el 6 de febrero de ese año, y desde entonces se recuerda la efeméride como el Día Mundial del Punto y Coma. ¡Hagan una cruz en su calendario! También sabemos que Manuzio es el creador del libro moderno; es a él a quien debemos agradecer cuando nos llevamos un ejemplar en rústica para leer en el baño, en la cama o en un café. En más de un sentido, se puede considerar a Manuzio como el primer editor de Occidente. Supo

combinar los ideales clásicos con las demandas a las que se enfrenta un editor moderno en una democracia basada en la economía de mercado. Manuzio tuvo una sólida educación asentada en las disciplinas humanistas e intentó promover objetivos culturales e intelectuales antes que simplemente objetivos económicos. Publicó tanto ficción como no ficción; revalorizó el conocimiento gramatical y estuvo atento a la importancia del diseño y las habilidades del artesano. Y se mostró siempre inquieto en la búsqueda de las mejores soluciones. En un magnífico libro publicado en Venecia en 2016, con ocasión de una muestra sobre Aldo Manuzio y el Renacimiento, los editores responsables, Guido Beltramini y Davide Gasparotto, resumieron la esencia de su trabajo con las siguientes palabras: “Aldo fue un editor increíble. Su cuidado del texto fue meticuloso e intransigente, involucrando a los principales filólogos de la época. Las armas secretas de los libros de Aldo fueron el contenido, la estructura, la claridad y la armonía”.

Los actuales responsables de la edición, tanto del mundo del libro como de los medios de comunicación, pueden encontrar inspiración en estos fundamentos. Y todos, además, podemos hacer lo mismo con el lema con que Aldo Manuzio definió la identidad de su proyecto editorial: Festina lente. La figura que ilustraba esta consigna estaba simbolizada por un ancla y un delfín: la estabilidad y la fuerza del ancla, y la velocidad del delfín. Tanto el lema como el logo acabaron por convertirse en expresiones de valor duradero. Incluso Herman Melville escribió en una de las versiones impresas de su Moby Dick sobre el ancla y el delfín, aunque finalmente transformó el delfín en una ballena.

Gutenberg inventó el arte de la impresión, pero fue Manuzio quien hizo uso de esa tecnología y la desarrolló aún más. El hallazgo de Gutenberg puede ser comparado con el de las primeras computadoras: fueron, por cierto, muy importantes, pero a la vez grandes, torpes y poco prácticas. Al igual que innovadores como Steve Jobs transformaron los viejos mamuts en herramientas cotidianas para todos, Manuzio perfeccionó la imprenta con muchas de sus innovaciones y contribuyó al desarrollo del arte gráfico.

Lo que llevó a cabo Aldo Manuzio en 1914 no solo fue crear nuevas formas de representar los signos de puntuación, sino también implementar la estandarización de un sistema que ayudó a hacer del

lenguaje escrito un medio de comunicación fundamental, mil setecientos años después de que Aristófanes, aquel bibliotecario griego, había implementado el primer sistema simple de puntuación.

Es ist vollbracht [Está hecho], dice Juan (19:30) en la Biblia impresa por Johannes Gutenberg en 1455, año del nacimiento del libro impreso en el mundo occidental. No hay dudas de que la imprenta significó una de las innovaciones más importantes de la civilización; fue la responsable de crear el hardware para un arte nuevo. Su aporte es indispensable, pero para ser eficaz y utilizable necesitaba de un software equivalente. Gutenberg, en realidad, hizo el trabajo preliminar, pero el desarrollo posterior fue asumido en buena medida por las imprentas de Europa Central y, muy en particular, por las de dos ciudades italianas: Venecia y Florencia, las Silicon Valley de su época. Estas fueron una fuente de atracción para las mentes creativas, pensantes y cuestionadoras de toda Europa. Además, allí estaba el capital necesario para financiar la miríada de ideas nuevas. El resultado fueron progresos en el campo de la ciencia, el arte, la industria y el comercio.

También para la palabra impresa, los métodos de producción se desarrollaron y perfeccionaron, y nuestro hombre, Aldo Manuzio, estuvo en el centro de estas transformaciones, como innovador y como motor. No solo fue impresor, sino también un humanista, redactor y editor que creó formas completamente nuevas para la comunicación de un texto que incluía un sistema de puntuación que ha permanecido por más de quinientos años. Por lo tanto, es apropiado decir que en 1494 el arte impreso "está hecho".

¿Y la coma? ¿Y el punto y coma? De una vez por todas, también fueron creados.

Llegado el momento, primero la familia del suegro y luego Paolo, el hijo de Aldo, se hicieron cargo de la imprenta y editorial. Posteriormente, fue su nieto, Aldo el Joven, quien continuó con la orgullosa tradición familiar, aunque fue el último de la dinastía. La editorial cerró poco después de su muerte, en 1597, luego de más de un siglo de trabajo cultural que marcó una época.

En 1566, Aldo el Joven publicó Orthographiae ratio, una revisión de todos los signos y reglas de la puntuación moderna. Por primera vez, se

indicaba allí que el propósito de las comas, puntos, dos puntos y punto y coma era aclarar la sintaxis, es decir, la forma en que estaban estructuradas las oraciones. Hasta entonces, los signos de puntuación eran utilizados principalmente para facilitar la lectura en voz alta. Ahora, las consideraciones gramaticales encontraban un lugar de privilegio. La familia Manuzio determinó cómo debían aparecer visualmente los signos de puntuación y cómo debían utilizarse. El tiempo de la imprenta coincidió con las ideas humanistas surgidas en el Renacimiento, primero en Italia y luego con los Manuzio como sus promulgadores más dedicados y efectivos. Los principios de puntuación adoptados por los humanistas se utilizaron en la producción y distribución de textos de la Antigüedad y, por supuesto, también en los nuevos textos del Renacimiento difundidos en forma de libro. Más tarde, la puntuación dejó su huella en todas las lenguas occidentales, con una tendencia variable a incluir también en consideración el ritmo y las pausas: la puntuación retórica. Las reglas y prácticas varían poco de un idioma a otro. Los principios de Manuzio influyeron en la puntuación de idiomas como el ruso, el sánscrito, el árabe, el hebreo, el chino y el japonés.

Epílogo

La tecnología contribuyó tanto a estandarizar la puntuación como a consolidar un salto evolutivo en muchas otras áreas: la industrialización y el crecimiento económico, la construcción de las identidades nacionales, el desarrollo del lenguaje y la democratización. La difusión de libros y otros escritos basados en una puntuación y tipografía estandarizadas permitió una mayor individualización, porque cada lector a partir de ese momento podría ahora desarrollar el universo de su propio pensamiento personal. Las nuevas ideas dieron lugar a un aumento del conocimiento, pero no se detuvieron allí; la distribución masiva de la información allanó el camino a conceptos innovadores y al crecimiento humano en todos los ámbitos de la vida.

Dentro de los límites establecidos por los recursos económicos y las habilidades para la lectura, cualquiera podía sentarse en su sala y apropiarse de textos nuevos y antiguos, e interpretar libremente sus contenidos sin la interferencia de gobernantes u otras autoridades que detentaban el poder, ya fueran espirituales o seculares. También las redes sociales se modificaron en torno a la palabra escrita. La cultura autoritaria, propia de la era de la comunicación oral y la producción de libros aislados, desapareció en un proceso de transformación tal que produjo, con el paso del tiempo, la génesis y configuración de un público burgués. El espacio para expresiones libres e ilimitadas se expandió dramáticamente, aunque esto no siempre fue del agrado de los poderes de turno. La reacción llegó bajo la forma de una censura brutal. El derecho a la libertad de expresión tuvo que librar una lucha tenaz contra la represión y la opresión durante los siglos XVI y XVII.

En la década de 1960, el teórico e historiador de medios canadiense Marshall McLuhan describió la transición de lo escrito a la palabra impresa como la puerta de ingreso a la era de Gutenberg, que aún hoy existe y se manifiesta de muchas formas diferentes, aunque en el presente sufre la presión de la tecnología digital. McLuhan creía que el libro tuvo el mismo efecto para los ojos que la rueda para los pies. Una de sus memorables formulaciones es aquella que reza que “el medio es

el mensaje". Con esto, buscaba señalar que las consecuencias sociales que generaron los cambios producidos en el transporte de la información fueron aún mayores que las consecuencias arrojadas por el propio mensaje. McLuhan consideraba que la creación de un sistema de puntuación común era mucho más significativa que lo escrito. No son pocos quienes creen que este punto de vista lleva las cosas demasiado lejos, ya que resulta imposible ignorar el potencial transformador que puede ser transmitido por la palabra impresa. El reformista eclesiástico Martín Lutero (1483-1546) fue uno de los primeros en comprender cómo explotar la nueva tecnología. Junto con la economía de mercado, la ética protestante representó una importante fuerza impulsora para el desarrollo de Europa Occidental y Septentrional.

Los signos de puntuación son poderosos de muchas y diversas maneras. Este libro trata sobre ellos, pero esa es una descripción imprecisa, ya que gira específicamente sobre los signos de puntuación utilizados en la cultura occidental. Hay otros sistemas de puntuación en otras partes del mundo. Algunos son similares al nuestro y otros son diferentes. En un libro sobre puntuación, arte y política, la escritora estadounidense Jennifer DeVere Brody argumenta que aquellos países que tienen un mayor poderío militar son los que determinan cómo se debe escribir el lenguaje. Escribe sobre una idea occidental de nuestro alfabeto fonético como superior, y la puntuación como una exportación occidental a muchos países asiáticos bajo el proceso de poscolonización cultural, estableciendo una conexión entre la tinta y la sangre.

Aldus Manutius insertó la primera coma impresa en 1494, apenas dos años después de que su compatriota italiano Cristóbal Colón hubiese descubierto América. Se puede decir que estos dos eventos representan un gran paso de Europa hacia el futuro. Formas de pensar, de hábitos y de producción comenzaron una transformación que condujo a Europa hacia un rol más manifiesto como dominador global. ¿Qué ocurría en China? Durante varios milenios, los chinos fueron tecnológicamente muy superiores a los europeos. El papel ya era utilizado allí mil años antes que en Europa y se conocen libros impresos en el siglo VII. En el preciso momento en que Europa comenzó a ganar velocidad, China se estancaba. Muchas pueden haber sido las razones para eso. El sociólogo español Manuel Castells apunta al papel que le tocó jugar al Estado chino. Por un largo tiempo, el aparato estatal había estimulado

el desarrollo, pero, a partir del siglo XV, el deseo de aferrarse al poder y mantener el statu quo condujo al estancamiento, tanto en lo que hace al Estado en sí mismo como a la élite social, que quería mantenerse en buenos términos para sostener el liderazgo del país. Las fuerzas impulsoras de cambios desaparecieron y, al mismo tiempo, China quedó aislada de las ideas del mundo exterior e ingresó en un período de estancamiento que se extendió durante varios siglos. En tanto, Europa se veía envuelta en una enorme metamorfosis económica, tecnológica, social y cultural.

En menor escala, hacia fines del último milenio, el sociólogo francés Pierre Bourdieu se convirtió en una estrella de la cultura popular a partir de su investigación basada en conceptos tales como "capital económico", "capital social" y "capital cultural". Escribió que el conocimiento y la comprensión de la realidad son diferentes en cada clase social y que estas diferencias cimientan y reflejan el control. En nuestro contexto, es indiscutible que el dominio de la puntuación representa un tipo de capital cultural que puede introducir un pequeño cambio social: la coma de los gobernantes es la coma gobernante, y una situación lingüística nunca es solo una cuestión lingüística. Bourdieu escribió, acerca de los disturbios de París en 1968, que la tendencia de clases estaba dispuesta a morir por la ortografía francesa. Y también existen técnicas dominantes que demuestran que aprender las reglas gramaticales no es suficiente para ser aceptado en las clases altas. Bourdieu citó al entonces presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing, como un claro ejemplo de eso. Giscard d'Estaing pertenecía al nivel más alto de la élite francesa, pero de vez en cuando elegía cometer algunos pequeños errores, como el descuido con las terminaciones verbales, para distanciarse de la hipercorrección política de su clase y empatizar con los sectores medios y bajos. En una de sus principales obras, La distinción, Bourdieu menciona una indiferencia estratégica en relación con las reglas de la coma. Cuando los intelectuales deciden deliberadamente romper las reglas, ponen de manifiesto una estrategia para impedir el acceso a la élite de aquellos que creen que cualquiera puede llegar a ser un intelectual simplemente siguiendo las reglas.

La puntuación es una de las cosas más espléndidas que produjo nuestra civilización, y que conoció un desarrollo glorioso que atravesó desde la Antigüedad al Renacimiento y desde allí hasta nuestros días. Las oportunidades de éxito son mayores para aquellos que dominan las

reglas de la escritura que para quienes no desean aprenderlas o utilizarlas. Lynne Truss se convirtió en la reconocida campeona de Gran Bretaña en su defensa del uso de la puntuación correcta. Su respuesta a las afirmaciones de que las reglas de puntuación son una forma de opresión para los sectores sin acceso a la educación fue simplemente: "¡Pah!". Truss afirma que la puntuación es un problema de clase tanto como el aire que respiramos, señalando el hecho de que la capacidad y la voluntad de puntuar correctamente está presente en todas las clases en partes iguales. Su sugerencia es que, en lugar de criticar la puntuación, debería ser celebrada con pasión por lo que contribuyó a nuestra cultura durante medio milenio. De forma tal que, como sostiene Bourdieu, colocar las comas en el lugar correcto no necesariamente otorga un sitio de privilegio en los salones más sofisticados.

A principios del siglo XVII, los signos de puntuación tuvieron lugares fijos. Más tarde, llegaron ajustes y fluctuaciones de acuerdo con los cambios de gustos y preferencias, así como un acomodamiento de la puntuación a nuevas áreas del lenguaje. Por mucho tiempo, el inglés no fue más que una insignificante lengua germánica occidental, mezclada con elementos del nórdico antiguo y el celta, más una proporción considerable de palabras de origen francés. Pero de acuerdo con la expansión política y económica y su posición en el centro de un vasto imperio colonial, a lo largo de los años, el inglés se convirtió en el idioma de moda de Occidente.

El actor, poeta y dramaturgo Ben Jonson fue el primero en tomarse en serio la puntuación durante el Renacimiento inglés. Vio la importancia de los pequeños detalles. Fue así que cambió su apellido original, Johnson, por Jonson, y puso dos puntos entre su nombre y su apellido, como acostumbraban a hacer arzobispos y profesores. En su English Grammar, escrita en 1617 y publicada en 1640, explica sobre un sistema de puntuación en inglés que se inspira en los humanistas del continente. Ellos consideraban que el texto era un todo orgánico, en el que se debía prestar particular atención a la presencia del autor. El análisis lógico gramatical fue el punto de partida de Jonson, aunque sin desconocer la función retórica de la puntuación ni sus posibilidades para la mejor comprensión de los matices de un texto.

En la práctica, el resultado de tomar en cuenta todas estas consideraciones dio lugar a una puntuación densa y pesada que hoy se

conoce como sobrepuntuación, tal como se puede advertir en estas líneas de Jonson que integran su obra El alquimista (acto II, escena 3):

If you, my Sonne, should, now, preuaricate,

And, to your owne particular lusts, employ

So great, and catholique a blisse; Be sure,

A curse will follow, yea, and ouertake

Your subtle, and most secret ways.

[Por lo tanto, si ahora prevaricarais, hijo mío,

y utilizarais una bendición tan grande y tan católica,

para vuestro placer particular, os aseguro

que una maldición os perseguiría, sí, y anularía

vuestras intenciones más sutiles y más secretas [1]

].

En los años siguientes, la puntuación se enfatizó cada vez más. Si había un párrafo o una oración en la que podía colocarse una coma tanto antes como después, la oportunidad era aprovechada con entusiasmo. A lo largo de los siglos XVIII y XIX, esta puntuación fuerte fue la única tomada en cuenta. Solo a principios del siglo XX se aceptó y utilizó una puntuación más ligera en inglés y en comunidades lingüísticas influenciadas por este idioma. Por su parte, la comunidad de habla alemana mantuvo un sistema de puntuación basado en la gramática, que también fue adoptado por los daneses. Noruega mantuvo la puntuación danesa durante mucho tiempo, lo que implicaba seguir una gran cantidad de reglas. Hasta 1900, los alumnos de las

escuelas primarias noruegas tuvieron que luchar con las 34 páginas de reglas para la coma indicadas en el libro Kommaregler. Udgave for børn [Reglas de la coma. Edición para niños]. Solo siete años después estas reglas fueron modificadas. Se estableció el principio de puntuación retórica, a pesar de que las reglas basadas en la gramática continuaron. Con el tiempo, sin embargo, se accedió a una puntuación más libre y sencilla, tanto en Noruega como en la mayoría de los otros países.

Y luego llegó Internet. Volveremos a esto en la parte III

: “Una filosofía para un mundo en movimiento”.

1

. Ben Jonson, El alquimista, trad. de J. R. Wilcock, Colección de Cultura Universitaria, Dirección de Difusión Cultural, México, 1984, p. 53.

PARTE II

Signos de civilización

El uso adecuado del lenguaje es un requisito previo para la claridad moral y la honestidad. La indecencia y un abuso violento del poder surgen cuando no se hace buen uso de la gramática y la sintaxis. […]

Esta es la razón por la cual una sola coma puede causar desastres y encender incendios capaces de destruir todos los bosques de la tierra.

Claudio Magris,

profesor italiano de alemán

El autor estadounidense Ernest Hemingway (1899-1961) solía almorzar a menudo con otros autores en el hotel Algonquin de Nueva York. Durante uno de estos almuerzos, según cuenta la historia, los escritores discutían acerca de cómo podría llegar a ser el relato más corto del mundo. “Seis palabras son suficientes”, opinó Hemingway. “Muy bien. Si podés hacer eso, te daremos diez dólares cada uno”. Hemingway pensó un momento, luego tomó una servilleta y escribió:

Baby shoes: for sale. Never worn.

[Se venden zapatos de bebé. Sin uso].

Hemingway ganó la apuesta.

Una noche llegás a tu casa. Te recibe un cuento de seis palabras. En la cómoda que está debajo del espejo, en el pasillo, te espera una nota:

Llegó el momento de algo nuevo.

¿Cómo se interpreta este mensaje? ¿Y cómo sería su interpretación si se cambia el punto por otros signos de puntuación? Las posibilidades son numerosas:

Llegó el momento de algo nuevo.

¡Llegó el momento de algo nuevo!

¿Llegó el momento de algo nuevo?

Llegó el momento de algo nuevo...

Llegó el momento de algo nuevo

¿¡Llegó el momento de algo nuevo!?

¡¡¡Llegó el momento de algo nuevo!!!

Si la persona que la escribió está obsesionada con los emojis, también podrías recibir algo así:

Llegó el momento de algo nuevo :)

Llegó el momento de algo nuevo ;)

Llegó el momento de algo nuevo :(

De todos modos, hemos recorrido un largo camino con la puntuación clásica. Sigue siendo la más importante cuando escribimos, en especial cuando lo hacemos en un contexto formal o profesional. Y, como muestra el ejemplo, los signos no hacen más que separar y conectar oraciones o partes de frases. También pueden expresar sentimientos,

enfatizar las palabras o moderarlas. ¿Qué signo de puntuación te gustaría encontrar en una nota sobre la cómoda del pasillo?

La puntuación es un sistema en sí mismo, además de formar parte del gran sistema de la escritura:

Nivel macro: ¿cómo se debe organizar el texto? ¿Qué argumentos y factores se deben utilizar?

Nivel intermedio: ¿cómo se crean oraciones y párrafos claros y eficaces?

Nivel micro: ¿cómo puede contribuir la gramática a la creación de oraciones lógicas? ¿Cuál es la mejor forma de utilizar la puntuación para una mejor comunicación?

La puntuación también tiene varios niveles. Cuenta con un aspecto visual, si usamos anteojos para ampliar el texto de una página o verlo a distancia. Los griegos comenzaron a dividir el texto en párrafos con más espacio entre las líneas. A lo largo de la Antigüedad y la Edad Media, muchos escribas eruditos intentaron insertar espacios entre las palabras. Nuestro amigo Manuzio puso mucho énfasis en la gramática y la puntuación, pero también notó el valor de dotar el texto de un diseño atractivo y accesible. Nada, el espacio vacío, lo que tipógrafos y diseñadores gráficos llaman aire, implica también una señal para el lector sobre cómo debe entenderse el texto. Los párrafos se introdujeron tempranamente, en los comienzos del desarrollo de la escritura. Más tarde, llegó la sangría para indicar una pausa sustancial y entraron en uso las mayúsculas. El espaciado entre las palabras gradualmente se convirtió en una práctica establecida. Este aspecto puramente visual no está incluido en el libro que estás leyendo ahora.

En el nivel micro de puntuación, encontramos signos que son importantes, por ejemplo, para la pronunciación. En este gran grupo es

posible reconocer figuras tales como acentos, apóstrofos, guiones, hashtags y comillas. Estas señales también quedan fuera de los alcances de este libro.

Nuestra atención aquí se centrará solo en los signos de puntuación. Algunos de ellos son muy importantes; otros, solo importantes. Definitivamente, el punto es el más importante de todos. Los gramáticos enfatizan el hecho de que el papel principal del punto es establecer límites entre oraciones completas. Quienes están preocupados por la idea de que los signos de puntuación reflejen fielmente lo que se expresa dirán que el punto marca una pausa más larga que otros signos. El escritor sueco Vilhelm Moberg lo describió así en 1935:

Hay tres signos de puntuación en el mundo: el pequeño, el mediano y el grande. Se llaman coma, punto y coma, y punto.

Con la coma deberías hacer una pausa pequeña, solo poco tiempo, el necesario para parpadear una vez. Con el punto y coma deberías detenerte el doble de tiempo, es decir, dos parpadeos. Pero ante un punto deberías hacer una pausa y darte el tiempo suficiente para respirar profundamente.

La escritora y traductora sueca Alva Dahl escribió su tesis sobre el uso de la puntuación en tres novelas de su país. Allí presenta el concepto interpunktionstextur (patrones de puntuación), que otorga una representación visual acerca de cómo puede variar la puntuación. Ella utiliza dos variables:

¿La puntuación es densa o escasa? Puntuación densa significa que el autor utiliza muchos signos; la escasa, como su nombre lo indica, alude a que el uso de los signos es raro.

¿La puntuación es pesada o ligera? Además de la división del párrafo y la sangría, el punto es el signo más pesado, seguido del punto y coma, los dos puntos, el guion y la coma. Dahl considera la división en signos pesados y livianos como análogos a la disposición jerárquica de la puntuación en tiempos anteriores de acuerdo con la longitud de la pausa, como en el fragmento de Vilhelm Moberg anteriormente citado.

Alva Dahl considera el patrón de puntuación como una estructura rítmica, donde las partes más pesadas y densas a menudo actualizan el contenido formal. En las partes del texto donde la puntuación es más clara, más dispersa, puede indicar simultaneidad de contenido o rapidez. Su conclusión es que la elección de los signos de puntuación tiene gran importancia para la información que se destaca en primer plano en contraposición con la que aparece como fondo.

Como escritores, utilizamos los signos de puntuación de diferentes maneras, incluso variando la forma de un texto a otro. ¿Cómo se puntúa al escribir una solicitud de empleo? ¿O cuando le envías un mensaje de texto a tu pareja? El diagrama es obra de Alva Dahl.

Muchos aspectos tradicionales de la investigación tienen algo que aportar cuando se trata de puntuación. Tradicionalmente, ha sido del dominio de los filólogos, pero en los últimos años también se investigó cómo el cerebro registra y procesa los textos. El psicólogo estadounidense Steven Pinker se mostró interesado en esta veta de la investigación. En su libro El sentido del estilo, elogia la gramática al describirla como la primera aplicación para compartir (lication). La gramática nos indica cómo deben combinarse los ladrillos en el edificio del lenguaje. En opinión de Pinker, cuando dominemos la gramática, seremos capaces de escribir de forma clara, correcta y hermosa. Y, para la puntuación, hay una palabra en su libro que es particularmente relevante: “coherencia”. Cuando leemos, necesitamos saber por qué las oraciones se suceden en una secuencia específica. Las oraciones con una clara coherencia interna, con un contexto, guían al lector a través del texto de manera tal que le permiten seguir el mensaje, sin pérdidas de tiempo, malentendidos o molestias. Los signos de puntuación son buenos para crear coherencia. El punto indica claramente cuándo se entregó un mensaje. El texto está listo para el siguiente. La coma, el punto y coma y los dos puntos indican que lo que viene está conectado

con lo que acaba de desaparecer, con lo precedente.

El libro de Jane Yellowlees Douglas, The Reader's Brain [El cerebro del lector], basa su investigación en los campos de la lingüística, la psicología cognitiva y la neurociencia. Presenta cinco principios para una escritura eficaz. Todos comienzan con "c" en inglés, y tres de ellos son: coherencia, continuidad y cadencia. Reconocemos la coherencia como el contexto interno (mental) del texto. La continuidad incluye el flujo y el progreso hacia adelante. Según Douglas, la respuesta aquí se encuentra entre las oraciones. La forma en que las oraciones aparecen divididas y vinculadas entre sí resulta muy importante para la comprensión. Una vez más, la puntuación contribuye a eso. El tercer principio de Douglas, la cadencia, tiene que ver con el ritmo, es decir, la alternancia entre oraciones largas y cortas. La puntuación también funciona en este caso. Las oraciones cortas separadas por la puntuación crean un ritmo que puede ser a la vez breve y entrecortado. En tanto, las oraciones más largas, con muchas comas, pueden producir velocidad así como calma, dependiendo de si la alternativa es el punto o la continuidad sin puntuación.

En efecto, la puntuación realmente tiene mucho que ofrecer. No es posible vivir como escritor sin tomarla en cuenta. También utilizamos signos de exclamación e interrogación para establecer límites gramaticales e indicar pausas de aproximadamente la misma longitud que el punto.

También resultan útiles cuando vamos a preguntar sobre algo, cuando deseamos expresar un sentimiento o una intención determinada. La coma es una ayuda útil cuando escribimos, pero no es esa la razón por la que pertenece a una clase por sí misma. El motivo de toda la atención que se les destina a las comas es la incertidumbre sobre cómo debería ser utilizada. Esta incertidumbre lleva a los escolares a la desesperación, crea dudas y creencias y es fuente de disputas y conflictos. ¿Acaso falta una coma aquí? Podría haber escrito: "Esta incertidumbre lleva a los escolares a la desesperación, crea dudas y creencias, y es fuente de disputas y conflictos". La coma es el signo de puntuación en el que podemos ver con mayor claridad el punto de encuentro entre el pensamiento gramatical y lo retórico (la idea de que debemos puntuar para que sea más fácil la lectura en voz alta). A veces estos principios entran en conflicto. ¿Qué hacemos entonces? No es casualidad que el capítulo sobre la coma ocupe la mayor cantidad de

páginas de lo que resta del libro.

También tenemos algunos otros signos de puntuación. Los dos puntos son útiles, pero no presentan mayores problemas. Podemos incluir también los paréntesis, los guiones y los puntos suspensivos (…), siempre que se utilicen en pequeñas dosis. Luego, tenemos el punto y coma. A menudo es considerado un signo opcional y en verdad podemos arreglárnosla muy bien sin él. Pero… ¿por qué habría que rechazarlo? ¡Todo el mundo debería darse el gusto alguna vez de probar el punto y coma!

Los signos de puntuación enfatizan la lógica de lo que se escribe. Apoyan tu voz interna y externa con indicaciones de ritmo y entonación. Pero lo más importante de todo es su capacidad para atraer al lector de manera rápida y eficiente. Indican los límites de los elementos de información y las conexiones entre esos elementos; indican el sentido y los sentimientos en lo que se escribe, la coreografía y la orquestación de tus pensamientos.

Cuando se haya escrito la última palabra

Desde hace dos mil doscientos años, el punto es un simple, estable y discreto socio para las personas que escriben. Hizo poco por sí mismo, salvo cumplir con su única tarea: informar a los lectores que el mensaje fue entregado. Pero, de pronto, algo comienza a suceder con el punto. En la velocidad de los mensajes digitales, ya no lo percibimos como una marca insensible, por lo tanto, lo utilizamos de una manera diferente a la que acostumbrábamos hasta no hace mucho tiempo.

Si buscamos en Google "errores con la coma", comprobaremos que la cuestión mereció dieciocho millones de consultas. En cambio, si la búsqueda refiere a "errores con el punto", veremos que el interés se redujo a apenas 500.000 miserables visitas, y muchas de ellas se deben a errores en el uso de la puntuación en general. El silencio que rodea al punto se revela en proporción inversa a su importancia, ya que el punto resulta simplemente indispensable. De ser necesario, podríamos incluso arreglárnosla sin otros signos de puntuación durante mucho tiempo, pero resulta imposible escribir sin poner un punto. Así es como ocurrió en la Antigüedad. Los antiguos griegos se dieron cuenta de que era prudente contar con un signo que indicara que lo dicho fue dicho y punto. Tomar aliento. Exhalar. Tomarse un verdadero descanso. Calcular lo que se va a decir a continuación. Comenzar de nuevo. Luego, seguir escribiendo. Si colocamos puntos con mayor frecuencia, lo que escribimos será menos desordenado. Evitamos las dudas persistentes sobre el uso de las comas.

El bibliotecario en jefe Aristófanes insertó el primer punto cuando elaboró sus distinctiones, alrededor del año 200 a. C. Puso un punto en la parte superior después de completar un pensamiento. Así se introdujo el más importante de todos los signos de puntuación, y ya no volvió a desaparecer. En el siglo IX, bajó a la posición en que lo encontramos hoy.

El punto es fácil de entender. Se utiliza cuando necesitamos delimitar la frase que estamos pronunciando. Se le entrega así un mensaje claro

al lector de que hemos proporcionado la información completa sobre el tema que tratamos. La siguiente oración contendrá nueva información. Cuando estabas en la escuela, es posible que hayas aprendido que las oraciones deben tener un sujeto y un predicado (o, al menos, un verbo). Esto ya no es verdad. Ahora también aceptamos frases que antes se consideraban incompletas. Como esta.

Aunque el uso del punto es sencillo y no acarrea demasiados inconvenientes, también puede ser configurado para lograr efectos especiales. Las Fuerzas Armadas noruegas tienen un lema en el que el punto se utiliza de forma muy poco habitual: “For alt vi har. Og alt vi er” [Por todo lo que tenemos. Y todo lo que somos].

El punto también puede ser utilizado para dar órdenes: “Lea las páginas siguientes”. ¿Se entiende como un enérgico mandato? De desear agregar entusiasmo o firmeza al pedido, entonces habría que escribir: “¡Lea las siguientes páginas!”.

Es fácil llevarse bien con el punto, pero en ciertas ocasiones puede causar alguna confusión:

Las preguntas indirectas no van seguidas de un signo de interrogación sino de un punto: Preguntó de qué se trataba la historia.

Si la oración termina con un signo de exclamación o de interrogación, se omite el punto: No he leído ¿Quién teme a Virginia Wolf?

Si la oración termina con una abreviatura, el punto después de la abreviatura también sirve como punto final de la frase: Trabajaremos con planes de transporte, etc.

Cuando la oración termina con un paréntesis, el punto se coloca fuera del cierre: Caminé a casa (porque mi auto estaba roto).

Cuando una oración completa está entre paréntesis, en español, el punto también se coloca fuera del cierre: (Mi vida había sido una historia de amor sin fin).

Algunas abreviaturas terminan con un punto: Jr., a.m.

Los puntos suspensivos (…) indican que se ha omitido algo y, cuando se usan con moderación, pueden efectivamente expresar vacilación, duda o dar al lector una razón más para reflexionar. Mi vida había sido una historia sin fin, pero no una historia de amor…

Podríamos detenernos aquí, pero en los últimos años el punto comenzó a comportarse de manera diferente. ¿O se trata quizá de que quienes escriben ven el punto de un modo diferente a como se veía antes? Pudimos comprobar que el punto carece de color y volumen; no agrega otra información a la frase que indicar que el mensaje fue entregado. Si queremos expresar determinación, pasión o sentimientos fuertes, solemos reemplazar el punto con un signo de ¡exclamación! Ahora, la tecnología nos brinda oportunidades para escribir a través de nuevos canales. Según los datos del sitio web Data Never Sleeps, en 2017, la población mundial envió más de quince millones de mensajes de texto por minuto. La cifra anual es tan alta que es imposible escribirla, leerla y mucho menos comprenderla. Y además de estos quince millones de mensajes que se escriben por minuto, está todo lo que comunicamos a través de aplicaciones como Messenger y WhatsApp.

Text-speak (textismo) es el nombre que le damos a la forma peculiar en que escribimos cuando nos comunicamos a través de mensajes, a menudo en un intercambio que continúa en tiempo real, con varios mensajes yendo y viniendo: chateamos. Técnicamente estamos escribiendo, pero, al mismo tiempo, la comunicación se asemeja a una conversación cara a cara. Lo que nos falta en el chateo es la oportunidad de modular el mensaje con nuestra voz y nuestro lenguaje corporal. Por eso, usamos y entendemos el punto de una manera

diferente, además de abreviar las palabras.

Supongamos que recibiste este mensaje de texto de un amigo:

Tengo un perro nuevo. ¿Querés verlo?

Puedes elegir entre dos respuestas:

Tal vez.

Tal vez

¿Cómo interpretará tu amigo estas dos alternativas? Tres psicólogos de la Universidad de Binghamton, en los Estados Unidos, realizaron un estudio para averiguarlo y confirmaron lo que posiblemente ya habrás adivinado: "Tal vez.", con punto, es percibido de forma más negativa que el "Tal vez" sin punto. De igual forma, se pudo determinar que:

"Sí" sin punto se percibe más positivamente que "Sí." con punto.

"No." con punto se entiende de forma más negativa que "No" sin punto.

Cuando escribimos textos ordinarios en contextos formales, establecemos la oración en función de una perspectiva gramatical. La oración así concebida está completa. Además, nos gusta hacer una pausa más larga después de un punto que después de un punto y coma

o una coma. Los investigadores de Binghamton encontraron que el punto conlleva tareas retóricas adicionales cuando nos comunicamos informalmente a través de medios digitales. Esto significa que, en tales contextos, el punto ya no es un signo neutral, sino que ahora, por el contrario, transmite un mensaje propio. En particular, cuando nos comunicamos en contextos informales y con personas que conocemos, abandonamos fácilmente el uso tradicional del punto.

Dios mío, ¿acaso el punto, ese signo que siempre se mostró tan pacífico, se volvió agresivo? Esa, al menos, es la opinión de un columnista de la revista New Republic. Él cree que un punto al final de la oración da una señal inequívoca: estoy un poco insatisfecho (o enojado) con lo que acabo de escribir. Por esa razón, se dejó de poner un punto, por ejemplo, en mensajes de texto

En su lugar, él comienza la siguiente oración en una nueva línea

Muchos de nosotros hacemos lo mismo

Él notó que

La pregunta es si el resto de nosotros hemos observado lo mismo

Y de ser así

¿También hemos cambiado la forma en que usamos el punto?

Quizá la respuesta dependa de la edad y el sexo. Cuando les pregunté a los adultos en mi círculo social, obtuve respuestas como estas:

Es probable que mi puntuación aún se esté renovando.

Dejé de usar puntos después de que un niño señaló que la gente ya no los utiliza en Instagram

Pero cuando escribimos formalmente, ya sea en el trabajo o en la escuela, todavía se aplica lo que se nos imprimió cuando aprendimos a

escribir. Sobre eso volveremos más tarde.

¡Seguí! ¡¡Seguí!! ¡¡¡Seguí!!!

Jacopo Alpoleio (¿?-1430) llamó a este signo punctus admirativus. ¡El signo de admiración! Alpoleio vivía en Urbisaglia, en la región de Marche, cerca de la costa este de Italia. Escribía poesía, y pensó que los puntos o los signos de interrogación no eran suficientes cuando los poemas debían leerse en voz alta. ¿Cómo podría dejar en claro que la frase que acababa de decirse contenía emoción? De modo que insertó un trazo ligeramente inclinado, casi una coma, por encima del punto. Así es como el signo de exclamación entró en el lenguaje. Y aún está aquí, en pleno apogeo, y el poeta Alpoleio se ganó un lugar permanente en la historia de la lengua. Tal vez hubiera preferido ser recordado por su poesía, pero de cualquier forma no puede sentirse muy decepcionado por tener el honor de que se le atribuya haber enriquecido el lenguaje escrito por una innovación que se mantuvo en vigencia durante más de seiscientos años. En todo caso, en su ciudad natal, Urbisaglia, es considerado un hijo dilecto, y se lo recuerda cada año con festejos varios y un festival de arte. Su fantasma debe estar complacido por ser apreciado como el inventor de este signo de puntuación, aunque también circula otra historia sobre el acontecimiento. Io en latín significa hurra o alegría, y está escrito con una “I” mayúscula sobre una “o”, por lo que también parece un signo de exclamación…

Sin embargo, en este libro apoyaremos al poeta de Urbisaglia. Debió haber reflexionado mucho sobre la puntuación, ya que también introdujo un sistema propio y completamente diferente basado en la longitud de las pausas en el texto. El sistema de Jacopo Alpoleio contenía muchos signos de puntuación nuevos. Enseñó su sistema a otros, pero en realidad nunca funcionó del todo bien, por lo que permitiremos que permanezca en el olvido para recordarlo como el padre del signo de exclamación, ya que este fue muy bien recibido como indicador por su capacidad para agregar color, música y pasión al texto.

El humanista Coluccio Salutati fue uno de los primeros en comenzar a

utilizar el signo de exclamación en los manuscritos que editó. Vio cómo podía hacer que la lectura del texto leído en voz alta fuera más clara. Cuando Aldo Manuzio publicó una gramática en Venecia en 1508, escribió que este signo de puntuación podría agregar indignación, compasión, sorpresa y admiración.

Este último aspecto expresivo se utilizó entonces para definirlo: punctus admirativus. El nombre pronto se cambió para señalar una extensión de sus capacidades. Se llamó entonces: punctus exclamativus, signo de exclamación. Así es como seguimos llamándolo, aunque en verdad tuvo muchos nombres. Los suecos lo llaman "signo del deseo", pero también puede definir el saludo, la sorpresa o la pasión; mientras que los británicos incluyen conceptos como screamer, astonisher, o simplemente bang y wow.

Este enjambre de términos refleja la variedad de formas en que se utiliza el signo de exclamación; expresa emociones y a la vez lleva a concentrar y dar volumen a un sentido. Al mismo tiempo, el signo de exclamación define que la oración está terminada y el significado completo:

¡Vení acá!

¡Qué triste!

¡Qué vestido!

¿Pueden también usarse en los saludos de cartas y correos electrónicos? Muy a menudo son utilizados así:

¡Hola, Nanna!

Algunos lo escribimos así, al menos si lo que pretendemos es expresar algo del placer que nos produce saludar al destinatario. También es posible escribir:

Hola Nanna

Hola, Nanna.

Este sería un ejemplo de un saludo sobrio y carente de emociones. En nuestra era digital, el uso de los signos de exclamación y de emojis está aumentando rápidamente. Si pensamos que con el punto alcanza, corremos el riesgo de que el destinatario piense que estamos enojados. No sabemos con claridad si podemos tomar esa interpretación cuando pasamos a la comunicación objetiva y profesional, pero en caso de sentirlo, ¡podemos saludar a nuestros amigos con un signo de exclamación! En noruego ya no se practica, pero los angloparlantes cuentan con una tercera posibilidad para los saludos formales:

Dear Nanna,

¡El signo de exclamación funciona! De todos modos, fuera del punto y coma, no hay signo de puntuación tan ridiculizado e insultado como el exclamativo. O, para ser más precisos: cuando se leen consejos sobre escritura, en general se suele advertir que los signos de exclamación deben ser utilizados con precaución. Cuando Mark Twain dio una conferencia a los escritores de historietas en 1897, los exhortó a no gritarles a sus lectores con signos de exclamación. El autor noruego Erlend Loe tiene un enfoque aún más estricto puesto de manifiesto en su obra Volvo Lastvagnar [Camiones Volvo]:

Algunos pensarán que debería haber puesto un signo de exclamación después de la oración anterior, pero yo (que estoy escribiendo esto) siento que usar un signo de exclamación es una señal de debilidad. Tal vez uno puede llegar a usar signos de exclamación dos veces en la vida si escribe todos los días. Si escribe con menos frecuencia puede, en ciertas circunstancias, utilizar un signo de exclamación una vez. La gente que usa signos de exclamación de manera acrítica debería ser internada y llevada lejos, al menos por un tiempo.

Un colega de Loe, Lars Ramslie, se muestra de acuerdo con él. En una entrevista concedida al periódico Morgenbladet, Ramslie declaró que lingüísticamente hablando había tratado de restringir todo y que en sus libros solo utiliza punto y coma. “Durante los últimos veinte años, hubo una cantidad increíble de dos puntos, punto y coma, paréntesis, signos de exclamación y letras mayúsculas en la literatura noruega”, señaló. Sin embargo, la puntuación extravagante que representa los sentimientos de un escritor ya existía mucho tiempo atrás. En su libro Arild Asnes, 1970, Dag Solstad se unió a la discusión al añadir el uso cuádruple del signo de exclamación:

Y Arild Asnes está enfermo, tenía un conocimiento profundo de estas cosas, por lo que no quiso renunciar a escribir una buena novela sobre esto en lugar de escribir una terriblemente pretenciosa sobre el medio laboral (¡Dios mío! ¡¡¡¡Arild Asnes escribe una novela sobre el entorno de la clase trabajadora!!!!).

¿Con qué frecuencia debemos usar signos de exclamación? Algunos asesores cuantifican una cifra en la respuesta con un subrayado doble: ¡máximo una vez cada quinientas palabras! ¡Nunca más de uno por correo electrónico! ¡Nunca en un artículo académico! El consejo es bien intencionado, pero una pauta más conveniente sería adaptar el uso de la exclamación al género, contexto y propósito del texto. Un sobrio informe para presentarle a nuestro jefe rara vez mejora con (muchos) signos de exclamación. Una carta de amor para él, por otro lado, podría fácilmente interpretarse como que tiene doble sentido si solo se

utilizan puntos. Pero también es cuestión de temperamentos. El compositor Richard Wagner lo expresó de esta manera: "¡Escribo música con signos de exclamación!".

El narrador griego Esopo (620-560 a. C.) nos da una pista sobre cómo llegar a una conclusión. En la fábula sobre el niño que estaba cuidando ovejas cerca de un pueblo, el pequeño gritó: "¡Lobo! ¡Lobo! ¡Viene el lobo!", y la gente acudió en su ayuda, pero no encontró ningún lobo. El chico repitió este truco muchas veces, pero nunca vieron ningún lobo. Al fin, un lobo se acercó sigilosamente. El niño se asustó y volvió a pedir ayuda: "¡Lobo! ¡Lobo!", pero esta vez nadie acudió. Antes ya había gritado "¡Lobo!" sin ninguna razón. Entonces, ¿por qué la gente debería creerle esta vez?

Lo que nosotros, como escritores, podemos aprender de Esopo es que el signo de exclamación debe usarse con cuidado y nunca de manera prematura. Si lo utilizamos cuando realmente responde a una necesidad, será eficaz. Si lo usamos mal, pierde su poder. El estadounidense Henry Miller (1891-1980) escribió de manera surrealista, a menudo sobre personas que vivían libremente, pero era muy estricto en un punto: "¡Mantenga sus signos de exclamación bajo control!".

Otra regla importante debería ser conformarse con una sola exclamación: "¡Esa película es maravillosa!". ¡Eso es suficiente! Agregar signos de admiración solo implicaría sumar ruido: "¡¡¡Esa película es maravillosa!!!".

Y si deseamos parecer maníacos o histéricos, alcanza con mantener activadas las mayúsculas:

¡¡¡ESA PELÍCULA ES MARAVILLOSA!!!

Hace mil doscientos años, Alcuino y sus tropas inventaron en Aquisgrán las minúsculas. Descubrieron que, con ellas, el texto se volvía más fácil de leer. Esta idea sigue siendo válida.

Entonces, puede suceder que, en algunas raras ocasiones, deseemos

escribir en un crescendo. ¡Hagámoslo!

¡Pará! ¡¡Pará!! ¡¡¡Pará!!!

Una lengua escrita europea usa el signo de exclamación de una forma diferente a la habitual: el español. Los hispanoparlantes no se contentan con escribir un signo de exclamación en el final de la oración. Para enfatizar el hecho de que algo nos llevará a alzar las cejas, los escritores del español también comienzan la frase con un signo de exclamación, aunque al revés: "¡Qué día más bonito!" [2]

. Eso es cosa suya.

Ciertas "investigaciones" muestran que las mujeres escriben más signos de exclamación que los hombres. En estos estudios, la diferencia se suele interpretar debida al "hecho" de que las mujeres hacen un mal uso del signo de exclamación como resultado de una supuesta inestabilidad emocional. La investigadora estadounidense Carol Waseleski decidió ir detrás de los números. Analizó cómo se utilizaron doscientos signos de exclamación en dos grupos de discusión de Internet. Esto es lo que descubrió:

Uno de cada tres signos de exclamación se califica como amistoso, por ejemplo, en los comentarios de apertura o cierre de publicaciones: ¡Hola!, ¡Buena suerte!

Otro tercio de los signos de exclamación se coloca después de afirmaciones sobre hechos: ¡La Tierra es plana!

Solo uno de cada diez entra en la categoría de emocionalmente inaceptable; en estos casos, los signos son utilizados de forma agresiva, grosera, sarcástica o para ser efusivamente agradecida: Te lo dije: ¡no

en la biblioteca! ¡Me encanta!

Las mujeres usan signos de exclamación con más frecuencia que los hombres.

Sin embargo, no hay nada que indique que las mujeres los utilizan porque se sienten emocionalmente al borde del abismo. Por el contrario, hay una ligera tendencia a que los hombres los usen más a menudo de esta manera.

Según Carol Waseleski, los resultados indican que rara vez se utiliza el signo de exclamación en una situación de inestabilidad emocional, sino que con mayor frecuencia se usa para indicar simpatía. Si las mujeres apelan a estos signos más asiduamente que los hombres, es porque su comunicación (al menos en Internet) generalmente expresa gratitud, reconocimiento y comunión a través de publicaciones que procuran que sus destinatarios se sientan aceptados y bienvenidos. ¿Y los hombres? Es verdad que los usan menos, pero cuando lo hacen es principalmente después de afirmaciones sobre hechos o para expresar amistad en una forma adecuada. La conclusión de Carol Waseleski es que las personas de ambos sexos pueden expresar amabilidad mediante el uso de los signos de exclamación, siempre que no lo hagan de forma excesiva.

Otro estudio de los Estados Unidos confirma que la exclamación se utiliza con más frecuencia para expresar emociones positivas que sentimientos negativos. Los investigadores Jeffrey T. Hancock, Christopher Landrigan y Courtney Silver hicieron que ochenta estudiantes se comunicaran en parejas a través de Internet. Los estudiantes no se conocían entre sí y se sentaron en habitaciones separadas. A la mitad de los participantes se les pidió que actuaran de manera positiva y a la otra mitad de manera negativa, pero sin decir por qué estaban de buen o mal humor. El análisis posterior mostró que aquellos que deseaban mostrar una actitud positiva hacían uso de más palabras, coincidían más con su interlocutor y empleaban más signos de exclamación. De hecho, los participantes que debían reflejar un

buen estado de ánimo utilizaron seis veces más signos de exclamación que los que estaban de mal humor. Este uso del signo tuvo una decodificación concreta: los participantes a quienes se les pidió que evaluaran el estado de ánimo de sus interlocutores percibieron los signos como señal clara de un estado emocional positivo. Los investigadores encontraron estos resultados particularmente interesantes, ya que el uso de los signos cumplió el papel que suele jugar el lenguaje corporal, la expresión facial, el tono y el volumen de la voz cuando nos comunicamos oralmente dentro de una misma habitación.

Pero ¿qué ocurre con los emojis? Cuando se realizó la investigación, en 2007, estos solo eran utilizados en pequeña escala. Hoy en día existen muchos más emojis. Por cierto, podemos señalar que su uso no pareció tener mucha influencia en la percepción del estado de ánimo del interlocutor.

El filósofo y sociólogo Theodor Adorno escribió en 1956 que vio rojo al descubrir un signo de exclamación, pero ¿realmente les prestamos atención? Un grupo de investigadores holandeses quiso averiguarlo a través de un experimento de psicología social donde 124 estudiantes tuvieron que evaluar diversas situaciones presentadas en una pantalla de computadora. A la mitad de los estudiantes se les mostró un signo de exclamación en la pantalla un minuto antes de que se les presentaran las diferentes situaciones sobre las que debían decidir. La otra mitad fue directamente a las preguntas que tenían que responder. ¿Cómo les fue? El grupo que estuvo expuesto al signo de exclamación reaccionó más rápidamente y mejor que el grupo que fue directo a las preguntas. En consecuencia, el signo de exclamación funcionó tal como se esperaba: ¡Alarma!

Cuando Jacopo Alpoleio insertó el primer signo de exclamación alrededor del año 1400, acercó nuestra civilización un poco más al futuro. Cuando hablamos, las palabras pueden ayudar a expresar emociones por medio de la forma en que usamos y modulamos nuestras voces, la expresión del rostro y la actitud de nuestros cuerpos. Actuamos casi como signos de exclamación vivientes. Alpoleio escribió el signo y con eso contribuyó al perfeccionamiento del lenguaje escrito.

El signo de exclamación hace su trabajo. En su ensayo filosófico,

Jennifer DeVere Brody explica el poder de la exclamación con el siguiente ejemplo: “La bomba de hidrógeno es el signo de exclamación de la historia”.

En un libro de 1892 sobre curiosidades literarias, William S. Walsh relata una anécdota sobre el autor francés Victor Hugo (1802-1885), quien acababa de publicar Los miserables. Hugo estaba de vacaciones, pero tan emocionado por la suerte de su obra que envió un telegrama a su editor para saber cómo iban las ventas. El texto del telegrama fue conciso: ?

Y la respuesta que recibió fue igual de breve y contundente: !

¿Cómo estamos hoy?

De acuerdo con la leyenda, el signo de interrogación tuvo su origen en Egipto o Roma, pero probablemente tengamos que volver a Aquisgrán para encontrar la fuente. ¿O deberíamos ir a Medio Oriente?

El signo de interrogación es fácil de manejar; rara vez causa controversias y ofrece pocos casos límite respecto a su existencia, dudas y reflexiones a altas horas de la noche. Estamos tratando con un signo de puntuación que nos brinda una ayuda útil para la escritura. Sin embargo, se dice que el signo de interrogación tiene apenas 1200 años. Pero ¿puede ser correcto? Dos mitos cuentan diferentes historias:

Los antiguos egipcios amaban los gatos. De acuerdo con la anécdota, un día, un hombre observó sorprendido a su gato. Quizá sospechaba de algo; en cualquier caso, estaba perplejo. El hombre notó que la cola del gato se curvó dibujando algo parecido al actual signo de interrogación. Se dice que estaba tan encantado que dibujó la cola rizada y comenzó a utilizarla mientras escribía preguntas sobre el fenómeno.

No hay fundamentos científicos que respalden la veracidad de ese mito.

La Roma medieval es el escenario de otra ingeniosa explicación acerca de cómo llegó a existir el signo de interrogación. La palabra latina quaestio significa “pregunta”, y supuestamente fue abreviada a qo, con una variante en la que la “q” se colocaba sobre la “o”, creando algo similar al signo de interrogación de hoy.

La historia es lógica y suena cautivante, pero no hay estudios de la

Roma medieval que apoyen la teoría.

Más allá de la veracidad de estas bonitas leyendas, lo cierto es que el signo de interrogación fue otra de las innovaciones introducidas por Alcuino, el maestro, monje y ministro de Educación en el imperio de Carlomagno. Muchos de aquellos que iban a leer o a editar textos antiguos en latín tenían una lengua materna diferente. Trabajaron duro y necesitaban de toda la ayuda y el apoyo que los signos de puntuación pudieran proporcionarles. ¿Cómo podían saber si una oración determinada era una declaración sobre el mundo o una pregunta? Conocemos la respuesta, y puede resultar sorprendente que nadie haya pensado en eso. Pero esto aconteció alrededor del año 800 d. C.; la caída del Imperio Romano tuvo como uno de sus resultados el debilitamiento de la lectoescritura en amplios sectores, de modo que no fueron muchos quienes se preocuparon por la puntuación.

Sin embargo, Alcuino tomó cartas en el asunto. Creó el punctus interrogativus, el signo de interrogación. Visualmente, el nuevo signo era una combinación de tilde sobre un punto, aunque en algunas versiones faltaba el punto. Los signos de puntuación se hicieron muy populares y rápidamente fueron utilizados por los escribas a lo largo de todo el Imperio Carolingio, es decir, de toda Europa Central. Eso facilitó las cosas al creciente número de personas que preferían leer en silencio, y también proporcionó un mensaje claro para aquellos que leían los textos en voz alta.

Ya vienen.

El significado es claro: estoy diciendo que vienen ahora.

¿Ya vienen?

El significado cambió: ahora estoy preguntando si ya están en camino. Esta es información importante para un lector, y si voy a leer el texto

en voz alta, es preciso cambiar la entonación de la oración tan pronto como me doy cuenta de que se trata de una pregunta. En los siglos posteriores a su creación, el signo de interrogación se hizo popular, aunque no siempre se usó de acuerdo con la idea original. No adquirió su forma final y uso definido hasta el Renacimiento veneciano. En su famoso manual de puntuación y tipografía, Orthographiae ratio, publicado en 1566, Aldo el Joven especificó el signo que debería ser utilizado después de preguntas que requirieran una respuesta.

El signo de interrogación fue originalmente una ayuda para los predicadores que necesitaban saber si se enfrentaban a una acusación o una pregunta. Si fuera una pregunta, alzarían la voz al final de la oración, como solemos hacer. Más tarde, el signo de interrogación también se incluyó en un marco gramatical. Indica el final de un significado completo, que en este caso es una pregunta.

En consecuencia, el signo de interrogación moderno es el resultado de una colaboración entre escribas de Aquisgrán y Venecia, pero ¿es posible que el origen de este signo se encuentre en un lugar completamente diferente, sin tener que recurrir a mitos divertidos? Chip Coakley es un experto en manuscritos que trabaja en la biblioteca de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. En 2011, identificó lo que puede ser el signo de interrogación más antiguo del mundo en una Biblia escrita en siríaco que data del siglo V d. C. El siríaco es una lengua de Oriente Medio que tuvo su apogeo antes del violento avance del islam. Coakley le dijo a la revista de investigación de la Universidad de Cambridge que a lo largo de los años se había interesado cada vez más en pequeños componentes del lenguaje, como, por ejemplo, la puntuación.

El signo de interrogación del antiguo siríaco se parece a los dos puntos que usamos hoy: dos puntos, uno encima del otro. Zawga elaya, tal su nombre original, se coloca sobre una palabra cerca del comienzo de la oración para indicar que se trata de una pregunta. Se utiliza solo cuando puede haber dudas sobre si la oración es una pregunta o no, es decir, no en preguntas que en noruego comienzan indefectiblemente con palabras cuyas primeras letras son “hv” (y en inglés “wh”).

¿Podríamos habernos arreglado sin el signo de interrogación como lo conocemos hoy? ¡Difícilmente! El signo de interrogación no es difícil de manejar. Por lo general, la única regla para su uso es sencilla y tiene

como objetivo marcar una pregunta directa:

¿Qué vas a tejer para tu próximo nieto?

También lo usamos cuando la pregunta está implícita:

Estás tejiendo algo para tu próximo nieto, ¿no?

Pero no podemos usarlo si la pregunta es indirecta; entonces usamos un punto:

Le pregunté si estaba tejiendo algo para su próximo nieto.

El signo de interrogación también se utiliza después de lo que se conoce como "preguntas retóricas", es decir, preguntas donde la respuesta está dada de antemano o donde no se espera una respuesta:

¿Sos estúpido?

También es interesante observar cómo la elección del signo de puntuación cambia el significado de lo que se dice:

¿Cómo se atreven?

¡Cómo se atreven!

De vez en cuando, al querer hacer varias preguntas consecutivas, se usan signos de interrogación para cada una de ellas, una tras otra, como una forma de subrayar la profundidad de una pregunta. Habrá quienes nieguen con la cabeza al encontrarse con esto, de modo que es mejor pensarlo bien antes de usar este recurso.

¿Desaprobaste? ¿Desaprobaste el examen?

Si se desea enfatizar aún más las emociones fuertes, también se pueden combinar los signos de interrogación con signos de exclamación. Pero en este caso también debería pensase detenidamente: los límites entre la gravedad del tema y su consecuencia pueden ser muy delgados:

¿¡Desaprobaste!? ¿¡Desaprobaste el examen!?

En la década de 1580, el impresor inglés Henry Denham introdujo un signo propio después de una pregunta retórica, el punctus percontativus.

Sos estúpido؟

Pero este signo nunca tuvo éxito. Tampoco el point d'ironie, presentado por el poeta francés Alcanter de Brahm en un libro de 1899. Tanto antes como después de Brahm, fueron muchos quienes intentaron introducir nuevos signos destinados a indicar ironía o irritación, pero ninguno logró trascender. En verdad, ¿tenemos suficientes signos de interrogación y exclamación para eso?

Un uso peculiar del signo de interrogación que está vivo y bien de salud es el que se da en español. Al igual que los de exclamación, también los de interrogación se colocan invertidos antes y después de la oración. Ya en el comienzo de la frase, el lector recibe una señal de lo que está por venir:

¿Dónde está tu padre? [3]

Hace unos años, el pastor televisivo Joel Osteen, que transmitía por la cadena American God Channel, publicó en Twitter esta interesante frase: “Never put a question mark where God has put a period” [Nunca pongas un signo de interrogación donde Dios puso un punto]. Este tuit es una variante de una cita de hace cincuenta años que la comediante estadounidense Gracie Allen (1895-1964) escribió en una carta: “Never place a period where God has placed a comma” [Nunca pongas un punto donde Dios puso una coma]. Más tarde, la Iglesia Unida de Cristo añadió a su lema: “Never place a period where God has placed a comma. God is still speaking” [Nunca pongas un punto donde Dios puso una coma. Dios sigue hablando].

Sin embargo, dado que este es un capítulo sobre el signo de interrogación, otro pastor estadounidense bien puede tener la última palabra: “Where God has put a period, the devil puts a question mark, casting doubt” [Donde Dios puso un punto, el diablo pone un signo de interrogación, sembrando dudas].

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Este signo de puntuación separa y une; apunta

a lo que ha sido y a lo que está por venir

El punto y coma fue un motivo de duelo en París, pero también de una broma de April Fools[4]

que despertó furor. En su libro El arte de la novela, Milan Kundera reveló que abandonó una editorial por haber intentado reemplazar sus punto y coma por comas. Hay que admitir que el más hermoso de todos los signos de puntuación realmente tiene poder sobre las emociones.

Considerado el asunto de manera estricta y objetiva, la verdad es que no tenemos una imperiosa necesidad del punto y coma. En cambio, el punto es absolutamente esencial. La coma también realiza un trabajo invaluable cuando pretendemos minimizar los saltos entre unidades de texto que no están del todo juntas. Los dos puntos nos dicen que se acerca algo; el signo de interrogación, que nos estamos preguntando algo, y el de exclamación, que estamos levantando la voz. Pero ¿qué pasa con el punto y coma? Uno podría vivir toda la vida sin utilizar un solo punto y coma. También sé de muchos escritores profesionales que nunca recurrieron a él; sus textos pueden entenderse, y nunca escuché que les paguen menos por no usar la totalidad del arsenal de signos de puntuación. El autor estadounidense Kurt Vonnegut lo expresó claramente cuando declaró: “No uso punto y coma. Son travestis hermafroditas que no representan absolutamente nada. Todo lo que hacen es demostrar que fuiste a la universidad”.

Vonnegut no está solo en su odio por el punto y coma. En los debates lingüísticos sostenidos en los Estados Unidos por Internet, se afirma que el punto y coma es femenino, o alternativamente puede llegar a ser gay, en tanto el columnista Ben Macintyre se refirió en el The Times londinense a una regla no escrita entre los estadounidenses: los

hombres no utilizan punto y coma. Michael S. Reynolds, en The Homecoming [El regreso a casa], su biografía sobre Ernest Hemingway, sostiene:

Tengo que negarme muchas pequeñas comodidades, como el papel higiénico, el punto y coma y las suelas para mis zapatos. ¿Por qué Hemingway se privó a sí mismo de todo esto? Le preocupaba que el consumo de este tipo de cosas pudiera amenazar su reputación de macho.

La hostilidad hacia el punto y coma no es exclusivamente estadounidense, pero un escritor irlandés que vive en los Estados Unidos creyó haber encontrado la respuesta en algo que percibía como un rasgo distintivo de esa sociedad: a los estadounidenses no les gustan los matices ni la complejidad.

No obstante, parece que el punto y coma goza de alguna popularidad, al menos en algunas comunidades lingüísticas. En 2012, la revista sueca Språktidningen les preguntó a sus lectores cuál era su signo de puntuación favorito. Para sorpresa de muchos, el punto y coma ganó con el 23% de los votos, en tanto que el punto por un lado y la coma por el otro solo recibieron el 13% cada uno.

¿Acaso estamos en presencia de un nuevo renacimiento del punto y coma? Fue Aldo Manuzio el Viejo quien escribió el primer punto y coma moderno y explicó que el signo debía utilizarse en oraciones que expresaran ideas cuyos significados estuviesen vinculados. La primera vez que el punto y coma apareció en forma impresa fue en el libro De Aetna (1494), de Pietro Bembo. En los años siguientes, su forma y uso se convirtió en práctica establecida, primero en las imprentas de Venecia y luego gradualmente en otras ciudades italianas. Partidarios del punto y coma están tan agradecidos por la innovación de Manuzio que declararon el 16 de abril, día de su muerte, como el Día Mundial del Punto y Coma.

El filólogo Paul Bruthiaux descubrió que el primer punto y coma se escribió en inglés en 1560 y que cincuenta años más tarde apareció en una versión de los sonetos de Shakespeare. En poco tiempo, se

convirtió en un triunfador entre los signos de puntuación. Bruthiaux investigó la incidencia del punto y coma, en comparación con los dos puntos y los guiones, en textos escritos por lingüistas durante cinco siglos.

Encontró que la cantidad de punto y coma por 1000 palabras pasó de 0 en el siglo XVI a 50 en el siglo XVII y 68 en el siglo XVIII. Fue entonces cuando alcanzó su máximo desarrollo.

En el siglo XIX había 18 punto y coma por 1000 palabras y en el siglo XX solo 10. Además, en comparación con los dos puntos y el guion, la posición del punto y coma se debilitó en relación con lo que había sido su apogeo, al caer estrepitosamente luego de su superioridad en los siglos XVIII y xix y llegar a ser utilizado en la misma medida que los otros dos en el siglo XX.

En general, el uso de los tres signos de puntuación disminuyó de 93 por cada 1000 palabras en el siglo XVII a 25 en el siglo XIX. A lo largo de doscientos años, la puntuación intensiva fue reemplazada por una de uso más sencillo y frugal.

Bruthiaux explica el ascenso y caída del punto y coma como un cambio en el enfoque de la puntuación. Cuando el punto y coma se hizo popular, la puntuación se basaba frecuentemente en la sintaxis, en especial entre aquellos que escribieron libros de gramática. Y había una gran cantidad de ellos. En 1851, Goold Brown, un gramático estadounidense, se dedicó a investigar cuántos libros de gramática inglesa se habían escrito ese año. El resultado lo sorprendió: llegó a contar 548. La puntuación basada en la lógica gramatical se hizo cada vez más y más pesada, hasta ser reemplazada por un enfoque retórico, en el que la puntuación se insertó sobre la base de lo que se sentía correcto en términos de pausas. La práctica cambió de la lógica al gusto, aunque los libros de gramática insistieron en mantener las reglas anteriores. En sí mismo, esto es una prueba de que nuestros hábitos

lingüísticos no necesariamente se preocupan por lo que prescriben los autores de libros de texto.

Pocas naciones tienen mayor conciencia y admiración por su lengua que Francia. Este amor fue el punto de partida para la broma de April Fools en el sitio web de noticias Rue89 en 2008. El periódico escribió que el entonces presidente Nicolas Sarkozy había emitido un decreto que establecía que todos los documentos oficiales deberían contener al menos tres punto y coma por página. La broma tocó una fibra sensible. Era improbable, pero no del todo increíble. El presidente Sarkozy a menudo se involucró en asuntos relacionados con la lengua francesa, y una campaña a favor del punto y coma encajaba bien en su abanico de intereses. Los cambios en el francés escrito también se vieron influidos por el inglés. Estas alteraciones incluyen oraciones más cortas y menos signos de puntuación. Entonces, ¿por qué no podría haber una campaña a favor del punto y coma del Palacio del Elíseo?

Los sentimientos franceses sobre el punto y coma aparecen descriptos en el libro Le duel. Une passion française. 1789-1914 [El duelo. Una pasión francesa. 1789-1914]. Entre los duelos célebres mencionados por Jean-Noël Jeanneney, autor de la obra, aparece el que sostuvieron dos profesores universitarios en el París de 1837. Uno de ellos abogaba por un punto y coma en una oración, en tanto que el otro se inclinaba por los dos puntos. Dado que el conflicto no pudo resolverse con un punto, no quedó más remedio que un duelo. El profesor del punto y coma fue alcanzado por la espada en el brazo, por lo que podemos concluir que, en este caso, el punto y coma sufrió una derrota.

Sin embargo, no debemos ignorar el hecho de que, a pesar de su fracaso, aquel profesor se habría mostrado encantado con la investigación que realizó casi doscientos años más tarde Cecilia Imberg para la Universidad de Lund. Su disertación demostró que los treintañeros suecos usaban muchos más punto y coma que los mayores de cincuenta años. Esto puede deberse al hecho de que, una vez más, los gustos hayan cambiado, pero también es posible encontrar una relación con el mal uso del punto y coma. Alexander Katourgi concluyó en una disertación dictada en la Universidad de Gävle (Suecia) que dos de cada tres punto y coma utilizados en la prosa sueca violan las reglas.

El principal error es que, en muchas oportunidades, el punto y coma se

utiliza donde debería haber dos puntos. Mucha gente escribe así:

El entrenador había elegido a estos jugadores; Anders, el Pato Donald y Kalle Anka. [5]

Con la puntuación correcta, debería escribirse así:

El entrenador había elegido a estos jugadores: Anders, el Pato Donald y Kalle Anka.

Tanto la apariencia similar como los nombres similares pueden ser las razones por las que muchos colocan un punto y coma donde debería haber dos puntos.

Pero ¿cuándo deberíamos usar un punto y coma?

1. Para separar y vincular

El punto y coma se utiliza entre oraciones independientes que también podrían estar separadas por un punto. Proporciona la información adicional de que lo que se dice en la primera oración está estrechamente relacionado con lo que se dice en la segunda:

Ayer escribí un artículo de noticias; hoy estoy trabajando en un artículo que debe concluir con un comentario mordaz.

Alternativamente, podríamos haber puesto un punto:

Ayer escribí un artículo de noticias. Hoy estoy trabajando en un artículo que debe concluir con un comentario mordaz.

En una lengua como el noruego es posible separar las dos frases con una coma sin tener mucho que temer. En cambio, aquellos que conocen las reglas de puntuación en inglés aplicarán un subrayado en rojo a esta versión de la coma; en inglés, se conoce como "empalme de coma" a separar dos oraciones independientes con este signo, y se lo considera un grave error.

Pero en noruego, de vez en cuando, se lo puede aceptar. La coma indica una alta velocidad y que la pausa debe ser corta. El punto y coma nos pide hacer una pausa un poco más larga y el punto aún más prolongado. Es más, el punto y coma nos informa que existe una estrecha conexión entre el contenido de las dos oraciones que el signo se encarga de separar y vincular.

2. Listas

El punto y coma también se puede utilizar cuando una coma sola podría confundir:

El nuevo comité fue el siguiente: Reidar Jensen, presidente; Kurt Olsen, vicepresidente; Odd Leif Andreassen, tesorero.

Echemos un vistazo también a esta oración:

Cinco segundos antes de que el niño mire hacia otro lado, la frecuencia cardíaca se acelera, cinco segundos después de que el niño miró hacia otro lado, la frecuencia cardíaca vuelve a la normalidad.

No hay nada de malo en esta oración, pero resulta mucho más fácil de leer y comprender con un punto y coma:

Cinco segundos antes de que el niño mire hacia otro lado, la frecuencia cardíaca se acelera; cinco segundos después de que el niño miró hacia otro lado, la frecuencia cardíaca vuelve a la normalidad.

¡Escribamos de forma concisa! Este consejo está presente en todos los cursos y libros que ofrecen orientación sobre cómo escribir mejor. Se aplica como regla general, pero debe seguirse con moderación. Las oraciones largas pueden ser agotadoras e incluso de difícil comprensión, pero las secuencias de oraciones exclusivamente cortas también pueden llegar a ser intensas y fatigosas para su lectura. El escritor sueco Olof Lagercrantz lo expresó de manera brillante: "Todo depende del ritmo. ¡Una organización interna de difícil acceso! La respiración de un idioma. El pensamiento y el ritmo están unidos de manera inseparable".

Al escribir oraciones largas, la coma es un buen amigo para separar cuidadosamente las partes que están tan estrechamente entrelazadas como dos amantes recientes. Cuando queremos demostrar que lo que hemos escrito tiene que ver con lo que viene, es mejor recurrir al punto y coma; al hacerlo, enfatizamos el contexto y dotamos al texto con un ritmo sobre el que reflexionar y a la vez avanzar.

Un punto y coma colocado con sensibilidad puede darle claridad a lo escrito, al mismo tiempo que permite al lector avanzar con facilidad por el texto. Incluso, en algunos casos, ¡hasta puede agregarle un toque de belleza!

Martin Luther King Jr. demostró el poder del punto y coma en una carta que escribió desde la cárcel de Birmingham, Alabama, en

noviembre de 1963. Allí argumentó que era urgente abolir la discriminación racial y que ya no tenía sentido esperar más. Lo hizo en una oración que contenía 344 palabras y once punto y coma. Después de cada punto y coma, introdujo la siguiente parte con la palabra "cuando", un método retórico eficaz conocido como anáfora.

¡Encuentren los punto y coma en este texto!

Pero cuando viste a turbas enfurecidas linchar a tus madres y a tus padres a voluntad y ahogar a tus hermanos y hermanas a su antojo; cuando viste a policías llenos de odio insultar, golpear e incluso matar a tus hermanos y hermanas negros; cuando ves a la inmensa mayoría de tus veinte millones de hermanos negros asfixiándose en una hermética caja de pobreza en medio de una sociedad rica; cuando de repente ves que la lengua se te traba y las palabras te faltan al tratar de explicar a tu hija de seis años por qué no puede ir al parque de diversiones que acaba de anunciarse en televisión, y ves lágrimas en sus ojos cuando se le dice que Funtown está prohibido a los niños de color, y ves nubes ominosas de inferioridad comenzando a formarse en su pequeño cielo mental y ves cómo comienza a distorsionar su personalidad, desarrollando una amargura inconsciente hacia los blancos; cuando tenés que inventar una respuesta para tu hijo de cinco años que te pregunta: "Papá, ¿por qué los blancos tratan tan mal a la gente de color?"; cuando atravesás el país en tu auto y te ves obligado a dormir noche tras noche en los incómodos rincones de tu automóvil porque ningún hotel te aceptaría; cuando vivís, un día sí y el otro también, la humillación de ver esos ubicuos carteles que dicen "blancos" y "negros"; cuando tu nombre de pila pasa a ser "Negro", tu primer apellido "Chico" (independientemente de la edad que tengas) y tu segundo apellido "Eh, vos"; cuando a tu mujer y a tu madre nunca se les otorga el respetado título de "señora"; cuando te sentís agobiado de día y atemorizado de noche por el simple hecho de ser negro; cuando te ves obligado a vivir siempre como en puntas de pie, sin saber muy bien qué esperar a continuación, y te ves inundado de miedos internos y resentimientos externos; cuando estás constantemente luchando contra la degenerada sensación de no ser nadie… entonces, entendés por qué nos resulta difícil esperar.

La coma: una ayuda y un obstáculo

No hay modo de evitarlo. Tengo que empezar con una declaración de amor:

La coma crea un respiro en una vida llena de palabras.

La coma transforma un caos de pensamientos en una secuencia de ideas.

La coma te colma con el poder de llegar al cerebro y al corazón del lector.

Ha demostrado funcionar eficazmente para quienes escriben desde 1494.

Dale una oportunidad a la coma.

Ningún signo de puntuación causa tantos problemas como la coma. ¿Cuándo y dónde deberíamos colocarla y cuándo no deberíamos hacerlo por ningún motivo?

Ningún otro signo es tan conflictivo. Ninguno se presta mejor a confundir o crear situaciones curiosas en caso de que falte o se utilice de forma incorrecta. ¿Conocen los cuentos? “Vamos a comer a la abuela” [6]

. Pero debemos comenzar por el principio:

"¡Eureka! ¡Lo encontré!". Se dice que esta exclamación tuvo su origen en el matemático Arquímedes (287-212 a. C.), quien descubrió la ley de flotabilidad de los cuerpos en el agua y, según se sabe, corrió desnudo por las calles de Siracusa al grito de "¡Eureka!". Arquímedes fue una de las estrellas intelectuales de la Biblioteca de Alejandría y colaboró de forma estrecha con Eratóstenes. De forma tal que es muy probable que los sucesores de Eratóstenes conocieran la historia de Arquímedes. En cualquier caso, Aristófanes habría tenido sus buenas razones para gritar su propio "¡Eureka!" a todo el mundo cultural de su época. A fin de cuentas, había inventado el primer sistema de puntuación, y uno de sus principales atributos fue el media distinctio que indicaba una breve pausa. Nuestra coma moderna había sido concebida, aunque tomó su nombre no de la pausa indicada, sino de la palabra griega komma, que significa "parte de una oración".

Por desgracia, el sistema de puntuación de Aristófanes quedó por completo en desuso. En los siglos que siguieron, surgieron indicios de cierta puntuación aquí y allí, pero, como vimos, fueron Alcuino y Carlomagno en Aquisgrán los responsables de un auténtico avance para la coma. De este modo, debieron pasar más de mil años desde que Aristófanes insertó sus signos en Alejandría hasta que Alcuino sintetizó la puntuación. En ese período se utilizaron varios sistemas. El punctus flexus agregó un acento sobre la coma de Aristófanes y se utilizó para pausas más breves dentro de las oraciones. Más tarde se convirtió en un punctus elevatus, que fue utilizado en parte como la coma de hoy. Visualmente, parecía un punto y coma invertido. El profesor Boncompagno, de Bolonia, se acercó más a la coma moderna cuando a principios del siglo XIV introdujo la virgula suspensiva: /.

¿Confuso? De ser así, existe una razón. El desarrollo de la coma se complicó en los mil setecientos años que siguieron luego de que Aristófanes sembrara la primera semilla. Avanzó, retrocedió, se movió hacia la izquierda y la derecha, por lo que definitivamente había llegado el momento de poner orden. Las posibilidades de imprimir libros en lugar de escribirlos a mano fue otro motivo para estandarizar la puntuación.

Entonces apareció nuestro héroe. Aldo Manuzio indicó cómo debería

verse y usarse la coma. El primero en utilizarla de acuerdo con estos criterios fue Pietro Bembo en De Aetna (1494). De hecho, la historia podría haber terminado allí, en la Venecia de hace más de quinientos años, donde la coma moderna, con un éxito sin precedentes, se convirtió gradualmente en un modelo europeo. Las dudas creadas por este signo de puntuación se referían a si debía usarse de acuerdo con principios retóricos o gramaticales. La mayoría de las comunidades lingüísticas aplican sus reglas respecto a la coma a partir de una mezcla de estos dos principios en diferentes proporciones, y es por eso que mucha gente percibe las reglas de la coma como impenetrables.

De todos modos, sea cual sea su capacidad para puntuar, hay algo aprendido en la escuela primaria que pocos olvidan. Porque se trata de… ¡un asunto de vida o muerte!

Heng ham ikke vent til jeg kommer.

Kill him not wait for me.

Hängt ihn nicht begnadigt. [7]

¿Dónde debe colocarse la coma en estas oraciones? ¿Y de dónde viene el ejemplo escolar? ¿Quién fue ahorcado? El origen de la sentencia no está del todo claro, pero ¿es posible que este ejemplo esté basado en una historia real y que debido a las razones pedagógicas haya sido presentada en esta forma simplista? Aquí hay tres historias alternativas:

Alternativa 1: el rebelde irlandés que fue ahorcado

Existe una historia real sobre un hombre que fue ahorcado después de

una disputa originada sobre la colocación de una coma. El nombre del sujeto era Roger David Casement (1864-1916), nacionalista, patriota, activista y poeta irlandés. En abril de 1916, Casement fue arrestado por la policía británica bajo sospecha de alta traición, sabotaje y espionaje. Cuando el caso llegó a los tribunales, el punto crucial de la cuestión era si las actividades de Casement en Alemania podrían verse afectadas dentro de una norma que la fiscalía había encontrado y que todavía estaba en vigor en ese momento: la Ley de Traición, un decreto medieval de 1351.

La defensa alegó que dicha ley solo podía aplicarse a delitos cometidos en suelo británico, mientras que la fiscalía sostuvo que también era aplicable si el presunto acto de sedición había tenido lugar en el extranjero. El núcleo de la controversia fue la supuesta aparición de una coma. Según una base de datos de la legislación británica, el texto dice lo siguiente:

If a Man do levy War against our Lord the King in his Realm, or be adherent to the King's Enemies in his Realm, giving to them Aid and Comfort in the Realm, or elsewhere… [8]

[Si un Hombre emprende la Guerra contra nuestro Señor el Rey en su Reino, o adhiere a los Enemigos del Rey en su Reino, dando a ellos Ayuda y Apoyo en el Reino, o en otro lugar…].

Si la tercera coma aparecía de esta forma en el texto original, los actos de traición cometidos fuera de Gran Bretaña también caerían dentro del alcance de la ley, porque "en otros lugares" (elsewhere) referiría entonces no solo a la "ayuda y apoyo a los enemigos del rey" dentro de su reino, sino también a las actividades de ese tipo practicadas en suelo extranjero.

De no haber aparecido esa coma en el original, el acusado hubiese quedado libre, porque la ley se aplicaría solo a las actividades cometidas en suelo británico, no si se llevaron a cabo en otros lugares

donde los enemigos del rey podrían encontrarse.

El hecho de que el texto original estuviera en francés normando no facilitó las cosas a la corte. Sin embargo, la opinión del tribunal fue que la coma en disputa estaba allí y Casement fue condenado a muerte. Durante la audiencia de apelación del Tribunal Superior, algunos argumentaron que lo que podría parecer una coma en el texto original en francés no se trataba más que de una marca dejada por el doblez del manuscrito. El Tribunal Superior no confió en esta explicación. En el juicio, se confirmó el fallo del primer tribunal y Roger David Casement fue ahorcado en la prisión de Pentonville, en Londres, en agosto de 1916.

Alternativa 2: cuando intervino la zarina

La princesa Dagmar de Dinamarca se convirtió en la zarina Maria Feodorovna de Rusia al casarse con el zar Alejandro III en 1866. Cuenta la historia que en una ocasión la zarina salvó la vida de un criminal a quien su marido Alejandro había decidido enviar a una muerte segura en Siberia. El zar había escrito: “Indulto imposible, enviarlo a Siberia”. María movió la coma y la oración se transformó en: “Indulto, imposible enviarlo a Siberia”. El hombre fue puesto en libertad.

Alternativa 3: la decisión abierta del rey de Prusia

En 1873, los tipógrafos de Christiania (antiguo nombre de Oslo) distribuyeron la revista sindical Guttenberg (¡manuscrita!). En ella, el editor contaba una historia sobre el rey Federico el Grande, de Prusia. Federico tenía su propia imprenta de la corte, la que había delegado con total confianza en Martin, su impresor en jefe. En cierta ocasión, faltó una coma en una resolución impresa, y Federico decidió demostrarle al impresor en jefe lo importante que podía llegar a ser una coma. Un preso político había sido condenado a muerte, pero

terminó siendo indultado. La corte preguntó al rey cuál era el veredicto final. Federico aprovechó la oportunidad y envió este mensaje a Martin:

Hängt ihn nicht begnadigt. [9]

Federico R.

La guerra de las comas danesas

Por lo general, los daneses no son conocidos por ser un pueblo particularmente belicoso, aunque existió un asunto que estuvo cerca de desatar una guerra civil: ¿es correcto colocar una coma antes de una oración subordinada (oración dependiente)?

Históricamente, los daneses siguieron el sistema alemán para el uso de las comas: debían ubicarse entre las oraciones sobre la base del análisis gramatical. Durante la reforma de la coma de 1918, este sistema se mantuvo, pero al mismo tiempo se introdujo el uso rítmico de las comas como alternativa válida. La coma de pausa rítmica estaba destinada a colocarse donde resultara natural hacer una pausa al hablar. Sin embargo, este sistema fue muy poco utilizado, y prevaleció la coma gramatical.

En danés, siempre debe haber una coma antes de una oración subordinada:

Vi forventer, at det bliver regnvejr.

Jeg gik, for at hun kunne være alene.

Spis, så længe du er sulten.

[Esperamos, que llueva].

[Me fui, para que ella pudiera estar sola].

[Come, mientras tengas hambre].

Así escribieron los daneses hasta 1996, y siguió estando permitido escribir de esta manera incluso después de esa fecha. Con las nuevas reglas respecto a la coma, se introdujo un sistema paralelo y los daneses tuvieron la libertad de elección. Quien lo deseara, ya no tenía necesidad de colocar una coma inicial delante de las oraciones subordinadas, lo cual resultó esencial para la comprensión del significado de la oración en su conjunto. Así, de acuerdo con las nuevas reglas, los ejemplos citados más arriba quedarían:

Vi forventer at det bliver regnvejr.

Jeg gik for at hun kunne være alene.

Spis så længe du er sulten.

Sin embargo, lejos de traer orden, las nuevas reglas enfurecieron a la gente y la amenaza de guerra comenzó a rugir de forma continua, incluso después de que los daneses volvieran a modificar las reglas en 2004. Se introdujo un nuevo sistema para las comas, pero limitando la libertad de elección a una sola área. Los usuarios de la lengua podían elegir entre poner una coma delante de las oraciones subordinadas o bien dejarlas sin signo alguno. El Dansk Språknævn [Consejo de la Lengua Danesa] se mostró a favor de eliminar la coma inicial, pero no contó con muchos seguidores. Los docentes se opusieron a la propuesta, al igual que los periodistas y los editores. El ministro de Educación reconoció que la modificación podría causar problemas cuando los alumnos pasen de una escuela que practica la coma gramatical a otra que enseña de acuerdo con las nuevas reglas. Casi

todo el mundo siguió usando las viejas reglas, de lo que resulta que en danés hay un 40-50% más de comas respecto a las reglas que se aplican en noruego, sueco, islandés, inglés, holandés, italiano y francés.

Sin embargo, hay quienes optan por no utilizar la coma antes de las oraciones subordinadas. En el periódico Kristeligt Dagblad, Niels Davidsen-Nielsen escribió un artículo sobre las comas en la obra de seis volúmenes Mi lucha, del noruego Karl Ove Knausgård. La traductora danesa Sara Koch optó por no utilizar la coma en el comienzo de las subordinadas. ¿El resultado? Aquellos entusiastas de las reglas notaron que había apenas 37.332 comas menos. El total de 37.332 comas desaparecidas significa 37.332 pulsaciones de teclas menos, y Davidsen-Nielsen sugiere: "Quizás el editor pueda tomar en consideración publicar un volumen suplementario que contenga todas estas comas de forma gratuita".

Los daneses siguen discutiendo sobre la coma, pero tal vez la guerra pueda cancelarse. Al menos, eso es lo que espera Jørn Lund, presidente del Dansk Språknævn. De acuerdo con el periódico Politiken, Lund propone que las viejas reglas puedan ser utilizadas, pero que, además, se introduzca un nuevo sistema, siguiendo el patrón de uso en Noruega y Suecia. Él llama a ese sistema "la coma libre", y piensa que limpiará los textos daneses de las comas superfluas y se encontrará con aquellos a quienes no les importan las reglas gramaticales fijas. Con la coma libre, no será necesario que haya una coma antes de cada oración subordinada.

Pero aún está muy lejos el día que los daneses obtengan un nuevo sistema para las comas, e incluso deberán pasar muchos inviernos y primaveras antes de que la gente adopte alguno. Hasta entonces, los traductores de obras danesas en la mayor parte de Europa pueden contentarse con no tener que ingresar casi la mitad de las comas que figuran en el original de acuerdo con el estricto sistema gramatical del danés.

Visto desde afuera, es fácil pensar que la tradicional coma inicial danesa inhibe la fluidez y la comprensión cuando leemos, pero ¿es posible que funcione para quienes la usan? Una encuesta de 2018 concluye que los estudiantes de escuelas danesas mejoraron mucho en lo que al uso de comas respecta desde 2014. En las escuelas danesas, los alumnos deben indicar, en sus exámenes de coma, si utilizan o no la

coma inicial. La mayoría de ellos lo hace, y los informes de los examinadores de las escuelas respaldan la conclusión de la encuesta: los estudiantes mejoraron significativamente en lo que respecta al uso tradicional de las comas.

La situación en Alemania

El crítico cultural Andreas Hock describe la situación del idioma alemán de la siguiente manera: “Caos, Anarchie und Tumult” [Caos, anarquía y tumulto]. En su best seller Bin ich denn der Einzigste hier, wo Deutsch kann? [¿Soy el único aquí que sabe alemán?], muestra su desacuerdo con las reformas ortográficas alemanas. Habrá quienes consideren esta confrontación despiadada pero necesaria. Otros pensarán que el autor está pasado de moda, y que definitivamente le ladra a la luna cuando escribe que la coma desapareció del alemán como resultado de reformas recientes.

Hock defiende la reforma ortográfica prusiana de 1901, que sostuvo las mismas e invariables reglas a través de dos guerras mundiales, una reconstrucción con sorprendentes resultados económicos, una guerra fría, la política de reconciliación y la caída del Muro de Berlín. Entonces los filólogos comenzaron a moverse. Advirtieron que el idioma alemán era internacionalmente conocido por el notorio desorden ortográfico y su complicada sintaxis. ¡Había que hacer algo!

Y vaya si lo hicieron. En 1995, un comité gubernamental presentó una propuesta de reforma ortográfica. Desde afuera, esto no parecía ser algo demasiado dramático. El objetivo fundamental era simplificar las reglas y adaptarlas a las lenguas vecinas, por ejemplo, restringir en buena medida el uso del carácter ß por la doble S (en alemán, scharfes S o Eszett). También atacaron las reglas de la coma y sugirieron reducir su número de 52 a 9. Los cambios en el idioma se aprobaron durante una conferencia realizada en Viena en 1996, y la idea era que las nuevas regulaciones debían aplicarse en Alemania, Austria y Suiza a partir de agosto de 1998.

Pasaron casi diez años hasta que estas normativas comenzaron a aplicarse. Hubo muchas y vehementes protestas de políticos, profesores y padres. Der Spiegel dio un paso adelante como portavoz de la cruzada de los escritores alemanes contra la reforma de la lengua. El escritor Hans Magnus Enzensbergerg expresó a la citada revista su

disconformidad con lo que entendía como un verdadero “vandalismo lingüístico”:

Esta supuesta reforma es tan necesaria como un ataque de asma. Solo un grupo de gente afectada por trastornos neuróticos de carácter obsesivo-compulsivo puede sentarse año tras año a deliberar en todo tipo de consejos y comités, sin hacer otra cosa más que engullir y digerir el dinero de los contribuyentes sin ningún propósito.

La reforma ortográfica no se implementó en su totalidad. El Rat für deutsche Rechtschreibung [Consejo para la Ortografía Alemana], integrado por cuarenta miembros de seis naciones, elaboró una serie de soluciones sobre las que podrían arribar a un compromiso común. A partir del 1 de agosto de 2006, finalmente comenzó a aplicarse la reforma, no sin resistencias.

La puntuación alemana se basaba históricamente en los principios gramaticales adoptados en 1781. Aún lo sigue haciendo, pero se han realizado algunos cambios que tienen como objetivo hacer que el uso de la coma resulte más simple, más claro y más acorde con el lenguaje oral. Las nuevas reglas introdujeron un cambio importante al señalar como opcional colocar una coma entre las oraciones principales conectadas por und, oder, entweder-oder, nicht-noch, beziehungsweise o weder-noch: Ich fotografi erte die Berge, und meine Frau lag in der Sonne [y, o, o-o, no-ni, respectivamente, o ni-ni: Fotografié las montañas, y mi esposa yacía al sol]. Se puede usar una coma en tales contextos siempre y cuando ayude a aclarar el significado.

Por otra parte, la última reforma de 2006 aprovechó las comas obligatorias en otros casos en los que previamente habían sido opcionales. Una innovación que probablemente complacerá a mucha gente que escribe en alemán es el nuevo párrafo 78 de las reglas ortográficas: “Oft liegt es im Ermessen des Schreibenden, ob er etwas mit Komma als Zusatz oder Nachtrag kennzeichnen will oder nicht” [A menudo queda a discreción del escritor si desea marcar algo con una coma como adición, como epílogo, o no].

“La coma desapareció del alemán”, dicen los críticos. Esto no es

verdad. El total de las reglas de la coma se redujo a nueve, pero hay numerosas excepciones. El folleto que las reúne aún contiene dieciséis compactas páginas de texto.

Los indiferentes

A ciertas personas parece no importarles demasiado las reglas y colocan las comas al azar. Algunos lo hacen porque no las conocen, y en sus textos el uso de las comas es arbitrario e inconsistente. Otros, en cambio, con frecuencia rompen las reglas deliberadamente, porque utilizan el potencial musical de la coma para enfatizar el ritmo del texto y el significado detrás de las palabras.

Knut Hamsun no ganó el Premio Nobel de Literatura en 1916 por su habilidad para poner comas. Por el contrario, tenía una actitud inconsistente y poco sistemática en su relación con las reglas que articulaban las comas y era perfectamente consciente de eso. En Hambre, una de sus obras maestras, menciona unas moscas irritantes que se niegan a abandonar la página que está escribiendo y "aprieta el talón contra una coma".

Cuando las obras completas de Hamsun se reeditaron unos años más tarde, fue posible advertir cambios en la puntuación. Las comas habían sido eliminadas de las oraciones subordinadas, en particular en presencia de los adverbios at [antes] y som [como], donde Hamsun había insertado comas en sus primeros libros, siguiendo las reglas danesas de ese momento. Tor Guttu, quien fuera consultor ortográfico de la nueva edición, se dio cuenta de que Hamsun había cambiado su forma de puntuar a lo largo de los años, pero sin lograr alcanzar un uso lógico de comas, punto y coma, puntos y guiones. La puntuación en la nueva edición, por lo tanto, no es muy diferente del uso más bien libre que a menudo vemos en la ficción escrita en nuestros días.

Hamsun se hizo con el Premio Nobel de Literatura a pesar de su actitud poco clara hacia la coma. Hay quienes predicen que Noruega pronto tendrá un nuevo ganador, pero por el momento Jon Fosse debe estar satisfecho con haber conseguido el Premio de Literatura otorgado por el Consejo Nórdico. Su obra Alguien va a venir es sin duda una obra maestra, pero no son precisamente las comas quienes están en su camino. Fosse declara que le interesa la ortografía y de hecho escribe

muy correctamente, salvo en lo que refiere a un aspecto: las reglas de la coma. Considera muy positivo que los editores intenten normativizar el lenguaje, pero si pretenden que siga las reglas de la coma, aúlla furioso: "Entonces todo resultaría lo mismo. De acuerdo con mi estilo, la coma debe ser rítmica, no correcta", sostiene. Una colección de ensayos sobre su obra se titula, precisamente, Å erstatte lykka med eit komma [Reemplazar la felicidad con una coma].

Fosse es un férreo defensor del uso rítmico de las comas. Un número sorprendente de entrevistas y debates en torno a sus libros contienen pasajes en los que el uso de las comas son un tema en sí mismo. Un artículo de 2009 en el periódico Dagbladetk representa un buen ejemplo. Bajo el subtítulo Komma-krakilsk (literalmente: "Coma-pendenciero"), el periodista consigna que Jon Fosse debe ser —posiblemente junto a Dag Solstad— el peor enemigo de la política de la coma. No obstante, Fosse tiene la oportunidad de defenderse:

Mi uso de las comas está en función de lograr la respiración, el movimiento y la música que deseo, y en cuanto observo que algunos lo manipulan, me vuelvo loco y peleador. Pueden intentar estandarizarme tanto como quieran, pero espero que dejen las comas en paz, porque ellas son la sustancia de mi escritura creativa. Uso comas de acuerdo con ritmo, no con las reglas.

En 2015, norla (Norwegian Literature Abroad) invitó a un concurso informal para traductores extranjeros de literatura noruega. Lo ganó Éva Dobos, con un ensayo titulado Om kommaet, musikken og noen grublerier [Sobre la coma, la música y algunas otras reflexiones]. Allí escribió sobre la angustia y las meditaciones que le produjeron la traducción al húngaro de la novela Morgon og kveld [Mañana y tarde], de Jon Fosse. Al final, se aventuró a conocer al autor en un bar del centro de Oslo. Solo tenía una pregunta para hacerle: "¿Cómo voy a usar sus comas en el texto húngaro?". Fosse respondió:

No pienses tanto en las comas. Pensá que mi texto es música y las palabras son notas. Luego, tenés que colocar la puntuación para

mostrar el ritmo de la melodía. Algunas deben sonar débiles, casi monótonamente. Entonces el tempo puede aumentar. Así es como la gente piensa y siente. Las comas son la esencia de mi escritura. Parate frente a un espejo y leé en voz alta. Entonces las escucharás.

¿Qué pasó con la traductora?

Era verdad. Después de muchas lecturas solitarias parada frente al espejo del baño, a veces recitando e incluso hasta cantando, las comas de Jon Fosse encajaron. El texto en húngaro despegó. Me sentí cada vez más atraída por su estilo narrativo, discreto y repetitivo, su firmeza y precisión, sus pianos, sus crescendos y decrescendos, en suma, su musicalidad. Y lo extraño es que cuando un traductor se acostumbra a las comas de Fosse, el camino de retorno a la puntuación normatizada es extremadamente difícil. Como si se tocaran notas incorrectas.

La actitud defendida por Fosse se ha convertido en una suerte de símbolo para muchas personas que tienen una relación estrecha y consciente con el idioma, incluida su puntuación. No son pocos quienes probablemente suscriban al mensaje que dejó el filósofo danés Søren Kierkegaard (1813-1855) hace casi doscientos años, cuando sostuvo que se permitió ser guiado y dirigido en la cuestión de cómo deben escribirse las palabras, aunque, agregó: “La puntuación es otra cosa; en esta cuestión no cedo ante nadie”.

Se dice que el poeta sueco Nils Ferlin (1898-1961) tuvo una vida bohemia, pero mostraba una peculiar pedantería en lo que refiere a la puntuación. Un día de 1951, entregó un poema al periódico Dagens Nyheter. Durmió mal esa noche y por la mañana descubrió la razón: faltaba una coma. Ferlin movió cielo y tierra para conseguir que el error fuera corregido, pero todo resultó inútil. La humillación consiguiente era un hecho de lo que estos autores consideraban el “gran drama de la coma”.

Fosse, Ferlin y Kierkegaard fueron muy conscientes de su uso de las comas. En el bando opuesto, James Joyce pertenece a la secta de los

que podríamos llamar los “indiferentes”. El editor que decidió en 1984 hacer una reedición a partir del original de la obra maestra de Joyce, Ulises (1904), debió enfrentarse a un duro trabajo. El manuscrito había sido tipiado por veinte mecanógrafos ocasionales en sus tiempos libres, y luego sujeto a las correcciones y adiciones hechas a mano por el autor, para después ser compuesto, también a mano, por veintiséis impresores franceses de Dijon que no entendían una palabra de inglés. ¿Y la corrección de pruebas? Joyce añadió otras 75.000 palabras en esa instancia. Además, sufría de problemas oculares que gradualmente lo condujeron a la ceguera, y como el manuscrito estaba impreso en Francia, las modificaciones se deben haber realizado de memoria. Cuando se publicó la edición corregida en 1984, se habían corregido cinco mil errores, mil de ellos atribuidos a un mal uso de la coma.

¡Mil errores de uso de la coma! Por supuesto, hay circunstancias atenuantes, pero el autor es, sin embargo, responsable. De allí que Joyce merece ser ubicado en la categoría de los “indiferentes”. También recomendó “leer con los oídos” y permitir que los sentidos sigan el juego. En uno de sus libros, quiso crear una sensación de trueno, y lo hizo escribiendo esta colección de sonidos, que semeja el agrupamiento de palabras sin espacios que se utilizaba en la Antigüedad:
“bababadalgharaghtakamminarronnkonnbronntonnerronntuonnthunntrovarrh

El escritor noruego Dag Solstad es indiferente al uso de la coma, aunque también le cabe el apelativo de ignorante. O, por lo menos, le cabía cincuenta años atrás, si damos por cierto un estudio sobre su colección de escritos, Svingstol, de 1967. Allí, Solstad comete cincuenta errores de uso de la coma en veinticuatro páginas, algo que descubrió Tove Berg, una estudiante de posgrado en aquel momento. La mayoría de los errores refieren a infracciones de la regla número uno de la coma noruega: comas entre las oraciones contiguas. Por ejemplo, Solstad escribe: “Moren står bundet til oppvasken og inne i stuen sitter faren og leser avisen” [La madre está ocupada lavando los platos y en la sala el padre está sentado leyendo el periódico]. Berg rechaza la idea de que las alteraciones a la regla se deban a consideraciones estilísticas. En su opinión, deben atribuirse a vacilaciones de Solstad respecto de las reglas.

En 1953, el filólogo Asbjørn Sæteren comparó la puntuación en textos de los autores Knut Hamsun, Olav Duun y Tarjei Vesaas. Sæteren

descubrió que Vesaas usaba oraciones cortas con un promedio de solo diez palabras entre puntos, mientras que Hamsun escribía dieciocho palabras por oración. El estilo de Duun estaba más cerca del de Hamsun que del de Vesaas. Sus estilos de escritura también dejaron una marca en el uso de las comas; mientras Hamsun colocaba un promedio de 1,1 comas entre puntos sucesivos, Vesaas colocaba 0,4. Sæteren consideró que el uso de la coma en las obras de los tres autores era muy importante para el ritmo de sus textos, como un recurso estilístico deliberado. Si se coloca una coma donde otros no habrían insertado ningún signo de puntuación, la velocidad se reduce. Si se coloca una coma donde otros habrían puesto un punto, el tempo aumenta.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Disputa de la coma noruega en la web profunda: ¿adentro o afuera?

“Bergen er en vakker por” mener nordmenn flest.

[“Bergen es una ciudad hermosa” suelen sostener la mayoría de los noruegos].

Nadie podría oponerse a esta afirmación, pero ¿dónde debería ir la coma en esta frase? Para quien escribe noruego, la respuesta natural es que la coma debe colocarse fuera de las comillas:

“Bergen er en vakker por”, mener nordmenn flest.

[“Bergen es una ciudad hermosa”, suelen sostener la mayoría de los noruegos].

Sin embargo, no todo el mundo está de acuerdo. Algunas personas a quienes les pregunté al respecto insistieron en que la coma debería estar dentro de las comillas. Así al menos ocurrió hasta el 2004, año en que el Dansk Språknævn estableció que a partir de 2008 deberían ir por fuera del entrecomillado. La discusión sobre el lugar de la coma en casos como este ha sido el acontecimiento más importante respecto a la gramática noruega en lo que llevamos del milenio, lo que revela que no hay muchos focos de conflicto ni argumentos en lo que refiere a su uso. No obstante, el tema despertó acaloradas discusiones entre

traductores que participan de un foro cerrado de debate en Internet, en algo llamado “el anillo O”. Presumiblemente, estamos dentro de lo que se conoce como la web profunda (o la web oscura), un sitio para negocios turbios.

Aquellos que estén particularmente interesados en la cuestión podrán continuar esta discusión durante muchos años. El Gran Hombre de la ortografía noruega, el profesor Finn-Erik Vinje, publicó en 2014, bajo el seudónimo de Petter Blek, la obra Punktum, punktum, komma, strek [Punto y aparte, punto y seguido, coma, guion]. El profesor dedica cuarenta páginas a sopesar los pros y los contras de la ubicación de la coma: ¿adentro o afuera?

La conclusión de Vinje es clara: la respuesta lógica es que la coma se coloca fuera de las comillas, simplemente porque no forma parte de la cita. Según Vinje, la coma ahora tiene un lugar sensato después del cierre de las comillas, pero las reglas ortográficas noruegas siguen siendo extrañas cuando se trata de la posición del punto. Según la normativa vigente, el punto debe colocarse siempre antes que las comillas. De acuerdo con ella, entonces, esta sería la forma ortográfica correcta en noruego:

“Persona Kongens”, heter det i Grunnloven, “er hellig.”

[“La persona del Rey”, según la Constitución, “es sagrada.”].

Si considera que esto suena ilógico, no hay ningún inconveniente en iniciar un debate sobre el tema. Si prefiere dedicar su tiempo a algo más productivo, es absolutamente correcto. Incluso para un angloparlante es posible participar en discusiones sobre este tema, ya que también hay desacuerdos en el inglés sobre dónde deben colocarse otros signos de puntuación en relación con las comillas. Tradicionalmente, los británicos quieren la coma y el punto fuera de las comillas, mientras que los estadounidenses los prefieren adentro. Sin embargo, hay una considerable inconsistencia entre los usuarios en ambas áreas del lenguaje.

La enfermedad del inglés: la coma de Oxford

Deseo agradecer a mis padres, Theresa May y Donald Trump.

Aunque pocas personas pudiesen creer que la ex primera ministra británica y el presidente de los Estados Unidos son sus padres, la oración requiere una coma aclaratoria:

Deseo agradecer a mis padres, Theresa May, y Donald Trump.

La coma está motivada por la necesidad de llevar claridad. Por lo tanto, también es posible utilizarla de esta manera en noruego, aunque entre en conflicto con las regulaciones, al igual que lo hacemos en este caso:

Jeg har en hund, og en papegøye som kan snakke.

[Tengo un perro, y un loro que puede(n) hablar].

Algunas personas que escriben en inglés ponen comas en situaciones como esta, y además, suelen poner una coma antes del último elemento final de una lista:

Comí queso, carne, y salchichas.

Pasamos la noche en el cine, el teatro, y la discoteca.

Fuera de la comunidad angloparlante, pensamos que la última coma es superflua. La conjunción "y" conecta los dos últimos elementos, y la coma produce una innecesaria pausa adicional en la lectura. Pero quienes escriben en inglés adoran esta curiosa forma de puntuación conocida como "la coma de Oxford" o bien "coma serial". El nombre se debe al hecho de que se identificó por primera vez en una guía de escritura publicada por Oxford University Press en 1905. Los defensores de la coma de Oxford incluso remontan la tradición a nuestro amigo Aldo Manuzio y su Aldine Press en la Venecia del siglo XVI. También afirman que la razón por la que mucha gente ya no usa la coma serial se debe exclusivamente a la necesidad de ahorrar dinero en la impresión. El profesor Harvey R. Levenson, de la Universidad Estatal Politécnica de California, sostiene que los editores de Webster's Third New International Dictionary ahorraron ochenta páginas con solo evitar el uso de la coma de Oxford. Levenson fue asesor de muchas empresas periodísticas que querían reducir costos y, en su experiencia, borrar la coma final en un listado proporciona valiosos ahorros.

La coma serial pasó a un primer plano en los Estados Unidos cuando en 2017 el tribunal de Maine confirmó una demanda de los repartidores de leche por un total de diez millones de dólares en concepto de horas extraordinarias, y todo debido a la ausencia de una coma. El contrato de trabajo implicaba que no debían pagarse horas extras por las siguientes tareas:

El enlatado, procesamiento, conservación, congelación, secado, comercialización, almacenamiento, embalaje para envío o distribución de:

(1) Productos agrícolas;

(2) Productos cárnicos y pesqueros; y

(3) Alimentos perecederos.

Faltó una coma serial después de “envío”. La corte encontró que el significado exacto del contrato era, por lo tanto, confuso, y sentenció al empleador a efectuar el pago correspondiente por horas extras. El caso podría haber sido apelado, pero, según The New York Times, en 2018 las partes acordaron un pago como respaldo de cinco millones de dólares y se modificó el contrato con la intención de hacerlo más preciso. Se eliminaron las comas y en su lugar se introdujo un uso inusual del punto y coma:

El enlatado; procesamiento; conservación; congelación; secado; comercialización; almacenamiento; embalaje para envío; o distribución de:

(1) Productos agrícolas;

(2) Productos cárnicos y pesqueros; y

(3) Alimentos perecederos.

Pero ¿qué nos dice la investigación? Karsten Steinhauer es profesor de neurociencia cognitiva en Canadá. Junto con otros colegas, indagó

cómo la coma serial afecta el cerebro, incluso hizo pruebas con lectores alemanes. La conclusión de Steinhauer fue que la coma extra no facilita la lectura, pero tampoco causa daños. Sin embargo, está de acuerdo en que la coma serial puede ser usada en contextos para ayudar a evitar malentendidos, como en este clásico ejemplo:

Hemos invitado a los strippers, John F. Kennedy y Joseph Stalin.

Es poco probable que Stalin se haya desnudado alguna vez en público, aunque la frase citada podría sugerirlo. Tampoco estuvo involucrado cuando una coma hizo que la gente explotara de furia en la Rusia de 1905, debido a la responsabilidad de uno de sus predecesores, el zar Nicolás II. En septiembre de aquel año, los impresores de la casa editorial Ivan Sytin de Moscú se declararon en huelga. Exigieron el pago no solo por la cantidad de palabras sino también por la puntuación. Ese fue el preludio de lo que luego se conoció como la "huelga de coma". Los impresores pronto ganaron el apoyo de los trabajadores de otras ramas profesionales, el comercio y la industria, así como también de otras ciudades: panaderos, ferroviarios, abogados, empleados de banco e incluso bailarines de ballet. Los efectos se extendieron por todas partes en lo que se considera una de las huelgas generales más completas de la historia, y el zar Nicolás II se vio obligado a dar a la nación rusa su primera constitución. Y todo empezó con una coma.

Las reglas de la coma

Entonces, ¿cómo se debe usar la coma? Las reglas son extensas y pueden dar lugar a dudas recurrentes. Históricamente, las convenciones para la coma se basaban en el pensamiento gramatical. Con los años, el principio de la pausa retórica y la importancia rítmica también fueron tomados en consideración. De esta forma, lo retórico y lo gramatical juntos producen a menudo una buena solución, aunque no siempre. ¿Qué debería pesar más cuando el uso rítmico entra en conflicto con la gramática? La regla principal es que se debe escribir de tal manera que el lector pueda comprender con facilidad lo que se desea expresar. La claridad expresiva se ubica por encima de cualquier otro argumento.

La coma debe establecer límites entre los elementos del contenido que no están muy cercanos, cuando la oración aún no está completa. En consecuencia, no se corresponde con un signo conclusivo, como el punto, la interrogación o la exclamación. No se debe colocar una coma entre dos oraciones que deben leerse juntas para dar al lector el significado completo. Otro principio general es que se debería colocar una coma donde naturalmente habría una breve pausa en la lectura.

¿Sufrís de fobia a las comas? Entonces podés recurrir a la mejor regla de todas: ordená tus oraciones. Utilizá frases breves y puntos finales. También podés contar con un bonus extra si le dedicas dieciocho o veinte minutos a aprender sus reglas.

Inspirados en The Comma Project [El proyecto coma], llevado adelante por Miles Maguire en la Universidad de Wisconsin, los beneficios que surgen de un buen uso de la coma pueden enumerarse de la siguiente manera:

Serás uno en un millón, o al menos no estarás muy lejos de eso.

Es mejor que pasar el resto de tu vida en la niebla.

Impresionarás a tus amigos y a tus profesores, en caso de que tengas alguno.

Tendrás una línea de comunicación que nadie más tiene: “¿Querés venir a casa a estudiar las reglas de la coma?”.

Obtendrás menos marcas en rojo a las respuestas que hayas entregado.

La corrección de los textos de otras personas merecerá una justificada atención.

No es seguro que a todo el mundo le guste que corrijas sus errores, pero así descubrirás quiénes son tus verdaderos amigos. Ellos apreciarán tu manejo perfecto de la coma.

Siempre tendrás algo de lo que ocuparte. Si estás aburrido, podrás buscar en el periódico los errores en el uso de la coma.

Y lo más importante: tu escritura mejorará. Si situás las comas en los lugares correctos, escribirás lo que tengas intención de escribir. Tus textos serán más fáciles de leer, de modo que habrá una mayor probabilidad de que tus palabras sean más eficaces.

Algunos otros signos de puntuación

Los dos puntos: aquí vienen

Aristófanes ya se ocupó de los dos puntos, pero no en el sentido actual que adquirió el término. Cuando desarrolló su sistema de puntuación, hace dos mil doscientos años, un punto ubicado en la parte inferior de la línea (la misma posición en la que hoy se sitúa el punto) estaba destinado a indicar una pausa de duración media cuando el texto debía ser leído en voz alta. Esta subdistinctio debía ir después de un colon, encargado de indicar una pausa más larga que una comma pero más corta que un periode. Los términos utilizados por Aristófanes no se refieren a los signos sino a unidades de texto de diferentes longitudes.

Los términos se mantuvieron, pero ahora significan algo bastante diferente. En lo que respecta a los dos puntos, su apariencia visual también es completamente diferente. Se ha utilizado de muchas formas. Actualmente, es un signo especial con un uso claramente definido: llevar la atención del lector hacia adelante. Su uso es sencillo y no provoca graves inconvenientes, siempre y cuando no se lo confunda con el punto y coma.

Los dos puntos se pueden utilizar para varios propósitos: citar ejemplos, dictar enumeraciones iniciales o dar explicaciones, y en algunos idiomas también para introducir un discurso directo. Usamos los dos puntos con el fin de preparar al lector para algo importante por venir o como premisa a una conclusión o a una relación de causa y efecto. Además, es muy útil tenerlos a mano cuando resultan forzadas otras fórmulas, como la poco elegante “a saber”:

Tenemos tres perros en la familia: Peik, Fant y Mora.

Ahora solo extraño una cosa: los helados.

La dificultad principal con los dos puntos radica en la elección entre una minúscula y una mayúscula luego del signo. En noruego, la regla indica que luego de los dos puntos es aconsejable una mayúscula, pero en inglés y en español, por ejemplo, se utilizan minúsculas. Las excepciones están reservadas para dos casos:

Cuando la frase que sigue a los dos puntos incluye un nombre propio: No quedan dudas de quién habría ganado las elecciones: Donald Trump.

O bien cuando los dos puntos van seguidos de una cita: Donald Trump: "Nadie amenaza a los Estados Unidos".

Paréntesis

Los paréntesis (como muchos otros signos de puntuación) probablemente tengan su origen en el humanismo italiano. Coluccio Salutati (1331-1406) fue canciller de la República de Florencia. Fue educado en Bolonia, y ya lo hemos encontrado anteriormente en este libro debido a su aporte para mejorar el signo de exclamación. En 2017, el lingüista italiano Massimo Arcangeli consignó que Salutati utilizó por primera vez el paréntesis en De nobilitate legum et medicinae (1399). Este signo de puntuación recibió varios nombres; por ejemplo, Erasmo de Rotterdam prefería el término lunulae (que significa "luna creciente"). Cuando Aldo Manuzio publicó la obra De Aetna en 1494, los paréntesis ya estaban instalados (junto con otras innovaciones, como las formas modernas de la coma y el punto y coma).

Los paréntesis vienen en muchas variedades. Aquí nos contentaremos

con observar los más comunes (que se parecen a esto). El mensaje que buscan transmitir es que viene algo que creo que pertenece aquí, pero que se puede omitir. Colocamos entre paréntesis abreviaturas, aclaraciones y explicaciones. Se considera que la información que aparece allí es menos importante que la que está entre dos comas, y mucho menos importante aún que la que se encuentra entre dos guiones.

Gritó fuerte (y no sin razón) que la cena estaba lista.

La información de que tenía razón en gritar fuerte en esta oración no es tan relevante, razón por la cual se entrega entre paréntesis (como una nota al margen).

En la mayoría de los casos preferimos las comas, porque los paréntesis dan una señal de pausa más clara. Usar muchos paréntesis inhibe el flujo y el progreso del texto. (Y siempre es mejor que el mensaje entre paréntesis sea breve, de lo contrario, el lector perderá el hilo de la idea principal). Sin embargo, los paréntesis nos dan la oportunidad de decir dos cosas al mismo tiempo. Puede que salga bien, pero la regla básica para cualquier escritura sigue siendo: digamos las cosas importantes primero. Luego, decimos las siguientes.

Como dijimos antes, en el caso del español, tanto cuando el paréntesis llega al final de la oración como cuando contiene una oración independiente completa, el punto debe ponerse después del paréntesis de cierre (como aquí). (Y como aquí).

Rayas y guiones

Las rayas se parecen al guion, aunque son un poco más largas. Estos dos signos no tienen nada en común, aunque visualmente sean muy similares. La raya también guarda cierta semejanza con la virgula planus diseñada por Boncompagno alrededor de 1300 en Bolonia, pero

su planus marcaba un final, a la manera del punto.

Nuestra raya es un signo joven. La usamos para introducir diálogos, para enmarcar las intervenciones del narrador en textos narrativos o las del transcriptor dentro de una cita textual; también para hacer punteos o introducir aclaraciones o incisos. En muchos casos, usar una raya, una coma o un paréntesis es cuestión de gustos:

Gritó fuerte —y no sin razón— que la cena estaba lista.

El mensaje de que la comida estaba servida es claro y contundente.

Gritó fuerte, y no sin razón, que la cena estaba lista.

El mensaje sigue siendo claro, pero no tan contundente como cuando usamos rayas.

El guion, en cambio, tiene otros usos, como cuando queremos indicar dos fechas, años de nacimiento y muerte en las biografías, números o cantidades aproximados, rutas entre lugares y distancias:

23 de septiembre de 2014-22 de octubre de 2014.

El poeta James Joyce (1881-1941).

Capacidad de público sentado: 200-300 personas.

Tomar 10-12 litros de agua.

El autobús Moss-Fredrikstad.

2-3 millas más adelante.

En estos casos, no hay espacio antes ni después del guion.

2

. En español en el original. [N. del T.]

3

. En español en el original. [N. del T.]

4

. April Fools' Day, Poisson d'Avril o Pesce d'Aprile es un día dedicado a las bromas, celebrado en diversos países de Europa. Es homólogo al Día de los Inocentes celebrado el 28 de diciembre en España e Hispanoamérica. [N. del T.]

5

. Kalle Anka es el nombre nórdico para el Pato Donald. [N. del T.]

6

. Expresión de difícil traducción al español. En noruego, la frase "La oss spise bestemor" cambia de sentido según se introduzca o no una coma antes del último término. Con coma, la abuela funciona de vocativo: "Vamos a comer, abuelas"; mientras que sin coma funciona

de objeto directo: “Vamos a comer abuelas”. Sin dudas, para las abuelas, la presencia o ausencia de la coma se vuelve crucial. [N. del T.]

7

. Nuevamente, la ambigüedad presente en estos tres ejemplos es difícil de trasladar al español, por las características propias del idioma. El sentido de las tres oraciones, en noruego, inglés y alemán, respectivamente, cambia por completo dependiendo del lugar donde se ubique la coma. El ejemplo en noruego, con la coma antes de la negación, se traduciría: “Colgalo, no me esperes”; mientras que con la coma después de la negación sería: “No lo cuelgues, esperame”. Algo similar ocurre con los otros dos ejemplos. [N. del T.]

8

. En inglés en el original. [N. del T.]

9

. Una vez más, el sentido cambia según el lugar donde se ubique la coma, antes o después de la negación. En el primer caso, la traducción al español sería: “Colgalo, no lo indultes”; mientras que en el segundo se traduciría: “No lo cuelgues, indultalo”. [N. del T.]

PARTE III

Una filosofía para un mundo en movimiento

En su novela El jorobado de Notre-Dame (1831), Victor Hugo escribió sobre la Baja Edad Media en París. Estaba en marcha el triunfo de la impresión de libros, y el archidiácono Claude Frollo había dimitido:

Y abriendo la ventana de su celda señaló con su dedo la inmensa iglesia de Notre-Dame que, delineando contra el cielo estrellado la silueta negra de sus dos torres, sus flancos de piedra, sus monstruosas caderas, parecía una colosal Esfinge de tres cabezas sentada en medio de la ciudad.

Por un momento, el archidiácono contempló el gigantesco edificio en silencio. Luego extendió su mano derecha hacia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa, y la izquierda hacia Notre-Dame. La mirada se deslizó con tristeza del libro a la catedral. "¡Ay!", dijo en un suspiro, "uno terminará por matar al otro" […]. Uno terminará por matar al otro. El libro acabará con el edificio.

Lo que Frollo temía no era al libro en sí mismo, sino que el monopolio de la Iglesia sobre la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, se derrumbaría. Mientras la palabra de Dios fuera impartida oralmente, las autoridades clericales conservarían el poder y la autoridad para interpretar o editar el contenido. La forma en que se pronunciaban las letras, las palabras y las oraciones podía ser determinante para la comprensión. ¿Dónde podrían las pausas enfatizar el significado aprobado? ¿Dónde debería insertarse una exclamación?

¿Cuándo era necesaria una pregunta retórica? Ahora, los textos estarían anotados y serían publicados en libros impresos al alcance de cualquiera que pudiese leerlos e interpretarlos. Como resultado, el clero perdería el monopolio de la interpretación. Eso fue lo que provocó los escalofríos de Frollo.

El mismo temor que afectó a Claude Frollo se apoderó de quienes creen que el lenguaje escrito será pervertido y destruido en el presente milenio. La digitalización aparece ahora como el Lobo Malo, y no es algo agradable. Escribimos cada vez más, aunque, al mismo tiempo, lo hacemos cada vez menos en papel. ¿Y con tinta o lápiz? Rara vez. Quizá para enviarle una tarjeta a una tía abuela en Navidad. El teórico mediático superestrella de los años sesenta, Marshall McLuhan, escribió detalladamente sobre el significado de la revolución del arte impreso. Hace cincuenta años, McLuhan también predijo la revolución de los medios electrónicos, y esto suele interpretarse como un discurso fúnebre para la palabra escrita.

En realidad, no es así como hay leer a McLuhan, porque lo que él señaló es mucho más que esto. En 1962, en La galaxia Gutenberg, escribió que el arte de la impresión en realidad no cambió nada sobre la escritura misma; el principal cambio fue de época, como cuando el caballo se vio reemplazado por el automóvil. Ahora también tenemos aviones y viajamos más rápido que antes. No es una ley de la naturaleza que la digitalización signifique el principio del fin para el lenguaje escrito, pero para evitar la desaparición del lenguaje escrito, debemos gestionar de la mejor manera posible una tradición de escritura que lleva más de dos mil años. Después de la caída del Imperio Romano, la capacidad de comunicarse por escrito se vio muy debilitada. Esa puede que no sea la razón principal por la que las cosas salieron como lo hicieron en los primeros siglos de la Edad Media, pero no es descabellado suponer que exista una conexión. En términos históricos, las cosas mejoraron con civilizaciones que sostuvieron el lenguaje escrito, utilizándolo, refinándolo y adaptándolo para su conservación.

Vivimos en una cultura posmoderna dominada por las pantallas. Cada vez tenemos más comunicación con letras, palabras y oraciones planteadas en pantallas gradualmente más pequeñas. Antes teníamos teléfonos con cables que salían de la pared. En la década de 1990, se cortaron los cables y comenzamos a hablar por teléfonos inalámbricos.

Hoy hablamos menos, pero escribimos más en teléfonos móviles, tablets o computadoras, y pronto lo haremos en nuestros anteojos, relojes o cinturones. Cuando escribimos a través de los nuevos canales de las redes sociales, lo hacemos casi de la misma forma en que hablamos. El lenguaje escrito se encontró con lo oral y no queda más que reconocerlo: los ideales clásicos del texto escrito no pueden trasladarse de manera automática y completa a los nuevos canales y géneros mediáticos. Esto significa que cuando enviamos mensajes de texto, agregamos textos y fotos a Snapchat o escribimos en el grupo de chat familiar en Messenger, está perfecto usar palabras que no figuran en el diccionario, añadir algún emoji extraño y preocuparse un poco menos por la puntuación que cuando escribimos en el trabajo o en la escuela, o bien para la organización que representamos.

Con el cambio de milenio, Jay David Bolter escribió Writing Space [Espacio de escritura], un libro sobre computadoras, hipertexto y algo que llamó remediation of print [remediación de la impresión]. El punto clave de Bolter es que el lenguaje escrito tuvo que adaptarse a los cambios. En la Edad Media, el papiro se descartó en favor del pergamino, y luego del papel. Más tarde, los libros escritos a mano fueron reemplazados por libros impresos. Y ahora se complementa la escritura en papel con la escritura electrónica. Según Bolter, cada uno de estos cambios es seguido por una remediación: el lenguaje escrito se adapta al nuevo medio. Mucho se conserva, pero los elementos nuevos también ingresan al idioma. La remediación a la que asistimos implica que la palabra escrita ahora se transmite de muchas más formas que antes. Cien años atrás, cuando nuestros abuelos escribían, existía una norma dictada por la lengua del Estado como ideal. Más recientemente, hicieron su irrupción nuevos géneros y formas de escritura que impulsaron el camino a seguir. Algunas de ellas representan un renacimiento de la forma en que escribieron los antiguos griegos: el lenguaje oral escrito. Asimismo, podemos ver cómo formas prealfabéticas de escritura van ganando terreno. Donde los semitas usaban ideogramas similares a imágenes para escribir, ahora tenemos una gran cantidad de emojis para elegir. 😊

La escritura tradicionalmente respondió a un monólogo planificado, estructurado y formal, mientras que hablar ha sido (a menudo) un diálogo espontáneo, no estructurado e informal. Nuevos géneros, medios y situaciones de escritura derivaron en un híbrido, algo que no responde en sentido estricto a escribir ni a hablar. Escribir en el chat es

algo a medio camino entre una cosa y la otra. Ocurre rápido, pasa de forma descuidada, y el texto que tecleamos no está destinado a la posteridad. Casi se podría decir que ni siquiera sobrevivirá a mañana.

¡Viva el lenguaje escrito que se está utilizando en este nuevo contexto! Sin embargo, al mismo tiempo, debemos recordar que cuando nos sentamos en nuestros escritorios y tenemos que transmitir por escrito información en los formatos clásicos, deberíamos hacer un esfuerzo por expresarnos de acuerdo con los ideales que aprendimos en la escuela: lógica, coherencia, una ortografía correcta y un estilo de puntuación que facilite la comunicación. En realidad, esto es algo que deberíamos hacer tanto si nos estamos comunicando en papel o a través de una pantalla.

¿Qué implica realmente poder escribir? Kjell Lars Berge, profesor de lingüística, respondió al respecto en el Día del Lenguaje de 2015:

La regla fundamental es escribir correctamente. Durante muchos años se creyó que esto era algo que destruía el placer de los alumnos por la escritura, por lo que no se le puso tanto énfasis. Eso fue un completo malentendido. La gramática y la puntuación deben ser bien enseñadas y aprendidas de inmediato.

¡De inmediato!

La tecnología del pensamiento

Este libro describió el desarrollo de algunas de las convenciones sobre cómo debe utilizarse el lenguaje. La puntuación es un elemento que se introdujo tarde, aunque actuó como una poderosa fuerza impulsora de la tecnología del lenguaje escrito. El origen griego de la palabra "tecnología" es téchne, que significa "arte" o "habilidad". En su diálogo Fedro, Platón define al alfabeto mismo como téchne. En este libro, lo tomamos como una buena señal, aunque el propio Platón era muy escéptico respecto del lenguaje escrito. Creía que escribir acabaría por destruir nuestra memoria y nos haría dependientes de ayudas externas. Esa fue su opinión, y es una crítica del lenguaje escrito que puede reconocerse en un escepticismo mucho más reciente con respecto a las calculadoras y las computadoras.

El lenguaje escrito es una tecnología que no se debe obviar. En Oralidad y escritura, Walter J. Ong, el Gran Hombre de la investigación literaria estadounidense, sostiene que tecnológicamente el lenguaje escrito es mucho más importante que la imprenta y la computadora. De hecho, agrega que ningún invento cambió más el pensamiento humano que la escritura. El profesor Anders Johansen destaca el hecho de que el lenguaje escrito es una tecnología del pensamiento. En su libro Skriv! [¡Escribe!], elogia el poder mágico de la escritura de la siguiente manera:

No escribes tus pensamientos. Cualquiera que tenga alguna experiencia con la escritura sabe que esto no es así. Los pensamientos surgen durante el proceso, como resultado del esfuerzo real de formularlos. Lo que acabo por escribir suele ser completamente diferente de lo que tenía en mente cuando decidí empezar a escribirlo. Si no me tomé el trabajo a la ligera, siempre es mucho más asombroso: no tenía idea de que todo eso estaba adentro mío.

Y el profesor Johansen les dice a sus alumnos: “Escriban las oraciones completas, y asegúrense de hacerlo de forma gramaticalmente correcta”. Según su experiencia, los estudiantes se dan cuenta inmediatamente de que no pueden escribir mientras hablan, necesitan tomar muchas decisiones que antes podrían haber evitado. Luego descubren algunos recursos lógicos en su propio sentido del lenguaje: escribir con coherencia gramatical es forzar el pensamiento a ser coherente.

El lenguaje no existe en función de la gramática, sino que, por el contrario, es la gramática la que existe en función del lenguaje. Y es por este motivo que la gramática desarrolla un importante trabajo en beneficio del lenguaje escrito. La puntuación es una parte avanzada del software tecnológico del pensamiento. El lenguaje escrito no es natural, y la puntuación mucho menos. Se requiere de esfuerzo para aprender algo tan tedioso y por momentos difícil, como la puntuación, pero al mismo tiempo esto ayuda a producir textos claros, fluidos y coherentes.

El consuelo es que aprender a utilizar el punto y coma es como aprender a andar en bicicleta o a nadar. Una vez que aprendimos a hacerlo, la habilidad permanece con nosotros por el resto de nuestras vidas. Si pasó mucho tiempo desde que nadaste o pusiste una coma en una frase, al principio quizá te sientas algo incómodo y oxidado, pero al cabo de algunas sesiones de práctica, volverás a retomar el ritmo y encontrarte donde estabas. Las reglas de la gramática son una parte de nuestro inconsciente. Conocemos las reglas y sabemos cómo armar oraciones para comunicar una opinión de manera efectiva. Tenemos incorporado el sentido de lo que significa un lenguaje rico y gramaticalmente correcto. Debemos llevar este sentido con nosotros lo más lejos posible, y en el camino puede ser útil saber que, si la gramática existe en nuestro subconsciente, también puede ser verdad que el subconsciente se forme como resultado de nuestros propios esfuerzos cuando intentamos escribir tan bien como sea posible, es decir, de forma clara, correcta y bien estructurada.

Esto no es algo que se le haya ocurrido al autor de este libro en un arranque de entusiasmo; la idea, en realidad, proviene de Freud. Sigmund Freud. Él entendía que la base de nuestra autoestima se crea a través de la escritura. En consecuencia, de acuerdo con Freud, sos lo que escribís. Y luego, ya por cuenta propia y sin su apoyo, me gustaría agregar lo siguiente: ¿te gustaría leer un texto descuidado, escrito con

una lógica equivocada, errores ortográficos y una puntuación aleatoria e inconsistente?

Los más escépticos en relación con las opiniones de Freud quizá puedan contentarse con una conclusión más moderada: cuando le escribimos a alguien que no nos conoce, nosotros y el texto tenemos la misma importancia.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

La puntuación en nuestro tiempo

Redes sociales, posmodernismo, individualismo y globalización: muchas etiquetas se adjuntan para caracterizar nuestro tiempo, y todas ellas pueden iluminar nuestra vida como personas que escribimos. Escribimos muchas cosas diferentes en el transcurso de un día breve, y la variedad también se aplica a la puntuación.

Presentamos aquí un día en la vida de Anne como escritora:

7.00 h: Anne se levanta y revisa su celular. Responde un mensaje de Snapchat. Escribe en dialecto y termina con un emoji.

8.30-10.30 h: Anne se sienta frente a su computadora en el trabajo. Empieza su jornada laboral escribiendo de ocho a diez correos electrónicos. Se esfuerza por escribir correctamente y con la puntuación que aprendió en la escuela. En su correo a un buen colega y amigo, usa un lenguaje un poco menos formal y termina con una selección de emojis positivos.

12.00 h: ¡Almuerzo! Anne utiliza su tiempo libre para comentar publicaciones en Facebook y comunicarse con amigos por mensajes de texto u otros canales de comunicación rápidos. Escribe como si estuviera charlando, sin editar, y sin detenerse en el uso de comas y puntos. Lo más probable es que use muchos ¡¡¡¡signos de exclamación!!!!

14.00-16.00 h: Anne tiene una reunión de planificación. Toma notas sin cesar en su notebook. Descubrió que este es el modo más eficaz.

Sin embargo, cuando regresa a su oficina, reescribe: edita, pule el texto, y revisa cuidadosamente que toda la puntuación esté en su lugar. Es lo más correcto y apropiado. Sin embargo, la reunión fue aburrida y larga. Todos los participantes parecían estar la mayor parte del tiempo preocupados por los mensajes que les llegaban a sus teléfonos móviles, excepto cuando les tocaba hablar. Anne trató de no hacerlo, pero de todas formas echó una mirada rápida y contestó apresuradamente algunas cuestiones durante la reunión. ¿El lenguaje? Y... más o menos.

20.00-21.00 h: Anne es ambiciosa. Sigue estudiando para estar más calificada y escribe un ensayo para el curso que está haciendo. El lenguaje es preciso, claro y lógico, y utiliza una puntuación que enfatiza el mensaje.

23.00 h: ¡Hora de dormir! Lo último que hace Anne antes de doblar el edredón es charlar con amigos. Las palabras llegan ágiles y veloces y se comunican en tiempo real, sin demasiadas reflexiones editoriales. Tampoco se preocupa por la puntuación, y sabe que la conversación no terminará con un punto, sino con una carita sonriente. Ya lo intentó antes. ¡Un punto! De usarlo, el destinatario pensaría que Anne está de mal humor o enojada por algo, y ella no quiere que sea así.

El día de escritura de Anne es bastante típico. Tiene muchos roles como escritora. Hay incluso más destinatarios, con diferentes expectativas. Ella escribe en varios contextos y géneros diferentes y se comunica a través de muchos canales. Esto tiene un efecto concreto en su lenguaje. Tiene un buen dominio sobre los diversos formatos y elige sus posibilidades con cuidado, de acuerdo con las reglas que le indican que el mensaje debe adaptarse a su propósito, grupo objetivo y contexto. En consecuencia, Anne también maneja muchos esquemas de puntuación, lo que confirma los resultados de una investigación actual llevada a cabo en Gran Bretaña y Australia. Se trata de un estudio de 2014 que investigó la relación entre el lenguaje incorrecto utilizado por los jóvenes en mensajes de texto y el lenguaje que los mismos jóvenes utilizan en situaciones escolares clásicas. La principal conclusión de los

investigadores fue clara: el incorrecto uso del idioma en los mensajes de texto no debe malinterpretarse como un signo de falta de conocimiento. Los jóvenes no transfieren dichos errores a contextos donde se requiere un uso correcto del lenguaje. La razón que hace especial al mensaje de texto tiene que ver, en parte, con la velocidad y, en parte, con la expectativa social de un uso no convencional del lenguaje entre los jóvenes.

Un estudio holandés de 2016 subraya el hecho de que los estudiantes saben que el textismo no es bien recibido en la escuela. Los jóvenes conocen los géneros y tienen claro qué convenciones de escritura se aplican en qué contextos. Cuando escriben mucho en mensajes de texto y en otros canales digitales, se divierten y se acostumbran a ese estilo, pero tienen absoluta conciencia de que no se puede aplicar de igual forma en otras áreas. De este modo, los investigadores concluyen que, si existe una conexión entre el textismo y la habilidad de escribir, esta es positiva: cuantos más jóvenes escriban, mejor, incluso si la mayor parte de su escritura es informal.

¿Eso significa que podemos encogernos de hombros, dar un suspiro de alivio y asumir que nuestro estándar acordado para la puntuación tiene un futuro seguro por delante? No necesariamente. En un artículo titulado “Commas and canaries: the role of punctuation in speech and writing” [Comas y canarios: el papel de la puntuación en el habla y la escritura], la lingüista estadounidense Naomi S. Baron esboza tres posibles direcciones en el desarrollo de la puntuación del futuro. Como punto de partida, el artículo se concentra sobre la puntuación en inglés, pero hay poco en él que separe entre las comunidades de lenguas europeas, por lo que las predicciones de Baron tienen una amplia validez. El trasfondo del uso de Baron de la metáfora del canario proviene de una leyenda alemana según la cual estos simpáticos pajaritos fueron utilizados como un sistema de alarma en las minas. Los canarios enjaulados eran llevados a las minas y, si uno dejaba de piar, era la señal para que todos evacuaran de inmediato: o había poco oxígeno en los túneles o gases peligrosos en el aire.

Según Baron, se puede hacer un paralelismo entre esta historia y los cambios en el idioma. Ella cree que estos cambios son difíciles de documentar de una manera sencilla, pero que también aquí es posible encontrar algunas especies que oficien de centinelas. No son canarios, sino que se los conocen por otros nombres: punto, coma, punto y coma

y dos puntos. La conclusión de Baron es que los cambios en la puntuación indican cambios en la forma en que nos comunicamos.

¿Cómo se desarrollarán las cosas? Según Baron, hay tres escenarios posibles:

1. La tendencia continuará

Si la tendencia actual continúa, es probable que usemos menos signos de puntuación. La puntuación se volverá más clara. También puede ocurrir que pongamos menos énfasis en la gramática y más sobre lo que nos dice nuestra voz interior, para revelar un tipo de puntuación que refleje la forma en que hablamos. A medida que las oraciones se acorten, se requerirán menos signos y muchos educadores cuestionarán la puntuación basada en la gramática. Además, la comunicación oral y la escrita en la actualidad cumplen muchas funciones comunes; Baron no ve una diferencia significativa entre enviar un breve correo electrónico y dejar un mensaje en un contestador automático o un mensaje de voz.

2. Habrá un renacimiento de la puntuación gramatical

Un resultado menos probable, aunque posible, es que la puntuación basada en la gramática fortalecerá su posición, al menos cuando se trate de escribir en contextos formales. Una cantidad creciente de escritura profesional en contextos laborales, escolares y organizacionales está pasando del papel a Internet. Entonces, ¿por qué la puntuación no puede llegar a ser parte de eso?

3. Esquizofrenia permanente

Quizá la dirección más probable sea la presencia de un estado de continua esquizofrenia: queremos puntuar en parte sobre la base de análisis gramaticales y en parte sobre lo que sucede cuando el texto debe ser leído en voz alta. Esta última variante puede verse como un renacimiento de la puntuación retórica de la Antigüedad, cuando los textos debían leerse en voz alta, pero en nuestros tiempos se trata más de insertar la puntuación de manera tal que el texto adopte la forma de la oralidad. Baron cree que el futuro traerá una solución mixta, en la que no habrá un solo tipo de puntuación para todo y para todos, y predice que aumentará la diferencia entre las normas oficiales y la puntuación utilizada por los hablantes de la lengua.

Un sistema de puntuación para nuestro tiempo

La historia del lenguaje escrito —y, por lo tanto, de la puntuación— nunca llegará a su fin. El idioma cambia a medida que lo usamos. Las nuevas tecnologías, tanto en lo que hace al arte de la impresión como a la distribución digital en la web, brindan pautas y marcos de referencia sobre cómo escribimos. Quienes estamos interesados por el lenguaje escrito debemos recordarnos mutuamente que el desarrollo del lenguaje no puede reducirse a un simple determinismo tecnológico en el que permitamos que estas tecnologías decidan acerca de cómo vamos a escribir. Es algo que debemos decidir por nosotros mismos.

Escribimos mejor, más rápido y con mayor eficacia si usamos los signos de puntuación de forma consciente, coherente y de manera más o menos acorde a las convenciones establecidas por nuestra sociedad. Escribir es comunicar y, como tantas otras, la palabra "comunicación" tiene su origen en el latín: comunicare. La etimología del término tiene que ver con comunidad, comprensión y conexiones. Si queremos comunicar bien cuando escribimos, no podemos ceñirnos a reglas individuales sobre cómo escribir, construir oraciones o puntuar. En otras palabras, aún es necesario sostener algunas reglas básicas comunes para la puntuación. Cuantas más pautas comunes compartamos en el acto de comunicar, mejor nos entenderemos.

Hoy en día, todos los que poseen un teléfono inteligente tienen una herramienta de publicación capaz de distribuir mensajes que, en teoría, pueden llegar a cualquier parte del mundo en segundos. Sin embargo, también sabemos que nuestros mensajes no son necesariamente registrados, entendidos e interpretados por los destinatarios de la manera en que nosotros lo deseamos y esperamos. La tecnología le dio a cada persona un potencial estatus de editor, por lo que la batalla por la atención se hizo mucho más difícil. En nuestro tiempo, resulta más fácil que nunca poder hablar, pero es más difícil ser escuchado, por no decir comprendidos. Si deseamos ser entendidos, no podemos escribir

de acuerdo con el credo posmodernista del anything goes [todo vale].

Las investigaciones neurolingüísticas confirman lo que creemos: una correcta puntuación nos ayuda a comprender más rápidamente lo que otros escriben. En un estudio de 2018, los investigadores estadounidenses Lindsay Heggie y Lesly Wade-Woolley concluyen que la puntuación le informa al lector cómo se debe leer un texto. Cuando leemos, dividimos el texto en unidades que, según creemos, van juntas. Si la puntuación es convencional, el texto entrega con rapidez el significado deseado y se evitan posibles malentendidos. Los investigadores John E. Drury, Shari R. Baum, Hope Valeriote y Karsten Steinhauer llegaron a una conclusión similar al cabo de un estudio realizado en 2016. Midieron la actividad cerebral durante una lectura para descubrir cómo la voz interior que crea esa actividad afecta la comprensión. ¿Los resultados? Los lectores de habla inglesa dependen de las comas para entender un texto. A la misma conclusión se llegó previamente con lectores alemanes y chinos (aunque curiosamente no con los holandeses, algo que los investigadores se proponen profundizar para intentar averiguar las razones). La principal conclusión que arrojó la investigación es clara: cuando se utilizan comas en la forma esperada por el lector, el mensaje llega mejor y con más rapidez.

En la Antigüedad, Aristófanes fue el primero en crear un sistema en el que la coma, el punto y el punto y coma debían contribuir a promover una comunicación más clara. Más tarde, la puntuación tuvo sus altibajos (más bajos que altos, a decir verdad), pero en el Renacimiento, Aldo Manuzio y sus contemporáneos de ideas afines lograron poner en práctica un sistema de puntuación que acabó por convertirse en modelo para las distintas áreas lingüísticas de Occidente. Creo que, como punto de partida, deberíamos ceñirnos a este modelo cuando escribimos formal y profesionalmente. Si los límites de lo que producimos son más generosos, entonces contaremos con un margen de maniobra más amplio dentro del estándar para dar rienda suelta a ciertas preferencias personales y prácticas lúdicas.

Los códigos comunes del lenguaje fueron sin dudas una de las mayores fuerzas impulsoras detrás de los grandes avances que tuvieron lugar en Europa hace quinientos años, y el sistema de puntuación común una de sus bases fundamentales. En Det kreative samfund [La sociedad creativa], Lars Tvede escribió que ese código común aplicado al

lenguaje representa una condición indispensable para Occidente si sigue aspirando al ideal de dinamismo y creatividad cultural.

En su monumental obra sobre la historia y el poder de la escritura, el historiador francés Henri-Jean Martin sostiene la idea de que la gramática es la madre de todas las disciplinas creativas y que la lógica hizo posible dar forma a las reglas de la escritura. Ernest Hemingway también se encuentra entre los defensores de la puntuación convencional:

Mi actitud hacia la puntuación es que debería ser tan convencional como sea posible. [...] Deberías poder demostrar que podés hacerlo mucho mejor que nadie con las herramientas habituales antes de introducir tus propias mejoras.

¿Pero no fue Hemingway uno de los escritores más destacados del siglo pasado? Lo fue, sí, pero sin embargo seguía creyendo que debía haber buenas razones para desviarse de los principios y reglas que se aplican a la puntuación, es decir, tenía exactamente la misma posición que Pablo Picasso, cuyo principio creativo era: “Aprendé las reglas como un profesional, para poder romperlas como un artista”.

Hoy decimos que debemos romper los límites para poder avanzar. Puede que sea así, pero también es posible afirmar que, en lo que respecta a la puntuación, llevamos dos mil años reflexionando dentro de determinado marco; si desconocemos lo que este implica, la mayoría de nosotros nos moveremos en un terreno inestable al tener que comenzar a insertar signos de puntuación a discreción de acuerdo con nuestro propio criterio.

Sí, Picasso rompió las reglas, pero antes había aprendido a fondo su oficio. Lionel Messi hace cosas antinaturales con la pelota, pero para llegar a eso también practicó ejercicios sencillos y básicos miles de veces. El ajedrecista Magnus Carlsen a veces elige movimientos que parecen ir más allá de toda razón, contradiciendo incluso lo que recomiendan los libros, pero él también aprendió ajedrez alguna vez desde sus reglas básicas. Cuanto mejor conozcamos los principios, las reglas básicas, la configuración que la computadora llama

“predeterminada”, más favorable será la posición en la que nos encontraremos para que los signos de puntuación contribuyan a darle una calidad especial a nuestro texto.

Theodor W. Adorno (1903-1969) fue un filósofo alemán, musicólogo y agudo sociólogo que criticaba sin piedad la injerencia de las autoridades y otras instituciones de poder. Por lo tanto, nadie se habría escandalizado si él hubiese roto en mil pedazos las reglas de puntuación y las hubiese enviado al eterno coto de caza del lenguaje. Pero no lo hizo. Por el contrario, en un famoso artículo de 1956, Adorno trazó un hermoso paralelo entre música y puntuación:

No hay en el lenguaje elemento alguno que se parezca más a la música que los signos de puntuación. La coma y el punto corresponden a la cadencia media y la cadencia auténtica. Los signos de exclamación son como latidos silenciosos de platillos; los signos de interrogación operan como preludios optimistas; los dos puntos como acordes de séptima dominantes; y solo quien puede percibir el peso diferente de los fraseos fuertes y débiles en la forma musical, puede realmente advertir la distinción entre una coma y el punto y coma.

Incluso hasta el músico Adorno acaba también por concluir que las reglas pueden ser un punto de partida fructífero para la puntuación, como un eco contra el cual podemos probar nuestras elecciones:

Uno puede sentir la diferencia entre una voluntad subjetiva que rompe brutalmente las reglas y una delicada sensibilidad que permite que las reglas resuenen como un eco de fondo, incluso cuando se las aparta.

Dicho de otro modo y claramente: tenemos que conocer las reglas si pretendemos romperlas, y también debemos contar con una razón válida para ello. Las reglas son buenas sugerencias, pero no siempre se pueden utilizar a cualquier precio. Por eso, la autora británica Lynne Truss, en su obra Eats, Shoots & Leaves [Come, dispara y se va], exige

una tolerancia cero con las desviaciones. Podemos reconocer la misma idea en el trabajo del periodista alemán Andreas Hock, quien en su libro Bin ich denn der Einzigste hier, wo Deutsch kann? [¿Soy el único que sabe alemán aquí?] se burla de todos los cambios sufridos por el idioma alemán desde su concepción. Estos dos autores representan el lápiz rojo, el inquebrantable abogado defensor de las reglas, el policía que siempre sabe más y no toma la discreción como un valor que pueda y deba utilizarse. En especial cuando se trata de la puntuación, se da el caso de que a menudo hay incertidumbre sobre lo que está bien o mal, o sobre lo que funcionará tolerablemente bien y mejorará el texto. Los escritores competentes saben que hay opciones disponibles, diferentes signos de puntuación que producirán diferentes expresiones y matices, al punto de crear impresiones diversas. En su tesis doctoral sobre la puntuación en tres novelas suecas, Alva Dahl concluye que las habilidades puestas de manifiesto en la escritura avanzada e independiente están estrechamente relacionadas con la puntuación, lo que les brindará a escritores y lectores competentes la posibilidad de explotar y extraer más potencial del texto. Dahl cree que la puntuación puede contribuir a una mayor interacción entre el lector y el escritor, no solo otorgando límites y conexiones en el texto, sino también a partir de la concepción de impresiones visuales y auditivas. Dahl formula aquí una comprensión holística del fenómeno, en la que los signos de puntuación son algo más que la frutilla final del postre.

Incluso Ben Jonson, al escribir su gramática inglesa en 1617, se acercó al punto de equilibrio entre la puntuación gramatical y la retórica. Su visión del equilibrio se resumía en que la puntuación lógica mostraba el esqueleto y la estructura del lenguaje, mientras que la puntuación retórica marcaba el aliento del lenguaje, su respiración.

Nos aproximamos así a una filosofía de la puntuación que deberíamos saludar con entusiasmo. Se puede resumir de la siguiente manera:

La tarea más importante de la puntuación es contribuir a la comunicación, es decir que quien escribe coloque los signos correctos para que, en la medida de lo posible, el destinatario comprenda el mensaje de la misma manera en que el escritor lo creó. La puntuación debería ayudar a hacer más fácil, más simple y más rápida la lectura.

El sistema gramatical de puntuación asegura que los signos se coloquen de tal manera que articulen fragmentos del texto a partir de sus límites lógicos y conexiones.

El sistema retórico asigna a la puntuación las mismas tareas que debe realizar un orador al preparar una presentación oral: planificación del tono de voz, expresiones faciales, gestos, movimientos, pausas, ritmo, velocidad y entonación. Cuando escribimos, estos instrumentos no están disponibles, pero los signos de puntuación pueden ayudarnos a marcar, subrayar, enfatizar y moderar, al igual que lo hacen el cuerpo y la voz en una presentación oral.

Las reglas de puntuación están compuestas por una combinación de normas gramaticales y retóricas que indican lo que se debe hacer para llegar a una expresión correcta, en proporciones que varían de una comunidad lingüística a otra. La gramática y la retórica a menudo producen el mismo resultado. Cuando no lo hacen, hay que elegir. Si conocemos las reglas y estamos seguros de lo que los signos pueden hacer por nosotros, elegiremos el que proporcione la mejor comunicación; será de gran ayuda si tenemos una comprensión clara del contexto, el propósito, los lectores y el propio texto. Podría formularse de la siguiente manera: todo reside en la gramática, la retórica y la buena comunicación, estos tres elementos. Pero el más importante de ellos es, sin dudas, una buena comunicación, y por eso se deben aprovechar al máximo las posibilidades que ofrecen los signos de puntuación: el reflejo a partir de un punto y coma, la reorientación cuidadosa y momentánea de una coma, la maravilla de un signo de interrogación, la expectativa generada por los dos puntos, la emoción que provoca un signo de exclamación, y, por último, la conclusión del punto.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Los diez mandamientos de la puntuación europea

La puntuación es y siempre ha sido un asunto personal.

Malcolm B. Parkes, historiador de la puntuación

Los principios de la puntuación noruega son un buen punto de partida para comprender las reglas básicas europeas que son comunes. Aunque el punto de partida dista mucho de ser obvio.

La puntuación europea se reconoce en la tradición heredada de Grecia e Italia, con contribuciones significativas de Alemania, Francia y España. Cuando se lee la historia de la puntuación desde la perspectiva de Londres, Cambridge y Oxford, se tiene la impresión de que las reglas fueron desarrolladas y perfeccionadas a través del idioma inglés. Eso es un poco exagerado. Las islas británicas tuvieron sí cierto significado para la evolución de la puntuación gracias a los esfuerzos tenaces de los monjes irlandeses por puntuar las Biblias latinas hace mil doscientos años y el meticuloso trabajo de Alcuino de York como ministro de Educación del Imperio Carolingio, con sede en la Alemania actual.

¿Y los países nórdicos? Cuando Aristófanes insertó los primeros signos en Alejandría, ya teníamos bastante con ver cómo podíamos mantenernos calientes aquí en el norte; la verdad es que nuestra realidad no nos permitía disponer de mucho tiempo para pensar en cuán altos o bajos debían ser los puntos que se colocaban junto a las letras. De hecho, ni siquiera teníamos una lengua escrita. Es cierto que hicimos una contribución lingüística cien años después del nacimiento de Cristo, pero, lamentablemente, para peor. Los lombardos

conquistaron lo que ahora es el norte de Italia, poniendo el último clavo en al ataúd del Imperio Romano, y con eso la capacidad para expresarse por escrito fue rechazada. Nosotros, que veníamos del lejano norte de Europa, éramos bárbaros, y debieron pasar muchos siglos antes de que el lenguaje escrito volviera a andar por el camino correcto.

Cuando la puntuación se revitalizó gradualmente, alrededor de mil o mil cien años atrás, algunos pocos eruditos del norte de Europa también habían aprendido a leer y escribir, pero ni la escritura rúnica ni el nivel de nuestro lenguaje escrito parecían facilitar la lectura o la comprensión de un texto. Kys mik [bésame] fue el mensaje en una de las inscripciones rúnicas más antiguas encontradas en Gamlebyen (la Ciudad Vieja) de Oslo, y eso podría entenderse incluso sin un signo de exclamación.

De modo tal que la puntuación noruega pudo llegar a ser un modelo y un ejemplo a seguir para el resto de Europa. Para eso hubiésemos tenido que convencer a los demás europeos que contábamos con algo valioso que ofrecer, lo que se pudo haber logrado de haber sido más benévolo el clima sobre el canal de la Mancha en 1066. Por entonces, pudimos haber establecido la puntuación noruega como patrón europeo e incluso nuestra lengua pudo haber llegado a ser un idioma universal. Así que disfrutemos de esta historia marginal, escrita entre paréntesis, de lo que pudo haber sido y no fue.

(El rey inglés, Harold Godwinson, se vio amenazado tanto desde el norte como desde el sur. ¿Quién llegaría primero? William estaba en camino hacia Normandía, pero el clima en el canal de la Mancha era inestable, con fuertes vientos y grandes olas. Él y sus fuerzas, condicionados por el clima, permanecieron a salvo de la intemperie en el continente. El rey noruego, Harald Hardråda, llegaba desde el norte con sus vikingos y se encontraron con las tropas de Harold Godwinson en Stamford Bridge. Fue una dura batalla, en la que el equipo local logró un ajustado triunfo.

Mientras tanto, el clima en el canal de la Mancha se había calmado, por lo que William y sus hombres tuvieron un viaje fácil a través de la costa sur de Inglaterra. Los soldados de Harold Godwinson estaban preparados en Hastings, pero se encontraban cansados y debilitados después de la extenuante batalla contra los vikingos noruegos. William

tuvo un partido fácil. Se convirtió en el Conquistador y se aseguró de que el idioma inglés ya no fuera solo una mezcla de alemán, nórdico antiguo y celta, sino que absorbiera cada vez más palabras y expresiones del francés.

De haber soplado con menos fuerza el viento sobre el canal de la Mancha aquel otoño de 1066, William habría llegado a Inglaterra por primera vez para luchar contra el rey inglés. Cualquiera que hubiese sido el resultado, el ganador se habría agotado, por lo que Harald Hardråda podría haberse encaminado a la victoria. En tal caso, los buenos y malos hábitos lingüísticos del nórdico antiguo se habrían convertido en la fuente dominante para el desarrollo del lenguaje en lo que habría sido el Imperio Noruego. Entonces, Europa también habría aceptado amablemente las reglas de puntuación noruegas).

De acuerdo con cómo resultaron las cosas, tenemos que aceptar el hecho de que el noruego se encuentra entre los idiomas nacionales más pequeños de Europa. Nuestra lengua se desarrolló a partir del danés, que a su vez tiene ascendencia alemana. En consecuencia, nos vemos atrapados en una lengua escrita de origen alemán. Por lo tanto, nuestra puntuación está basada en un pensamiento lógico-gramatical, aun cuando estas reglas se fueron suavizando gradualmente. Ya en 1907, el Estado estableció como principio que la puntuación retórica debe servir de base para las reglas de la coma y, a lo largo de los años, la consideración de la claridad fue ganado terreno. La puntuación noruega se mantuvo libre de conflictos importantes y, a través de comités públicos y regulaciones del Språkrådet [Consejo de Idioma Noruego], que establece las reglas acerca de cómo se debe escribir, el lenguaje escrito adquirió un sistema de puntuación funcional que ofrece compromisos que salvaguardan lo mejor de diferentes esquemas de puntuación. En Noruega, hay un debate público en torno a de qué vamos a vivir cuando se terminen los ingresos provenientes del petróleo. ¿Cuál será el nuevo combustible? No creo que la puntuación noruega sea una buena alternativa.

Si Europa refleja algún idioma común, ese es el fútbol. Se dice que el papa Juan Pablo II lo expresó de esta manera: “De todas las cosas de la vida, el fútbol es la más importante”. Pero eso implica preocuparse tanto por el fútbol como por los idiomas. Una de las cosas más sabias que se dijeron sobre los idiomas en Noruega fue pronunciada por un entrenador de fútbol, Nils Arne Eggen, quien dirigió al Rosenborg bk y

alcanzó su momento de gloria con la victoria sobre el ac Milan en Italia durante un encuentro por la Liga de Campeones en 1996. Eggen, que también era filólogo y profesor, dijo: “El lenguaje no tiene nada que ver con la gramática, sino con la comunicación”.

Esta debería ser también la idea fundamental cuando intentamos establecer los principios y reglas básicas de la puntuación. La pregunta más importante sería: “¿Las reglas contribuyen a la buena comunicación o no?”.

A continuación, se muestran las diez reglas básicas para la puntuación, basadas en un sistema noruego que funciona bien. Diez reglas no alcanzan a contemplar todas las circunstancias y situaciones excepcionales que pueden presentarse en la escritura, pero establecen y especifican principios que también se pueden utilizar en casos que no se encuentran directamente cubiertos por la normativa.

Punto

Deténgase cuando termine una oración que proporciona la información completa. El punto muestra que se transmitió el mensaje. Es necesario hacer una pausa.

Coma

Se debe insertar una coma para separar cuidadosamente las partes del texto que están interrelacionadas pero no vinculadas de modo absoluto.

Coloque una coma entre oraciones colindantes (dos oraciones coordinadas o bien dos subordinadas/dependientes). Se demuestra así que las oraciones están vinculadas pero no pegadas. La coma indica que se debe hacer una pausa en la lectura. Poco sucedió así en los días

que siguieron, y el ánimo decayó.

Coloque una coma cuando aparezca una oración subordinada/ dependiente antes de una oración principal. La oración subordinada no puede sostenerse sola; necesita una oración principal para que la frase esté completa. Estará marcada por una coma escrita, que indicará una muy breve pausa cuando leamos. Cuando hayamos escrito una coma podemos cerrar la oración con un punto.

Coloque una coma después de una oración subordinada/dependiente que esté insertada dentro de una oración principal. Cuando escuchamos el rumor de que se había escapado, no lo creímos.

Ponga una coma antes de una subordinada o adverbios innecesarios, es decir, oraciones que proporcionan una información adicional que no necesita ser incluida para dar sentido a la sentencia completa. Las oraciones subordinadas prescindibles también pueden ir entre paréntesis. El equivalente oral es una pausa muy corta antes de la oración subordinada/dependiente. El latín, que durante siglos fue un idioma mundial, ahora ha quedado en el olvido.

Use comas en los listados. En la escuela aprendemos idiomas, matemáticas e historia.

Signos de interrogación

Coloque un signo de interrogación en lugar de punto después de una pregunta. En español, no olvide ponerlo también al inicio, en posición invertida. ¿Cuándo se debería poner un signo de interrogación?

Signos de exclamación

Coloque un signo de exclamación en lugar de punto cuando pretenda enfatizar lo escrito, expresar sorpresa, emoción fuerte o insistencia. En español, no olvide ponerlo también al inicio, en posición invertida:

¡Imagínense, la abuela vino a visitarnos!

El noruego como idioma mundial. ¡Eso hubiera sido grandioso!

¡Ahora debemos prestar atención!

Mandamientos comunes

Todas estas reglas se pueden romper si eso ayuda a lograr una escritura más clara, lo cual significa que el mensaje pueda ser comprendido mejor, más rápido o más fácilmente por el lector.

De lo contrario, utilice estos cuatro, e incluso otros signos de puntuación, de la mejor manera posible para transmitir su mensaje. Use los signos para lo que resulte más conveniente de acuerdo con las convenciones que se aplican en su comunidad lingüística. Adapte la puntuación al propósito del texto, el destinatario y el contexto. Un extremo sería una carta formal de su empresa al primer ministro; el otro, desear las buenas noches a la persona amada que se encuentra en otra parte de Europa. One size does not fit all [10]

.

10

. En inglés en el original. [N. del T.]

Bibliografía

Adorno, Theodor W. y Shierry Weber Nicholsen, “Punctuation Marks”, en: The Antioch Review, vol. 48, núm. 3, Poetry Today, verano de 1990, pp. 300-305 [trad. esp.: “Los signos de puntuación”, en: Obra completa, vol. 11: Notas sobre literatura, Madrid, Akal, 2003].

Arcangeli, Massimo, La solitudine del punto esclamativo, Milán, Il Saggiatore, 2017.

Baron, Naomi S., Alphabet to Email. How Written English Evolved and Where It’s Heading, Oxon, Routledge, 2001.

“Commas and canaries: the role of punctuation in speech and writing”, en: Language Sciences, vol. 23, núm. 1, pp. 15-67, 2001.

“The written turn”, en: English Language and Linguistics, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

Words Onscreen. The Fate of Reading in a Digital World, Nueva York, Oxford University Press, 2016.

Baum, Shari R., Inbal Itzhak, Efrat Pauker y Karsten Steinhauer, “Effects of cooperating and conflicting prosody in spoken english garden path sentences. erp evidence for the boundary deletion hypothesis”, en: Journal of Cognitive Neuroscience, vol. 23, núm. 10, pp. 2731-2751, 2010.

Bech, Kristin, Fra englisc til English. Et språk blir til, Oslo, Pax Forlag.

Beltramini, Guido y Davide Gasparotto, Aldo Manuzio. Renaissance in Venice, Venecia, Marsilio Edition, 2016.

Berg, San van den, “Marking his place: Ben Johnson’s punctuation”, en: Early Modern Literary Studies, vol. 1, núm. 3, pp. 21-25, 1995.

Berg, Tove, En utgreiing om prinsipper for kommatering og en oversikt over den faktiske bruken i nåtidsnorsk, Oslo, University of Oslo, 1975.

Berg Eriksen, Trond, Budbringerens overtak, Oslo, Universitetsforlaget, 1987.

Blek, Petter, Punktum, punktum, komma, strek, Oslo, Riksmålsforbundet, 2014.

Bolter, Jay David, Writing Space. Computers, Hypertext and the Remediation of Print, Londres, Lawrence Erlbaum Associates, 2001.

Bos, Ken van den, Jaap Ham, E. Allan Lind, Marieke Simonis, Wiljo J. van Essen y Mark Rijpkema, "Justice and the human alarm system. The impact of exclamation points and flashing lights on the justice judgement process", en: Journal of Experimental Social Psychology, vol. 44, pp. 201-219, 2008.

Bourdieu, Pierre, La distinction. Critique sociale du jugement, París, Éditions de Minuit, 1979 [trad. esp.: La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Madrid, Taurus, 2015].

Brody, Jennifer DeVere, Punctuation. Art, Politics, and Play, Londres, Duke University Press, 2008.

Brown, Goold, The Grammar of English Grammars, Samuel & William Wood, Nueva York, 1851.

Brufani, Stefano y Andrea Capaccioni, Trevi Culla del Libro, Trevi, Complesso Museale di San Francesco, 2016.

Bruthiaux, Paul, "The Rise and Fall of the Semicolon. English Punctuation Theory and English Teaching Practice", en: Applied Linguistics, vol. 16, núm. 1, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Burton, Nina, Gutenberggalaxens Nova, Estocolmo, Albert Bonnier Förlag, 2018.

Caprona, Yann de, Norsk etymologisk ordbok, Oslo, Kagge Forlag, 2013.

Castells, Manuel, The Rise of the Network Society, Oslo, Blackwell

Publishers, 2000 [trad. esp.: La era de la información (3 vols.), Madrid, Alianza, 2017-2018].

Chartier, Roger (dir.), A History of Private Life, vol. 3: Passions of the Renaissance, Cambridge, Harvard University Press, 1993 [trad. esp.: Historia de la vida privada, vol. 3: Del Renacimiento a la Ilustración, Madrid, Taurus, 1989].

Crosby, Alfred W., The Measure of Reality. Quantification in Western Europe, 1250-1600, Nueva York, Cambridge University Press, 1997 [trad. esp.: La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600, Barcelona, Crítica, 1998].

Crystal, David, Making a Point. The Persnickety Story of English Punctuation, Nueva York, St Martin's Press, 2015.

Dahl, Alva, I skriftens gränstrakter. Interpunktionens funktioner i tre samtida svenska romaner, Uppsala, Uppsala University, 2015.

De Mauro, Tullio, Prima lezione sul linguaggio, Milán, Corriere della Sera, 2017.

Derrida, Jacques, Of Grammatology, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1976 [trad. esp.: De la gramatología, México, Siglo xxi, 2012].

Dobos, Éva, Om kommaet, musikken og noen grublerier, 2015, disponible en: oversetterforeningen.no

.

Douglas, Jane Yellowlees, The Reader's Brain. How Neuroscience Can Make You a Better Writer, Cambridge, Cambridge University Press 2015.

Drury, John E., Shari R. Baum, Hope Valeriote y Karsten Steinhauer, "Punctuation and implicit prosody in silent reading. An erp study investigating english garden-path sentences", en: Front. Psychol, vol. 7, p. 1375, 2016.

Dunbar, Robin, Grooming, Gossip and the Evolution of Language,

Londres, Faber and Faber, 2004.

Eisenstein, Elizabeth L., The Printing Revolution in Early Modern Europe, Nueva York, Cambridge, Cambridge University Press, 2005 [trad. esp.: La revolución de la imprenta en la edad moderna europea, Madrid, Akal, 1994].

Forster, Edward M., Alexandria. A History and a Guide, El Cairo, The American University in Cairo Press, 2014 [trad. esp.: Alejandría. Historia y guía, Barcelona, Gatopardo, 2016].

Friederici, Angela D. y Karsten Steinhauer, "Prosodic boundaries, comma rules, and brain responses. The closure positive shift in erps as a universal marker for prosodic phrasing in listeners and readers", en: Journal of Psycholinguistic Research, Springer us, 2001.

Ganz, David, Book Production in the Carolingian Empire and the Spread of Caroline Minuscule, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Gilliard, Frank D., "More silent reading in Antiquity. Non omne verbum sonabat", en: Journal of Biblical Literature, vol. 112, núm. 4, 1993.

Gundersen, Dag (ed.), Språkvett. Skriveregler, grammatikk og språklige råd fra a til å, Oslo, Kunnskapsforlaget, 2001.

Gunraj, D. N., A. M. Drumm-Hewitt, E. M. Dashow y S. S. N. Upadhyay, "Texting insincerely. The role of the period in text messaging", en: Computers in Human Behavior, 2015.

Hancock, Jeffrey T., Christopher Landrigan y Courtney Silver, "Expressing Emotion in Text-based Communication", en: chi 2007, Proceedings of Emotion & Empathy, 2007.

Harari, Yuval Noah, Sapiens, Eiksmarka, Bazar Forlag, 2011 [trad. esp.: Sapiens. De animales a dioses, Barcelona, Debate, 2019].

Heggie, Lindsay y Lesly Wade-Woolley, "Prosodic awareness and punctuation ability in adult readers", en: Reading Psychology, vol. 39, núm. 2, pp. 188-215, 2018.

Hock, Andreas, Bin ich den der Einzigste hier, wo Deutsch kann? Über den Niedergang unserer Sprache, Múnich, Riva Verlag, 2015.

Houghton, Kenneth J., Celia M. Klin y Sri Siddhi N. Upadhyay, "Punctuation in text messages may convey abruptness. Period", en: Computers in Human Behavior, 2017.

Houston, Keith, Shady Characters. The Secret Life of Punctuation, Symbols & Other Typographical Marks, Nueva York y Londres, W. W. Norton & Company, 2013.

Hugo, Victor, Ringeren fra Notre Dame, Oslo, Ansgar Forlag, 1954 [trad. esp.: El jorobado de Notre-Dame, Buenos Aires, Losada, 2016, entre otras].

Hwang, Hyekyung y Karsten Steinhauer, "Phrase length matters. The interplay between implicit prosody and syntax in korean 'garden path' sentences", en: Journal of Cognitive Neuroscience, 2011.

Imberg, Cecilia, Semikolon–utrotningshotat eller bara missbrukat?, Lund, Lund University, 2014.

Jeanneney, Jean-Noël, Le duel. Une passion française. 1789-1914, París, Seuil, 2004.

Johansen, Anders, Skriv! Håndverk i sakprosa, Oslo, Spartacus Forlag, 2009.

— (ed.), Kunnskapens språk. Skrivearbeid som forskningsmetode, Oslo, Scandinavian Academic Press y Spartacus Forlag, 2012.

Joseph, Miriam, The Trivium. The Liberal Arts of Logic, Grammar, and Rhetoric, Filadelfia, Paul Dry Books, 2002.

Kaiser, Maria Regina, Karl der Grosse und der Feldzug der Weisheit, Wurzburgo, Arena Verlag, 2014.

Katourgi, Alexander, Favoritskiljetecknet. Bruk og missbruk av semikolon, Gävle, University of Gävle, 2014.

Kemp, Nenagh, Clare Wood y Sam Waldron, "do I know its wrong:

children's and adults' use of unconventional grammar in text messaging", Dordrecht, Springer, 2014.

King, Graham, Improve Your Punctuation, Glasgow, HarperCollins Publishers, 2009.

King, Stephen, On Writing, Nueva York, Scribner, 2000 [trad. esp.: Mientras escribo, Barcelona, Debolsillo, 2002].

Lagercrantz, Olof, Om kunsten å lese og skrive, Oslo, Bokvennen, 2000.

Loe, Erlend, Volvo Lastvagnar, Oslo, Cappelen, 2005.

Loodts, Fabienne y Saskia Petermann, Karl der Grosse, Aachen, Wesentlich Verlag, 2014.

Lundeby, Einar y Ingvald Torvik, Språket vårt gjennom tidene, Oslo, Gyldendal, 1961.

Macleod, Roy (ed.), The Library of Alexandria, El Cairo, The American University in Cairo Press, 2002.

Magris, Claudio, Mikrokosmos, Oslo, Cappelen, 1999.

Manguel, Alberto, A History of Reading, Nueva York, Viking, 1996 [trad. esp.: Una historia de la lectura, Madrid, Alianza, 1998].

Marcolongo, Andrea, La lingua geniale. 9 ragioni per amare il Greco, Bari y Roma, Laterza, 2016 [trad. esp.: La lengua de los dioses. Nueve razones para amar el griego, Barcelona, Taurus, 2017].

Martin, Henri-Jean, The History and Power of Writing, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1994.

McLuhan, Marshall, Mennesket og media, Oslo, Gyldendal, 1968.

The Gutenberg Galaxy, Toronto, University of Toronto Press, 2011 [trad. esp.: La galaxia Gutenberg. Génesis del homo typographicus, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 1998].

Michalsen, Bård Borch, Komma. Kommategnets personlighet, historie og regler, Oslo, Juritzen, 2014.

Skriv bedre!, Oslo, Spartacus, 2017.

Moorehead, Alan, The Russian Revolution, Nueva York, Harper, 1958 [trad. esp.: La revolución rusa, Buenos Aires, Peuser, 1959].

Ong, Walter J., Orality and Literacy. The Technologizing of the Word. 30th Anniversary Edition with Additional Chapters by John Hartley, Londres y Nueva York, Routledge, 2012 [trad. esp.: Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra, México, Fondo de Cultura Económica, 1982].

Pacilli, Mattia, Aldo o il sogno di un Piccolo Libro, Bassiano, Accademia di Vicinato y Amici di Bassiano e d'Europa in cerchio, 2009.

Parkes, Malcolm B., Pause and Effect. An Introduction to the History of Punctuation in the West, Los Ángeles, University of California Press, 1993.

Penn, Jordan, The Punctuation Guide, disponible en: thepunctuationguide.com

.

Pinker, Steven, The Sense of Style. The Thinking Person's Guide to Writing in the 21st Century, Nueva York, Viking, 2015 [trad. esp.: El sentido del estilo. a guía de escritura del pensador del siglo xxi, Madrid, Capitán Swing, 2019].

Pohle, Frank, Karl Charlemagne der Grosse. Orte der Macht, Dresde, Sandstein Verlag, 2014.

Ravitch, Diane (ed.), The Democracy Reader, Nueva York, HarperCollins Publishers, 1992.

Reamer, Andrew, The Impact of Technological Invention on Economic Growth. A Review of the Literature, Washington dc, The George

Washington Institute of Public Policy, 2014.

Reynolds, Michael S., Hemingway. The Homecoming, Nueva York, Norton, 1992.

Sæteren, Asbjørn, En dikter og hans stil, Oslo, Olaf Norlis Forlag, 1953.

Schildgen, Brenda Deen, The Rhetoric Canon, Detroit, Wayne State University Press, 1997.

Skår, Astrid (ed.), Sitatboka, Oslo, Kagge Forlag, 2003.

Solstad, Dag, Arild Asnes, 1970, Oslo, Aschehoug, 1971.

Steinhauer, Karsten, "Electrophysiological correlates of prosody and punctuation", en: Brain and Language, vol. 86, pp. 142-164, 2003.

Strömquist, Siv, Skiljeteckensboken, Estocolmo, Morfem, 2013.

Thrax, Dionysios, The Grammar of Dionysios Thrax, obtenido de la University of Toronto Library, 1874, disponible en: bit.ly/307yKZe

Toner, Anne, Ellipsis in English Literature, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

Torre, Gian Carlo (ed.), Aldo Manuzio dal folio al tascabile, Bassiano, Il Levante Libreria Editrice, 2015.

Truss, Lynne, Eats, Shoots & Leaves. The Zero Tolerance Approach to Punctuation, Nueva York, Gotham Books, 2006.

Tvede, Lars, Det kreative samfund. Hvordan Vesten vinder fremtiden, Copenhague, Gyldendal Business, 2013.

Twain, Mark, "How to tell a story", 1897, disponible en: bit.ly/2YDciXk

Vacalebre, Natale, Festina lente. Un percorso virtuale tra le edizioni aldine della Biblioteca Trivulziana di Milano, Milán, Università Cattolica, 2016.

Van Dijk, C. N., M. van Witteloostuijn, N. Vasi, S. Avrutin y E. Blom, "The Influence of Texting Language on Grammar and Executive Functions in Primary School Children", en: Plos One, vol. 11, núm. 3, 2016.

Vinje, Finn-Erik, Skriveregler, niende utgave, Oslo, Aschehoug, 2011.

Vonnegut, Kurt, A man without a country, Seven Stories Press, 2005, [trad. esp.: Un hombre sin patria, Barcelona, Del Bronce, 2006].

Waseleski, Carol, "Gender and the use of exclamation points in computer-mediated communication. An analysis of exclamations posted to two electronic discussion lists", en: Journal of Computer-Mediated Communication, vol. 11, pp. 1012-1024, 2006.

Watson, Cecelia, "Points of contention. Rethinking the past, present and future of punctuation", en: Critical Inquiry, vol. 38, núm. 3, The University of Chicago Press, 2012.

Webb, Stephen, Clash of Symbols. A Ride Through the Riches of Glyphs, Cham, Springer, 2018.

Encyclopædia Britannica Online, Store Norske Leksikon, Wikipedia y otros sitios públicos.

Índice

Parte I. 1494: Está hecho

El mundo antes de la escritura

6000 años de historia de la escritura

Un motor para nuestra civilización

Los griegos ya lo sabían

Aristófanes: el innovador olvidado

Mil años de oscuridad: el libro del olvido

El mini-Renacimiento: por amor a Dios y la conveniencia del lector. Alcuino y Carlomagno: los hombres que construyeron la cultura escrita en Europa

El profesor de la universidad más antigua de Europa: lo más simple es lo mejor

El Renacimiento italiano: nuestro héroe de Venecia

Epílogo

Parte II. Signos de civilización

Cuando se haya escrito la última palabra

¡Seguí! ¡¡Seguí!! ¡¡¡Seguí!!!

¿Cómo estamos hoy?

Este signo de puntuación separa y une; apunta a lo que ha sido y a lo que está por venir

La coma: una ayuda y un obstáculo

La guerra de las comas danesas

La situación en Alemania

Los indiferentes

Disputa de la coma noruega en la web profunda: ¿adentro o afuera?

La enfermedad del inglés: la coma de Oxford

Las reglas de la coma

Algunos otros signos de puntuación

Parte III. Una filosofía para un mundo en movimiento

La tecnología del pensamiento

La puntuación en nuestro tiempo

Un sistema de puntuación para nuestro tiempo

Los diez mandamientos de la puntuación europea

Bibliografía

Tapa

Inicio de lectura

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ ESTE LIBRO!

Encuéntranos en

https://www.facebook.com/SeaO

Ingresa a nuestro grupo de Teleg

Sea of Letters

Sea of Letters